J. Vladimir Polanco

# El SANTUARIO al alcance de todos



Así como mi conocimiento y relación con Dios se agudizaron gracias a lo aprendido a través de los años, espero que el estudio de este libro pueda ser para usted, mi querido lector, un punto de inflexión en su experiencia religiosa. Con tal fin, la bibliografía al final de cada capítulo será una buena herramienta para quienes anhelen estudiar más profundamente los temas de la obra. Elena de White declaró: "El pueblo de Dios debería comprender claramente el tema del Santuario y el juicio investigador. Todos necesitan conocer por sí mismos la posición y obra de su gran Sumo Sacerdote. De otro modo les será imposible ejercitar la fe que es esencial en nuestros tiempos u ocupar el puesto al que Dios los llama" (*Cristo en su Santuario*, p. 136 [2008]). Si al concluir la lectura de *El Santuario al alcance de todos* usted siente que puede "ejercitar" ese tipo de fe, entonces se habrá logrado el objetivo del libro.

**J. Vladimir Polanco** ha servido en la Iglesia Adventista como pastor y profesor de Teología. En la actualidad es editor de la APIA a cargo de la sección de libros religiosos en castellano, así como, entre otras responsabilidades, redactor asociado de las revistas *Anciano* y *Ministerio Adventista*.



# El SANTUARIO
## al alcance de todos



**J. Vladimir Polanco**

El Santuario al alcance de todos
J. Vladimir Polanco

Dirección: Daniel Bosch (APIA-GEMA)
Diseño de la tapa: Andrea Olmedo Nissen
Ilustración de la tapa: Lars Justinen

Libro de edición argentina
IMPRESO EN LA ARGENTINA – Printed in Argentina

Primera edición
MMXIII – 7.7M



ISBN 978-987-701-187-9

Polanco, J. Vladimir
El Santuario al alcance de todos / J. Vladimir Polanco / Dirigido por Daniel Bosch / Ilustrado por Lars Justinen – 1ª ed. - Florida: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2013.

139 p.; 20x 14 cm.

ISBN 978-987-701-087-9

1. Iglesia cristiana. I. Bosch Daniel, dir. II. Justinen, Lars, ilus. III. Título
CDD 286

Se terminó de imprimir el 31 de julio de 2013 en talleres propios (Av. San Martín 4555, B1604CDG, Florida Oeste, Buenos Aires).

-105875-

# Contenido

A
William H. Shea
por haber puesto a mi alcance
sus conocimientos
sobre el santuario

# Prefacio

Mi interés por el tema del santuario se remonta a 1993, cuando apenas era un adolescente. En ese tiempo, aparte de los escritos de Elena G. de White, mi única fuente de estudio era el maravilloso libro de Salim Japas, *Cristo en su santuario*. También recibí una buena dosis de información escuchando un programa radial dirigido por Ada de Fernández, que se transmitía cada noche por Radio Amanecer Internacional. Aunque han pasado veinte años todavía puedo rememorar en mis adentros la melodiosa voz de la señora Fernández. Un año después de haberme bautizado, gracias, según yo, a mis «vastos» conocimientos sobre el tema, incluso llegué a ser el instructor de la clase de santuario que se impartía en el Club de Guías Mayores de mi iglesia. ¡Cómo disfrutaba hacerlo!

La segunda obra que leí sobre el tema alborotó mis neuronas en todas las direcciones. Me refiero a la tesis doctoral de Alberto R. Treiyer, *El día de la expiación y la purificación del santuario*. Tengo que admitir que no entendía mucho de lo que leía en una obra tan erudita, pero me desafié a mí mismo y no la solté hasta que terminé la última página. La lectura del libro de Treiyer, que según G. F. Hasel era en ese tiempo el erudito adventista más versado en el tema, abrió ante mí horizontes insospechados sobre esta valiosa doctrina. Sin embargo, no fue sino hasta varios años más tarde, al ingresar a estudiar Teología en la Universidad Adventista Dominicana, que logré captar los aportes y la profundidad de los argumentos del Dr. Treiyer.

En mis años de universitario pude leer más de una docena de libros sobre el tema, y la clase sobre el santuario que impartió el Dr. Aristarco de Mattos resultó ser una experiencia muy satisfactoria. Precisamente en esa clase comencé a leer materiales en inglés, lo que afianzó enormemente mi comprensión de esta doctrina. Mis diálogos con el profesor Carlos Nina y con el pastor Hermes Tavera suscitaron en mí un interés insaciable por el tema.

Dos años después de haber concluido mi licenciatura en Teología comencé mis estudios de posgrado. Una de las asignaturas que me tocaría llevar era Teología del santuario. Esperé con ansias que llegara la fecha de inicio del curso. Mi maestro sería nada más y nada menos que William H. Shea. El Dr. Shea había desempeñado un papel muy activo y relevante en medio de la crisis generada por Desmond Ford a final de la década de 1970. Por tanto, Shea era la persona idónea para obtener de primera mano los mejores argumentos bíblicos a favor de la enseñanza adventista sobre el santuario y sus servicios.

El Dr. Shea no basó su clase en cientos de diapositivas de *Power Point*, ni tenía un mamotreto repleto de notas y apuntes del cual leía. Lo mejor de todo era que impartía

su cátedra citando decenas y decenas de pasajes bíblicos de memoria. La clase comenzó con el santuario en Génesis y concluyó con el santuario en Apocalipsis, pero fueron sus exposiciones sobre el santuario en el Pentateuco y en Apocalipsis las que dejaron impresiones indelebles en mi mente. Confieso que muchas de las ideas que usted leerá en este libro son el fruto de las instrucciones que recibí del Dr. Shea. En sus clases sentí que toda la belleza que encierra la doctrina del santuario estaba por primera vez a mi alcance.

Tres meses después de haber tomado la clase con el Dr. Shea tuve el privilegio de enseñar durante todo un semestre la misma asignatura a estudiantes de Teología de la Universidad Adventista Dominicana. ¿Y a dónde quiero llegar con todo esto? Bueno, por esas cosas que solo Dios puede conocer en detalle, veinte años después de mi primer encuentro con el tema del santuario, el Dr. Pablo Perla, presidente de APIA, me lanzó el desafío de escribir este libro. Personalmente considero que todo este tiempo Dios me fue preparando para que hoy pudiéramos poner en sus manos EL SANTUARIO AL ALCANCE DE TODOS.

Al igual que mi conocimiento y mi relación con Dios se agudizaron por lo aprendido a través de aquellas clases y lecturas, espero que el estudio de este libro pueda ser para usted, mi querido amigo lector, un punto de inflexión en su experiencia religiosa. Las notas bibliográficas que aparecen al final de cada capítulo serán una buena herramienta para los que anhelan llevar a cabo estudios más exhaustivos sobre los temas tratados en esta obra. Elena G. de White declaró por escrito: «El pueblo de Dios debería comprender claramente el tema del santuario y el Juicio Investigador. Todos necesitan entender por sí mismos el ministerio de su gran sumo sacerdote que está en el cielo. De otro modo, les será imposible ejercer la fe que es esencial en nuestros tiempos u ocupar el puesto al que Dios los ha llamado» (*Cristo en su santuario*, cap. 9, p. 139). Si tras concluir la lectura de EL SANTUARIO AL ALCANCE DE TODOS usted siente que puede «ejercer» este tipo de fe, entonces habremos logrado el objetivo de este libro.

Un amigo me dijo hace algunas semanas que reconoce a los escritores novatos porque viven agradeciendo a todo el mundo. Bueno, soy un escritor novato y en armonía con mi novatada tengo que expresar mi gratitud a Daniel Bosch y a Francesc X. Gelabert, los editores de este libro. Daniel Medina, el productor del libro, corrió más de una milla al extenderme una y otra vez los plazos de entrega del libro. Gracias Daniel por tu paciencia y flexibilidad. Ellos son los responsables finales de que EL SANTUARIO AL ALCANCE DE TODOS sea una realidad.

J. VLADIMIR POLANCO

# 1

# Un santuario para todos

Pulsemos el botón de arranque de los motores de una inverosímil máquina del tiempo y retrocedamos hasta uno de los momentos más críticos de la historia del pueblo de Dios: el fin del año 740 a. C. Un año antes, 741 a. C., el despiadado rey asirio Tiglat-pileser III había iniciado su primera campaña militar con la clara intención de ampliar sus dominios por el oeste. Este primer paso desencadenó una serie de acontecimientos que provocarían la caída del reino de Israel, la destrucción de Samaria y la deportación a tierras lejanas de las diez tribus del Norte. Asiria se estaba convirtiendo en la nación más poderosa de la región y nadie se atrevía a enfrentarse a ella. [1]

Después de conquistar Babilonia, Tiglat-pileser III ordenó a sus ejércitos que avanzaran hacia Judá. El mismo rey cuenta en sus anales que dicha decisión suscitó algunos problemas con «*Azriau de Iauda*». ¿Quién era este «*Azriau de Iauda*»? La mayoría de los eruditos bíblicos cree que es Azarías/Uzías, el rey de Judá (ver 2 Reyes 15:1-7; 2 Crónicas 26). La Biblia se refiere a Uzías como un versado estratega militar cuyo ejército estaba formado por más de trescientos mil soldados (2 Crónicas 26:11-13), y dice que construyó «máquinas inventadas por ingenieros [...] para arrojar flechas y grandes piedras» (versículo 15). Como su fama se había extendido por todas partes y, en medio del pleno apogeo asirio, Uzías era considerado un rey poderoso, es probable que encabezara una coalición de naciones que se aliaron para frenar los embates de las huestes asirías. [2] De ahí que Uzías haya sido el instrumento humano que Dios utilizó para proteger a Judá de las hordas endemoniadas de los enemigos del norte. Gracias a sus habilidades bélicas Uzías se convirtió en un símbolo del creciente poder que estaba alcanzando el pequeño reino de Judá en aquella época.

No se agobie con todos estos datos históricos. Pero usted debe estar preguntándose: ¿Qué tiene todo esto que ver con el año 740 a. C? Permítame explicarle. El rey Uzías murió

ese año y para muchos de los habitantes de Judá la muerte del rey devino en la pérdida de las esperanzas de poder obtener la victoria ante una posible invasión asiria. Judá había olvidado que Uzías había sido un rey poderoso porque Uno mayor que él había delegado tal poder en él. Parecía que la nación no recordaba que Dios fue quien «le prosperó» (2 Crónicas 26: 5) y «le dio ayuda contra los filisteos, contra los árabes que habitaban en Gur-baal y contra los amonitas» (versículo 7). Aunque Uzías había muerto, Dios ¡seguía vivo! Por tanto, la esperanza de victoria seguía vigente para el pueblo. Bastaba con que volvieran la mirada al verdadero Rey. Pero, ¿dónde estaba ese Rey?

## El santuario celestial: centro de control del universo

La respuesta a dicho interrogante se encuentra en Isaías 6. Este capítulo es, sin duda alguna, uno de los pasajes más inconmensurables de las Escrituras. La escena posee una viveza inigualable; sus imágenes son esplendorosas; la experiencia del profeta es rayana en lo inefable. Su lectura nos deja con la respiración entrecortada, pues nos ofrece la oportunidad de percibir en el corazón la solemnidad que envuelve el encuentro entre Dios y su profeta. Con justa razón este es uno de los capítulos más ricos de toda la Biblia, ya que aborda temas como la santidad de Dios, el pecado y el perdón, la naturaleza de la adoración, el llamamiento divino, el poder de la Palabra de Dios, el endurecimiento del corazón y el santuario celestial. Por supuesto, aquí únicamente nos interesa estudiar lo que Isaías 6 nos enseña respecto a la función del templo celestial, pues como escribió Niels-Erick Andreasen, «Isaías 6:1-4 retrata el santuario celestial como una realidad auténtica mediante la cual el santuario terrenal encuentra su cumplimiento y eficacia». [3] En Isaías 6 el profeta mesiánico nos ofrece una inapreciable introducción al tema que abordaremos en el resto de este libro. Leamos Isaías 6:1-8:

> «El año en que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el Templo. Por encima de él había serafines. Cada uno tenía seis alas: con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces diciendo:
>
> "¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos!
> ¡Toda la tierra está llena de su gloria!".
>
> «Los quicios de las puertas se estremecieron
> con la voz del que clamaba,
> y la Casa se llenó de humo.
>
> Entonces dije:
> —¡Ay de mí que soy muerto!,
> porque siendo hombre inmundo de labios
> y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos,
> han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.
>
> «Y voló hacia mí uno de los serafines,
> trayendo en su mano un carbón encendido,
> tomado del altar con unas tenazas.

Tocando con él sobre mi boca, dijo:
—He aquí que esto tocó tus labios,
y es quitada tu culpa
y limpio tu pecado.

«Después oí la voz del Señor, que decía:
—¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?
Entonces respondí yo:
—Heme aquí, envíame a mí».

Volvemos a preguntarnos, cuando el rey terrenal murió, ¿dónde estaba Dios? ¡Él estaba en su templo! Uzías falleció «en una casa apartada» de su palacio (2 Crónicas 26:21), pero el Rey de universo seguía vivo, sentado en su trono. Si el pueblo quería encontrar a su Protector y revivir las esperanzas de victoria frente a las huestes asirías, le bastaba con acudir ante la presencia de Aquel que, desde el cielo, ejerce su dominio soberano sobre los acontecimientos que se desarrollan en la tierra. Aunque Uzías había perdido su poder, el Señor seguía al mando. Nos vendrían muy bien preguntarnos: ¿Dónde se hallaba el trono que menciona Isaías? ¿A qué templo se está refiriendo?

Como Isaías no era descendiente del linaje sacerdotal resulta evidente que no tenía acceso al interior del santuario terrenal. Los levitas eran responsables de acampar «alrededor del tabernáculo del Testimonio, para que no se desate la ira sobre la congregación de los hijos de Israel» (Números 1:53) y evitar que cualquier persona que no fuera miembro de dicha tribu contaminara «la santidad del tabernáculo, que era el lugar donde Dios moraba». [4] La ley de Moisés declaraba explícitamente que el que se acercara al santuario, a menos que fuera levita, moriría (Números 1:51). Por ello la «custodia del santuario» se hallaba a cargo de «Aarón y sus hijos» (Números 3:38). Los mismos israelitas exclamaron que «cualquiera que se acerque, el que se llegue al tabernáculo de Jehová, morirá» (Números 17:13). En otras palabras, quien no formara parte de la casta sacerdotal no tenía derecho a penetrar más allá de la puerta de entrada al atrio del santuario, y el que se atreviera a hacerlo sería condenado a la pena capital.

Incluso dentro de la misma tribu de Leví había rigurosas restricciones. Por ejemplo, si un levita no era descendiente de Aarón no tenía derecho a participar en las ceremonias que se celebraban en el interior del santuario (Números 18:7); y aunque formara parte del linaje aaronita, a menos que fuera el sumo sacerdote tenía prohibido entrar al Lugar Santísimo del santuario. El propio sumo sacerdote tan solo podía ir más allá del velo una vez al año, durante el Día de la Expiación (Levítico 16:2).

Todo lo anterior nos permite entrever que resulta muy improbable que Isaías hubiera podido penetrar más allá del atrio del santuario terrenal. De ahí que lo más lógico es suponer que el trono y el templo del cual habla el profeta en el capítulo 6 aluden directamente al santuario celestial. Según Isaías 14:13, el «trono alto y sublime» de Dios se halla en el mismo «cielo», en «el monte del testimonio». «El cielo es mi trono» (Isaías 66:1). El salmista va en la misma dirección cuando declara: «Miró el Señor desde su *altísimo Santuario*; contempló la tierra desde el cielo» (Salmo 102:19, NVI; *cf.* Salmo 11:4, 5; la cursiva es nuestra). En Isaías 6 el santuario celestial «es el lugar donde el Señor está entronizado como Rey». [5] El rey terrenal ha muerto, pero el Rey celestial sigue vivo

y ejerciendo su soberanía sobre los asuntos terrenales. De hecho, es en este capítulo donde por primera vez el profeta identifica a Dios como «Rey» (vers. 5). El santuario celestial, entonces, es el centro de control del universo. Allí está el trono del Rey de todo cuanto existe.

Mientras que para los reyes estaba terminantemente prohibido ministrar en el interior del santuario, el Señor sí puede ejercer sus funciones regias desde el interior del templo celestial. Ello debió hacer pensar al profeta que el rey Uzías murió a causa de la lepra que le sobrevino por confundir sus funciones regias con las sacerdotales (2 Crónicas 26:18-20). No obstante, como lo expresan los teólogos sistemáticos, Dios sí puede llevar a cabos los oficios de Rey y Sacerdote en el santuario celestial. Desde allí ministra como el Rey de todas las naciones. Fue en ese templo donde se decidió castigar a Judá, Asiria, Filistea, Damasco, Etiopía y Egipto (Isaías 6:11, 12; 14:24-27; 28-32; 15:1-9; 17:1-3; 18:1-7; 19:1-15). Fue ese santuario donde se determinó el destino final de Satanás (Isaías 14:13-15) y donde se decretará qué naciones recibirán las siete plagas de Apocalipsis 16 (ver Apocalipsis 15:5-8).

Las funciones regias que el Señor realiza en su santuario ponen de manifiesto la veracidad de esta declaración inspirada:

> «En los anales de la historia humana, el desarrollo de las naciones, el nacimiento y la caída de los imperios, parecen depender de la voluntad y las proezas de los hombres; y en cierta medida los acontecimientos se dirían determinados por el poder, la ambición y los caprichos de ellos. Pero en la Palabra de Dios se descorre el velo, y encima, detrás y a través de todo el juego y contrajuego de los intereses humanos, poder y pasiones, contemplamos a los agentes del que es todo misericordioso, que cumplen silenciosa y pacientemente los designios y la voluntad de él» (*Profetas y reyes*, cap. 40, p. 331).

## El santuario celestial: un lugar real

Según Elena G. de White, el profeta Isaías tuvo la visión que registra en el capítulo 6 «mientras se hallaba en el pórtico del templo», es decir, en la entrada al atrio (ver *Profetas y reyes,* cap. 25, pp. 206, 211 *cf. Obreros evangélicos,* p. 21). Cuando visitó el templo terrenal «en el año en que murió el rey Uzías, se le concedió una visión a Isaías en la que contempló el Lugar Santo y el Lugar Santísimo del santuario celestial» (*Reflejemos a Jesús,* p. 330). El templo terrenal nos señala el camino que nos lleva al templo celestial. El profeta visitó el templo terrenal, al que no podía entrar, pero Dios le permitió ir más allá del velo, trascender los confines de este mundo y contemplar por sí mismo la gloria del templo celestial, donde Cristo intercede por nosotros (Hebreos 7:25; 8; 1). El libro de Hebreos declara sin ningún tipo de ambages que el santuario celestial es un lugar real. Por lo menos en tres declaraciones se destaca la existencia de un santuario en el cielo; Hebreos 8:2-5; 9: 11-12; 23-24.

También el libro de Apocalipsis hace mención explícita del santuario celestial en 11:19. Según Apocalipsis 14:15, desde el templo celestial se le ordena a un ángel: «¡Mete tu hoz y siega, porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura!». En Apocalipsis 15:5, Juan describe el momento en que se abrió en el cielo el «san-

tuario del tabernáculo del testimonio», expresión que en Números 1:50 se usa para describir el santuario del desierto, y de allí «salieron los siete ángeles con las siete plagas» (versículo 6). Desde ese mismo templo se ordena 3 los ángeles que derramen «sobre la tierra la siete copas de la ira de Dios» (Apocalipsis 16:1). En otros pasajes el Apocalipsis hace mención de algunos de los objetos que forman parte del mobiliario del templo celestial: el candelabro (1:12-13; 4: 5), el altar del incienso (8:3) y el «arca de su pacto» (11:19). A propósito de esto Elena G. de White declara: «Así como en el santuario terrenal había dos compartimientos, el santo y el santísimo, así hay dos lugares santos en el Santuario celestial y el arca que contiene la ley de Dios, el altar del incienso y otros instrumentos de servicio que se encontraban en el Santuario terrenal también tienen su contraparte en el Santuario de arriba» (*Cristo en su santuario,* introducción, p. 19).

Resumiendo la enseñanza bíblica en cuanto a la existencia de un santuario en el cielo, la señora White escribió: «Moisés hizo el santuario terrenal según el modelo que le fue enseñado. San Pablo declara que ese modelo era el verdadero santuario que está en el cielo. Y San Juan afirma que lo vio en el cielo» (*El conflicto de los siglos,* cap. 24, p. 410).

## El santuario celestial: Lugar donde se define mi destino

En el santuario celestial no solo se define el destino de las naciones, sino también el destino de los seres humanos; el mío, el suyo, el de todos. Cuando el profeta se vio a sí mismo ante la ígnea gloria del Rey del universo, creyó que su sentencia de muerte era inevitable. ¿Acaso no murió el rey Uzías por haber penetrado al interior del santuario?

Es probable que Isaías creyera que le sucedería lo mismo. Después de todo, el mismo Señor le había dicho a Moisés: «Ningún hombre podrá verme y seguir viviendo» (Éxodo 33:20). Por eso, al saber que se hallaba ante la presencia del gran Rey, el profeta tan solo atinó a decir: «¡Ay de mí, voy a morir!» (versículo 5, DHH). Cuando quedamos envueltos por la atmósfera de santidad que se respira en la presencia de Dios, no nos queda más que reconocer nuestra total insignificancia y pecaminosidad; de hecho, el Señor «habita con el quebrantado y humilde de espíritu» (Isaías 57:15). La escena de Isaías 6 no puede ser un contraste mayor. Mientras que en el templo celestial todos exclaman: «¡Santo, santo, santo!» (versículo 3), Isaías se considera un hombre de «labios inmundos», indigno de unir su voz al coro celestial. La impureza de la boca es una manera de referirse a la degeneración del corazón. Más adelante el mismo profeta admitirá que nosotros «proferimos las mentiras concebidas en nuestro corazón» (Isaías 59:13). Como dijo Jesús, «de la abundancia del corazón habla la boca» (Mateo 12:34).

Así como la lepra se manifestó en Uzías mediante el deterioro de su piel, nuestras enfermedades espirituales salen a la luz a través de lo que fluye de nuestros labios. Por eso al entrar en el santuario de Dios lo mejor que podríamos hacer es asumir una postura de humildad ante la santidad que allí se palpa (*cf.* Job 22:29; Salmo 10:17; Lucas 1:52). Cuando Josué, el sumo sacerdote, estuvo delante de Dios, puso de manifiesto una

completa sumisión y humildad, y ni siquiera articuló palabra (Zacarías 3:1-8). Por medio de Habacuc el mismo Señor declara: «Yo estoy en mi santo templo; ¡ante mí debe callar toda la tierra!» (Habacuc 2:20, TLA). Al entrar a la gloria del santuario celestial resulta oportuno el consejo de Jeremías: «Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová» (Lamentaciones 3:26); y si acaso tenemos que abrir la boca, que sea para susurrar esta oración: «¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!» (Lucas 18:23). Tengamos en cuenta que, como dice la señora White, «nada es más esencial para la comunión con Dios que una profunda humildad» (*Testimonios para la iglesia,* tomo 5, p. 47).

Cuando Isaías reconoció su indignidad, voló hacia él «uno de los serafines, trayendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas» y tras haber tocado los labios del profeta, le dijo: «He aquí que esto *tocó* tus labios, y es *quitada* tu culpa y *limpio* tu pecado» (versículos 6, 7). Aquí tenemos una escena llena de elementos cúlticos. Este es el único pasaje bíblico donde se menciona a «los serafines». En hebreo esta expresión significa «los que arden». Cuando Juan recibió una visión del trono/templo celestial también vio a seres con «seis alas» que, como en Isaías 6, exclamaban: «¡Santo, santo, santo!» (Apocalipsis 4:8). El vidente de Patmos describe a los «seres vivientes» como «llenos de ojos» (versículo 6), un modismo hebreo que alude a seres deslumbrantes, llenos de colores. En la visión que Ezequiel tuvo del trono de Dios, también menciona a «cuatro seres vivientes [...] que centelleaban a manera de bronce bruñido» (Ezequiel 1:5, 7). En el capítulo 10, Ezequiel los llama «querubines». Elena G. de White identifica a «los serafines» de Isaías 6 como los «querubines [que] a ambos lados del trono brillaban con la gloria que los rodeaba por estar en la presencia de Dios» (*La verdad acerca de los ángeles,* cap. 11, p. 140). Por tanto, en el capítulo 6 de su libro, Isaías está describiendo la contraparte celestial de «los querubines» que cubrían el arca en el santuario terrenal (ver Éxodo 25:18-20; 37:9).

Mientras que en el santuario terrenal los serafines/querubines eran seres inanimados, la realidad celestial los describe como «seres vivientes» que actúan en favor del «quebrantado y humilde de espíritu» (Isaías 57:15; *cf.* Mateo 5:3). Uno de estos personajes tomó un carbón del «altar». La construcción en hebreo del versículo 6 hace énfasis en que el serafín tomó el carbón antes de «volar» hacia donde estaba Isaías. Este movimiento podría sugerir que «el altar mencionado en el texto probablemente sea el altar del incienso localizado en el templo celestial» [6] que Juan menciona en Apocalipsis 8:3.

Ahora bien, lo relevante para nosotros es que en el interior del santuario celestial, frente a querubines, serafines, seres vivientes, ante su mismo trono, *Dios pone de manifiesto su deseo de perdonar.* [7] La confesión de impureza de Isaías hace que todo el santuario celestial se movilice a fin de quitar la inmundicia del profeta. Mientras que los ministros del santuario terrenal evitaban por todos los medios entrar en contacto con todo lo que fuera inmundo, Isaías, a pesar de su inmundicia, fue tocado. ¿Y qué sucedió? El pecado confesado del profeta no contaminó a Dios, sino que Dios purificó al ser humano de la contaminación del pecado. El Señor es el único que puede tocar al pecador, «llevar el pecado y aun así permanecer santo». [8] El santuario celestial es como un manantial abierto en el que podemos sumergirnos y lavarnos de la contaminación del pecado y de la inmundicia (Zacarías 13:1).

No podemos obviar el hecho de que el proceso de purificación es resultado de la obra que lleva a cabo el Señor. Él es quien inicia la obra de purificación en el profeta. El pecado fue *quitado* y *perdonado* porque Dios desempeñó un papel activo y a su vez Isaías asumió una postura pasiva, de completa sumisión. En Isaías 6:7 aparece la palabra hebrea *kaphar,* un término que en el Antiguo Testamento se usa en estrecha relación con la eliminación y la purificación del pecado. Habláremos más de este vocablo en otro capítulo de este libro. Pero no podemos dejar de mencionar aquí que *kaphar* conlleva la idea de cubrir y expiar. Su uso sugiere que el Señor cubrió y perdonó, gracias a su misericordia, el pecado de Isaías. El profeta Miqueas se refirió a esto cuando escribió: «Él volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades y echará a lo profundo del mar todos nuestros pecados» (Miqueas 7:19). Como dice Robert L. Cate, cuando Dios «perdona el pecado, lo cubre». [9]

Cuando Dios *quita* y *perdona* el pecado los resultados se dejan ver de inmediato. En hebreo los dos verbos están en tiempo perfecto coordinado; es decir, «ambas cosas sucedieron simultáneamente». [10] Por lo tanto, en Isaías 6 «el santuario celestial emerge como el lugar donde el Señor perdona el pecado del profeta» [11] y donde quedó demostrado «que por el fuego del amor divino fue quemada en la boca y el corazón del profeta toda impureza pecaminosa». [12] En el santuario celestial se decidió el destino del profeta: ser perdonado para que cumpliera con poder y denuedo su misión como mensajero del Rey del universo. En el santuario celestial Isaías recibió el perdón, y ese perdón lo capacitó para cumplir la tarea para la cual Dios lo había destinado (versículos 8-13). En otras palabras, el privilegio del perdón conlleva también la responsabilidad de una misión.

## El santuario celestial: un lugar para todos

Cuando escribía este capítulo una de las noticias más comentadas de la semana había sido el rechazo del gobierno de Guatemala a la petición de asilo político hecha por el millonario estadounidense, John McAfee. La justicia beliceña quería investigar a McAfee con respecto a la muerte de uno de los vecinos del laureado especialista en seguridad informática. Si fue culpable o no, no lo sabemos. Lo que quiero resaltar aquí es que, en medio de una situación de apremio, McAfee no encontró la ayuda que buscaba y Guatemala rehusó asilarlo.

¿Sabía que usted y yo estamos siendo buscados a fin de que respondamos por nuestros pecados? El diablo anda como «un león rugiente» presto para devorarnos (1 Pedro 5:8). Nuestros problemas parecen haber erradicado del diccionario de nuestra vida la palabra «esperanza». Vivimos turbados, atribulados, sedientos de disfrutar de un presente y un mañana mejores. Nos sentimos acorralados ante las garras de nuestro adversario y quizá no tenemos más alternativa que decir: «¿Ahora quién podrá defendernos?». Pero hemos de saber algo. El apóstol Juan nos dice que en Isaías 6 el profeta «vio su gloria [la de Jesús], y habló acerca de él» (Juan 12:41). Jesús es el Rey y Sacerdote que

ministra en el santuario celestial. El libro de Hebreos registra estas confortadoras palabras:

> «Por tanto, teniendo un gran sumo Sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (Hebreos 4: 14-16).

¡El Jesús que vivió como nosotros traspasó los cielos! Podemos acercarnos confiadamente al santuario celestial. Podemos acudir a Dios y pedirle que nos dé un lugar en su templo. Nuestro amante Salvador no nos negará el asilo y refugio que necesitamos. Allí encontraremos el «socorro» que ansiosamente andamos buscando. Él nos enviará «ayuda desde el santuario» (Salmo 20:2).

Es cierto que la entrada al templo terrenal estaba limitada a un grupo concreto de personas; sin embargo, nosotros «ahora podemos entrar con toda libertad en el santuario gracias a la sangre de Jesús» (Hebreos 10:19, DHH). Por medio de Cristo «tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios» (Romanos 5:2). Todos hemos recibido «amplia y generosa entrada en el reino de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Pedro 2:11). Gracias a la obra del Espíritu «los unos y los otros tenemos entrada» al Padre (Efesios 2:18). Elena G. de White expresó: «Vivimos demasiado apegados a lo terreno. Levantemos nuestros ojos hacia la puerta abierta del santuario celestial, donde la luz de la gloria de Dios resplandece en el rostro de Cristo» (*El camino a Cristo,* cap. 11, p. 152). ¡Sí, el templo celestial nos puede recibir a todos!

Muchos, como el publicano, queremos acercarnos al templo, pero permanecemos «lejos» al pensar que nuestros pecados nos impedirán ser «aceptos en el Amado» (Efesios 1:6). Pero, si Dios tuvo compasión 4e Isaías, ciertamente también tendrá misericordia por nosotros (Salmo 117:2; Lamentaciones 3:22, 23). No podemos olvidar bajo ninguna circunstancia que «la verdad de Dios nos ha sacado de la cantera del mundo con el fin de integrarnos al templo celestial» (Elena G. de White, *Sermones escogidos,* tomo 1, p. 46).

Concluyamos este capítulo reflexionando en esta declaración inspirada:

> «La visión dada a Isaías representa la condición de los hijos de Dios en los últimos días. Tienen el privilegio de ver por fe la obra que se está desarrollando en el santuario celestial. "Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo". Mientras miran por fe en el Lugar Santísimo, y ven la obra de Cristo en el santuario celestial, perciben que son un pueblo de labios impuros, un pueblo cuyos labios a menudo han hablado vanidad y cuyos talentos no han sido santificados y empleados para la gloria de Dios. Con razón podrían entregarse al desaliento al comparar su propia debilidad e indignidad con la pureza y hermosura del carácter de Cristo. Pero *hay esperanza para ellos* si, como Isaías, reciben el sello que el Señor quiere que se imprima sobre el corazón y si humillan su alma delante de Dios. El arco de la promesa está sobre el trono

y la obra realizada a favor de Isaías se realizará en ellos. Dios responderá las peticiones provenientes del corazón contrito» (*Conflicto y valor*, p. 234; la cursiva es nuestra).

Siendo que las puertas del santuario celestial se hallan abiertas para todos, ¿acaso seguiremos postergando nuestra entrada? Lope de Vega, el insigne poeta y dramaturgo del Siglo de Oro español, escribió un bellísimo soneto que bien puede ilustrar nuestra postura ante la invitación que hemos recibido de acudir por fe al santuario celestial:

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía»!

¡Y cuántas, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

¿Mañana? ¿Esperaremos hasta mañana para entrar al templo celestial? ¿Y mañana diremos nuevamente que lo haremos mañana?

---

**Referencias**

[1] Siegfried Herrmann, *Historia de Israel en la época del Antiguo Testamento* (Salamanca: Sígueme, 1979), pp. 313, 314.
[2] John H. Walton, Victor H. Matthews y Mark W. Chavalas, *Comentario del contexto cultural de la Biblia: Antiguo Testamento* (El Paso, TX: Mundo Hispano, 2006), p. 499.
[3] «The Heavenly Sanctuary in the Old Testament» en Arnold Wallenkampf y W. Richard Lesher, eds. *The Sanctuary and the Atonement: Biblical, Historical, and Theological Studies* (Washington, D. C.: Review and Herald Publishing Association, 1981), p. 75.
[4] Francis D. Nichol, ed. *Comentario bíblico adventista* (Buenos Aires: ACES, 1992), tomo 1, p. 843.
[5] Elias Brasil de Souza, *The Heavenly Sanctuary / Temple Motif in the Hebrew Bible* (Adventist Theological Society Dissertation Series, vol. 7), p. 241. Paul R. House, «Isaiah's Call And Its Context in Isaiah 1-6» en *Criswell Theological Review* 6.2 (1993), p. 217.
[6] De Souza, *obra citada*, p. 241.
[7] House, *obra citada*, p. 219.
[8] Julian Price Love, «The Call of Isaiah: An Exposition of Isaiah 6» en Interpretation, tomo 11, N° 53 (1957), p. 292.
[9] «We Need to Be Saved (Isaiah 1: 1-2; 5: 1-2; 6: 1-13)» en *Review and Expositor* 88 (1991), p. 148.

[10] J. A. Motyer, *Isaías* (Barcelona: Andamio, 2009), p. 106.
[11] De Souza, *obra citada*, p. 243.
[12] Ross E. Price, «El libro del profeta Isaías» en *Comentario bíblico Beacon* (Kansas City: Casa Nazarena de Publicaciones, 1966), t. 4, p. 54.

# 2

# Dios con/en nosotros

Anatole France, el escritor francés ganador del Premio Nobel de Literatura en 1921, decidió escribir su primer libro cuando apenas tenía siete años de edad. Tras mucha reflexión, lo primero que hizo fue definir el título de la prematura obra: *Quién es Dios.* Lleno de emoción le comunicó a su padre sus planes literarios. Sin querer desmotivar al escritor en ciernes, el papá le dijo que dicho título, en realidad, era muy ambicioso y le sugirió que lo planteara en forma de pregunta: *¿Quién es Dios***?**

—¿Por qué? —le preguntó Anatole.

—Pues, porque creo que tú no sabes quién es Dios y, cómo quieres saberlo, lo mejor es formular tu deseo a manera de pregunta.

En tono desafiante, la reacción del pequeño no se hizo esperar:

—¿Y quién te ha dicho que no lo sé?

—Si lo sabes, entonces dime, ¿quién es? —le preguntó el padre.

—Bueno, esa es una pregunta difícil y no se puede responder con pocas palabras. Tendrás que leer mi libro si quieres conocer la respuesta.

La verdad es que Anatole nunca escribió la obra *Quién es Dios;* pero la cuestión que pretendía responder sigue ocupando un lugar significativo en la mente humana.

¿Quién es Dios? Buena pregunta, ¿no le parece?

Creo que al estudiar el tema del santuario podremos adquirir una mejor noción respecto a quién es nuestro Dios. No obstante, si hay una verdad que se yergue impo-

nente como el Everest al tratar de abordar dicha interrogante basándonos en el estudio del santuario, es esta: Dios es un ser que quiere vivir cerca de sus hijos. Los teólogos se refieren a esto cuando hablan de la inmanencia divina; es decir, que nuestro Señor no está ausente ni alejado de nosotros, sino que «él está presente y activo» [1] en nuestro medio. El Dios de la Biblia no es un ser impersonal que se mantiene apartado tanto de su creación como de sus criaturas. Las Escrituras contienen incontables referencias a la presencia histórica de Dios tanto en el planeta como en la vida de los seres humanos (Salmo 68:8; 16: 11; Éxodo 33:13-23; Mateo 28:20). [2] Según el apóstol Pablo, el Dios trascendente, el Creador de todo el universo, «ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros» (Hechos 17:27). Él ha condescendido a morar *con* y *en* nosotros. Y el santuario da evidencia plena de ello.

## Un Dios que busca al pecador

Es innegable que la separación entre Dios y sus hijos ha sido una de las más terribles consecuencias que el pecado ha provocado (Isaías 57:17; 59:2). Al alejarnos del Creador, la única fuente de vida (Salmo 36:9; Juan 10:10), hemos quedado bajo el dominio despiadado de la muerte (Romanos 5:12; Hebreos 2:14; Santiago 1:15). Un vistazo rápido al relato de la caída de Génesis 3 nos permitirá descubrir que cuando nuestros primeros padres transgredieron el mandato divino, su reacción natural fue esconderse de su Creador (Génesis 3:8, 10). En contraste con la actitud humana, la reacción natural del Señor no consistió en rechazar o condenar a los pecadores, sino en buscarlos y perdonarlos (Génesis 3:8, 21).

El muro que nos aísla de nuestro amante Creador es de manufactura humana, de principio a fin. Dios no trazó esa ominosa línea divisoria que separa el cielo de la tierra; fuimos nosotros. Lo paradójico de todo esto es que nuestro bondadoso Creador no ha escatimado esfuerzo alguno para tratar de cerrar la sima que existe entre nosotros y él, y aun cuando por causa del pecado hemos llegado a ser sus acérrimos enemigos (Romanos 1:30), Cristo sigue siendo «el amigo del pecador» (*Testimonios para la iglesia,* tomo 3, p. 204). En el santuario nos encontramos con un Dios que se muestra cerca y que ha decidido habitar con nosotros. Veamos esto un poco más de cerca.

## Dios habita con nosotros

Como todos sabemos, la salida del pueblo de Israel de Egipto y su posterior entrada a Canaán marcarían no solo la finalización del nomadismo de la nación hebrea, sino que también le proporcionaría el derecho de adorar a Dios en toda su plenitud (Éxodo 8:27-29; 10:25). La adoración es un privilegio que recibimos como fruto directo de nuestra liberación. Israel ya no andaría errante de un lado para otro, pues el Señor lo asentaría en «una tierra buena y ancha» (Éxodo 3:8). Como el pueblo estaría ubicado

permanentemente en una zona geográfica concreta, resultaba ineludible centralizar el culto al verdadero Dios en un lugar fijo, y no donde le pareciera a cada quien. Si el pueblo iba a disponer de un lugar estable para vivir, Dios, el dueño del pueblo, ¿acaso no merecía tener su propio espacio? ¡Por supuesto que sí! Y él mismo se encargaría de ello.

He aquí sus palabras: «Háganme un santuario para que yo habite *entre* ellos» (Éxodo 25:8, DHH). Este fue el primer santuario que se construyó en la tierra obedeciendo a una orden explícita del Señor. No hay palabras que puedan expresar lo grandioso que debió haber sido para un grupo de ex esclavos recién liberados, escuchar que el Monarca celestial establecería su morada *«entre ellos»*. De hecho, este deseo divino de que le construyan una morada permanente en medio de su pueblo, constituye una verdad tan relevante y de tanta riqueza espiritual que el Pentateuco «le dedica más versículos al tabernáculo que a cualquier otro tema». [3]

¿Qué sentido tenía que Dios quisiera habitar entre los israelitas en una pequeña tienda? Al fin y al cabo, en la literatura religiosa del Próximo Oriente antiguo resulta común encontrar relatos de presuntas deidades que, supuestamente, desean habitar entre los seres humanos. La literatura cananea contiene varios poemas en los que se menciona a *El,* su dios principal, como un personaje que habita en una *tienda.* [4] No obstante, esos textos dejan bien claro que la morada de estas deidades no se hallaba entre los hombres, sino en el cielo o en alguna montaña de trascendencia cósmica. Cuando se les construía un templo terrenal a cualquiera de estas deidades, lo que habitaba en dichos santuarios era un ídolo de la deidad en cuestión. [5] Además, en esas culturas la construcción de un santuario terrenal tenía el objetivo explícito de que los seres humanos satisficieran los antojos, caprichos y glotonerías de los dioses. Si los mortales cumplían su parte, ellos estarían dispuestos a bendecirlos. En otras palabras, si los hombres eran agradecidos, los dioses mostrarían su benevolencia para con ellos.

A pesar de las similitudes, la enseñanza bíblica difiere radicalmente de su entorno cultural y religioso. La construcción del tabernáculo del desierto, en primer lugar, constituye un ejemplo contundente de que Dios siempre ha sido el agente activo en la obra de reconciliación con el pecador. Él tomó la iniciativa de acercarse personalmente a su pueblo aunque Israel había rehusado tener contacto directo con él (ver Éxodo 20:18, 19). A diferencia de los dioses cananeos, Dios primero bendijo a Israel librándolo de la esclavitud y declarándolo su pueblo especial (Éxodo 19:1-5). Si bien el Señor es quien da el primer paso, espera que el ser humano actúe con generosidad y no con apatía ante su bondadosa condescendencia. Aunque él anhelaba habitar entre ellos, a los israelitas correspondía rechazarlo o aceptarlo como su excepcional vecino. Además, para que el Señor pudiera habitar en medio del pueblo se necesitaba un santuario; y para establecer el santuario era indispensable que Israel decidiera apoyar su construcción, puesto que Dios no impondría de forma arbitraria su presencia entre el pueblo. En otras palabras, el deseo divino de entrar en contacto con sus criaturas quedaba supeditado a la voluntad de Israel.

El Señor era consciente de todo esto cuando le dijo a Moisés: «Di a los hijos de Israel que recojan para mí una ofrenda. De todo hombre que la dé voluntariamente, de cora-

zón, recogeréis mi ofrenda» (Éxodo 25:1, 2). Al pedirle a Israel que le construya una morada para estar en medio del pueblo, Dios demostró que lo había aceptado como su «especial tesoro» (Éxodo 19:5); y al donar los elementos que servirían para la construcción del santuario, Israel lo reconoció como su Dios. Así, en el santuario se estrechan la mano los dos signatarios del pacto: el Señor y el pueblo. En el santuario tenemos «una extensión perpetua del lazo que se había creado en el Sinaí». [6] El Sinaí quedaría atrás y, como Egipto, formaría parte de la experiencia pasada de Israel; pero el santuario sería una realidad que se mantendría siempre presente, en medio de ellos, a fin de salvaguardar en la memoria de todos el pacto que habían concertado en el Sinaí.

El vocablo hebreo traducido como ofrenda en Éxodo 25:1, *terumá,* describe «aquello que se aparta con fines sagrados». [7] En Deuteronomio 12:6, 11, 17 el mismo vocablo es traducido como «ofrenda reservada». La principal característica de esta ofrenda es que debía entregarse «voluntariamente, de corazón». Nadie estaba obligado a entregarla. Dios solo se reservó el derecho de pedir qué quería que le ofrendaran, pues él era el que mejor conocía qué se necesitaba para la construcción del tabernáculo. De acuerdo con Elena G. de White, «la generosidad de los judíos en la construcción del tabernáculo y del templo ilustra un espíritu de dadivosidad que no ha sido igualado [...] en ninguna ocasión ulterior» (*Testimonios para la iglesia,* tomo 4, p. 81).

Resulta interesante que todos los materiales que los israelitas debían ofrendar, y que se mencionan en Éxodo 25:1-7, se pueden agrupar en siete grupos: metales, tinturas, telas, madera, aceite, especias y piedras preciosas. La presencia del siete nos remite a una construcción que apuntaba hacia la perfección. Detrás de estos elementos subyace la idea de que Dios siempre merece lo mejor, lo completo; y hemos de estar dispuestos a dárselo. Pablo R. Andinach está en lo cierto cuando escribe que «de un modo u otro, toda la creación está representada en estos siete grupos». [8] Los mismos elementos que formaron parte de la creación del mundo, ahora serán utilizados para construir el santuario. De ahí que el santuario llegó a ser considerado como una pequeña creación.

El propósito de la construcción es expresado de forma explícita: «Para que yo habite *entre* ellos» (Éxodo 25:8, NBLH). El santuario serviría como el medio por excelencia a través del cual se restituiría en la tierra lo que el pecado había arrebatado: la presencia de Dios entre seres humanos. Allí el Creador se encontraría con su pueblo. Era un nuevo Edén donde Dios podría «pasear» de la mano con sus hijos (Génesis 3:8). Su construcción constituyó un testimonio elocuente del cumplimiento de la promesa: «Caminaré entre ustedes. Yo seré su Dios, y ustedes serán mi pueblo» (Levítico 26: 12, NVI). Con razón el tabernáculo llegó a ser como una especie de restauración del Edén perdido. [9] Allí podía acercarse todo el que quisiera (1) disfrutar de un encuentro real con el Señor, (2) recibir el perdón por sus pecados y (3) acogerse al amparo de la misericordia divina. Dios estableció el santuario para encontrarse con el pecador.

Por otro lado, la presencia de Dios «en el tabernáculo aseguraba [a los israelitas] que él supliría cualquier necesidad ya sea espiritual o material, incluyendo el cumplimiento de la promesa de que ellos recibirían la tierra de Canaán». [10] Nuestro Señor

decidió tomar el camino itinerante de su pueblo al levantar su carpa cual peregrino que buscaba un lugar para habitar (Deuteronomio 12:5). Sin embargo, llegaría el momento en que el Creador pondría en acción un plan mejor. No solo habitaría *entre* los hombres, sino que él mismo habitaría con los hombres, haciéndose hombre. Esto último se hizo real cuando Cristo, el verbo de Dios, «habitó [levantó su tienda] entre nosotros lleno de gracia y verdad» (Juan 1:14).

## Conforme al modelo

Ese santuario en el que Dios y su pueblo se encontrarían se tendría que erigir siguiendo el modelo divino que se le había mostrado a Moisés en el monte Sinaí. La orden no podía ser más precisa: «Conforme a todo lo que yo te muestre, así harás el diseño del tabernáculo y el diseño de todos sus utensilios»; «Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado» (Éxodo 25:9, 40; *cf.* 26:30; 27:1-8; Números 8:4). La pregunta clave aquí es: ¿qué significa que el santuario haya sido construido conforme al «modelo»?

Resulta evidente que el «modelo» mencionado en estos pasajes de Éxodo nos confronta cara a cara con la existencia de un templo que sirvió de patrón arquitectónico para la construcción del tabernáculo; pero al mismo tiempo el uso de la palabra «modelo», por ejemplo, en Éxodo 27:1-8, no puede significar que en el cielo haya un altar con sus calderos, paletas, garfios y braseros... ¿O sí?

Hablando sin rodeos, lo que queremos precisar aquí es que no podemos suponer que la expresión «modelo» implique una correspondencia exacta, metro por metro, mueble por mueble, material por material, entre el tabernáculo del desierto y el templo que sirvió de parámetro para su construcción. [11] Hacerlo nos puede llevar por un desfiladero tan peligroso que acabaríamos desbocándonos y ridiculizando el vasto mensaje que Dios nos ha legado por medio del santuario y sus servicios. Así las cosas, usted se estará preguntando cómo hemos de entender la relación que existe entre el tabernáculo y su «modelo».

Dios le dijo a Moisés que le mostraría todo lo que debía formar parte del santuario. De ahí que podemos deducir que Moisés recibió *una visión* a través de la cual pudo contemplar con sus propios ojos el «modelo» de lo que el Señor esperaba que contuviera el santuario. El término hebreo traducido como «modelo» en Éxodo 25:9 es *tabnit,* un vocablo que deriva de una palabra cuyo significado básico es «edificar». Según Ángel Manuel Rodríguez, «en el AT [Antiguo Testamento], *tabnit* se refiere a la estructura (Salmo 144:12), un diseño o modelo para un edificio (2 Reyes 16:10; 1 Corintios 28:11-19), una imagen o figura de algo (Deuteronomio 4:16, 18; Salmo 106:20; Isaías 44:13; Ezequiel 8:10; 10:8), o una réplica o símil (Josué 22:28). Generalmente describe un objeto tridimensional y en la mayoría de los casos presupone la existencia de un original». [12]

Pablo cita Éxodo 25:9 para explicar a los creyentes hebreos la existencia de un santuario que, a diferencia del de Éxodo 25, lo «levantó el Señor y no el hombre» (Hebreos 8:5, 2). Define el santuario terrenal como una «figura y sombra» del verdadero santuario. Como bien lo expresa Richard Davidson: «Una "figura" se corresponde con su "original" y una "sombra" revela los contornos básicos de su "sustancia"». [13] Por tanto, según Pablo, el «modelo» (griego *typos*) que Moisés vio en visión era nada más y nada menos que el santuario celestial. Más adelante Pablo explicará que el santuario terrenal era «figura del verdadero» (Hebreos 9:23). Elena G. de White escribió que «Dios presentó ante Moisés en el monte *una visión del santuario celestial» (Patriarcas y profetas,* cap. 30, p. 313; la cursiva es nuestra). Ya vimos en el capítulo anterior que la Biblia está repleta de referencias a dicho santuario.

Como hemos dicho, *tabnit* tanto se puede referir a *una estructura* concreta como a *sus planos.* Esta doble carga semántica de la palabra es evidente en los textos de Éxodo. A parte de haber visto el «modelo» celestial, Moisés también recibió «el plano de esa estructura, con instrucciones detalladas acerca de su tamaño y forma, los materiales que debía contener» (*Patriarcas y profetas,* cap. 30, p. 313). En otras palabras, Dios le mostró una visión del santuario celestial en todo su esplendor y, además, le proporcionó un plano de todo lo que debía construirse. Probablemente, en dicho plano Moisés recibió las instrucciones relacionadas con la construcción de los muebles y utensilios que no tenían una correspondencia exacta con el templo celestial, pero que desempeñaban un papel funcional dentro del mensaje de salvación simbolizado por los servicios que se celebraban en el santuario.

Cabe preguntarnos si todos los elementos que Moisés menciona en Éxodo 25-31 se hallaban en el santuario celestial que había servido de modelo para construcción del terrenal. Esa es la cuestión que ha suscitado inquietud y confusión en mucha gente. Permítame explicarle cómo entendemos este asunto.

Volvamos al ejemplo que ya mencionado. ¿Hay un altar de sacrificio en el cielo? La respuesta es obvia: no. De hecho, Cristo no murió en el cielo, sino en la tierra; no fue sacrificado en un altar ubicado en medio de la santidad que adorna al santuario celestial, sino en una profana cruz levantada en las afueras de la corrupta Jerusalén. [14] Por tanto, aunque en el cielo Moisés no vio ningún mueble que tuviera una correspondencia tipológica con la muerte de Cristo en la cruz, sí recibió un plano en el que Dios le especificaba cada detalle relacionado con el altar que día tras día anunciaría al mundo la muerte del verdadero Cordero de Dios. Un ejemplo similar lo podemos encontrar en el Arca del Pacto. Creo que nadie se atrevería a afirmar que el Arca del Pacto del santuario celestial también guarda una vara como la vara de Aarón que reverdeció y que sí fue incluida en el Arca del Pacto del santuario terrenal (Números 17:10; Hebreos 9:4). Aunque la vara se hallaba en el santuario terrenal no tenía relación alguna con el Arca del Pacto que Moisés vio dentro del templo celestial.

A propósito de esto Elena G. de White nos pone en la perspectiva correcta mediante esta significativa declaración: «El santuario terrenal y sus servicios *revelaban importantes verdades relativas* al santuario celestial y a la gran obra que se llevaba allí a cabo para la redención del hombre» *(El conflicto de los siglos,* cap. 24, p. 410; la cursiva es nuestra).

Para nosotros lo más relevante es conocer la verdad que nos ha sido transmitida por medio del santuario terrenal, y no saber con exactitud qué contiene el santuario celestial.

Lo que sí resulta claro es que la expresión «modelo/*tabnit*» pone de manifiesto la estrecha relación que existe entre el tabernáculo del desierto y el templo celestial, y que Pablo consideraba el primero como un tipo, una copia, del segundo. [15] En las tradiciones religiosas del Próximo Oriente antiguo, «el templo terrenal era un símbolo, un eco, una sombra de la residencia celestial». [16] Tras analizar Éxodo 25: 40, el respetado filólogo Leonhard Goppelt llegó a esta conclusión: «Hay un [santuario] original en el cielo, un *typos* que, incluso, está por encima del tabernáculo, y que *ahora* es el lugar donde se ofrece la gracia Dios». [17]

## Dios habita en nosotros

La Biblia dice que, cuando el santuario terrenal fue inaugurado, «la gloria de Jehová llenó el Tabernáculo. Moisés no podía entrar en el Tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba» (Éxodo 40:34, 35). Como diría el salmista: «Dios vino del Sinaí a su santuario» (Salmo 68:17). Lo mismo sucedió durante la inauguración del Templo de Salomón: «Al salir los sacerdotes del santuario, la nube llenó la casa de Jehová. Y lo sacerdotes no pudieron permanecer para ministrar a causa de la nube, porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Jehová» (1 Reyes 8:10, 11). Dios llenaba por completo su santuario. Por eso este era el lugar perfecto para contemplar «la hermosura de Jehová» (Salmo 27:4). Desde el altar del sacrificio hasta el Arca del Pacto, «en su templo todo proclama su gloria» (Salmo 29:9).

Lo mismo sucedió con Cristo. Él fue el templo de Dios hecho hombre. Incluso usó la metáfora del templo para referirse a sí mismo (Juan 2:19). Así como la gloria de Dios se manifestó en los santuarios terrenales, también se reveló en Cristo: «Y vimos su gloria» (Juan 1:14) y él mismo «manifestó su gloria» por las ciudades que pasaba (Juan 2:11). Dios llenó por completo la vida de Cristo. Cuando la gloria de Dios ocupa un santuario, lo llena todo. Nada queda fuera de su control.

¿Y qué tiene esto que ver con nosotros? Mucho, puesto que cuando Cristo ascendió para servir en el santuario celestial, se tornó imprescindible que Dios tuviera un santuario en la tierra donde él pudiera habitar. Y la buena noticia es que ahora ese santuario somos nosotros. Como dijo Pablo: «Somos santuario del Espíritu Santo» (1 Corintios 6:19; RV77). Y como «templos del Dios viviente» en nosotros se cumple la promesa:

> «Habitaré y andaré entre ellos;
> Yo seré su Dios
> Y ellos serán mi pueblo» (2 Corintios 6:16).

¡Grandioso! No tenemos las piedras preciosas que adornaban el tabernáculo del desierto, no ostentamos la majestuosidad del templo de Salomón; sin embargo, el Dios del cielo ha decidido establecer su morada en nosotros, simples pecadores, gente llena de debilidades y defectos. ¡Qué afortunados somos! En nuestro caso lo más significativo es que podamos vivir a la altura de lo que somos: una «casa espiritual» (1 Pedro 2:5); y que podamos empeñarnos en crecer «para ser un templo santo en el Señor; [...] para morada de Dios en el Espíritu» (Efesios 2:21, 22).

Este mismo sentir fue expresado en los escritos de los primeros cristianos. *La Didajé* o *Enseñanza de los doce apóstoles,* una obra datada a finales del siglo I y principios del siglo II, contiene una oración que formaba parte de la liturgia de la iglesia primitiva: «Te damos gracias, Padre Santo, por tu santo nombre, porque tú *has puesto tu tabernáculo en nuestros corazones»* (capítulo 10; la cursiva es nuestra). [18] En la *Epístola de Bernabé* encontramos la siguiente exhortación: «Seamos espirituales, seamos un templo perfecto para Dios» (capítulo 4). [19] Más adelante, tras comentar la desaparición del antiguo templo de Jerusalén, el mismo autor declara que ahora «Dios reside verdaderamente en nuestra habitación dentro de nosotros»; somos «el templo espiritual edificado al Señor». [20] A principio del siglo II, Ignacio de Antioquía escribió a los efesios que ellos eran «piedras del templo del Padre, preparados para la construcción de Dios Padre». [21]

Volvemos a la pregunta de inicio. ¿Quién es Dios? Dios es un Ser extraordinario que no se conforma en habitar con nosotros, sino que quiere habitar en nosotros. Por eso, como declaró Elena G. de White, «la morada humana, el edificio de Dios, requiere tutela estrecha y vigilante. Con David podemos exclamar: "Porque tú formaste mis entrañas; me hiciste en el vientre de mi madre. Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras" (Salmo 139:13, 14). La hechura de Dios ha de ser preservada, para que el universo celestial y la raza apóstata puedan ver que somos templos del Dios viviente» (*Dios nos cuida,* p. 325).

Mientras andamos debatiendo sobre qué hay o qué no hay en el santuario celestial, ¿los incrédulos ven en nosotros «que somos templos del Dios viviente»? Si el estudio de este tema solo nos impulsa a concentrar a nuestros esfuerzos en conocer detalladamente el significado de cada elemento utilizado en la construcción del santuario y no captamos la solemnidad de la presencia de Dios en nosotros, de nada servirá. El tema del santuario, más que cualquier otra cosa, ha de llevarnos a experimentar la presencia del Señor en nuestra propia vida. *Esta no es una verdad para ser memorizada ni debatida; sino para ser experimentada y vivida.*

Se dice que cuando Dwight L. Moody no era más que un jovencito escuchó a alguien que decía: «El mundo todavía no ha visto lo que Dios puede hacer con una persona que se consagre por completo a él». Cuando Moody oyó estas palabras se desafió a sí mismo a fin de llegar a ser un hombre completamente consagrado a Dios. En cierta ocasión los dirigentes de una iglesia debatían al respecto de una campaña de evangelización. Como no lograban ponerse de acuerdo, algunos de ellos pidieron que se llamara a Moody para escuchar su opinión sobre el tema. Uno de los presentes dijo con un tono muy alterado:

—¿Acaso Moody tiene el monopolio del Espíritu Santo?

—Claro que no. Nadie cree eso. Lo que sí creemos es que el Espíritu Santo tiene el monopolio sobre la vida de Moody.

Reflexionemos un momento en estas preguntas: ¿Dios gobierna por completo el santuario de nuestras almas? ¿No le gustaría que de usted también se diga que el Espíritu Santo tiene el monopolio total sobre su vida? Deseo que cuando a usted le pregunten quién es Dios pueda responder sin vacilación: «Dios es alguien que habita en mí».

**Referencias**

[1] Millard Erickson, *Teología sistemática* (Barcelona: CUE, 2008), p. 327.
[2] Fernando Canale, «La doctrina de Dios» en *Teología: Fundamentos bíblicos de nuestra fe* (Doral, Fl.: APIA, 2005), tomo 2, p. 67.
[3] Ralph W. Klein, «Back to the Future: The Tabernacle in the Book of Exodus» en *Interpretation* 50, N° 3 (julio de 1996), p. 24.
[4] Jeffrey J. Niehaus, *God At Sinai. Covenant & Theophany in the Bible and Ancient Near East* (Gran Rapids: Zondervan, 1995), pp. 116, 117.
[5] Ibid., p. 116; Ángel Manuel Rodriguez, «Sanctuary Theology in Exodus» en *Andrews University Seminary Studies*, vol. 24, N° 2 (1986), p. 130.
[6] (J. A. Motyer, Éxodo (Barcelona: Andamio, 2005), p. 322. Brevard S. Childs, *El libro de Éxodo: Comentario crítico y teológico* (Estella: Verbo Divino, 2003), p. 516.
[7] Félix García López, Éxodo. *Comentarios a la Nueva Biblia de Jerusalén* (Bilbao: Desclée Brouwer, 2007), p. 165. H. Haag y otros, «Terumá» en *Diccionario de la Biblia* (Barcelona: Herder, 1976), pp. 1921, 1922.
[8] *El libro de Éxodo* (Salamanca: Sígueme, 2006), p. 405.
[9] John H. Sailhamer, *The Pentateuch As Narrative: A Biblical-Theological Commentary* (Gran Rapids, Michigan: Zondervan, 1992, pp. 300, 301. Para más detalles sobre la estrecha relación que existe entre el santuario y el Edén, ver G. K. Beale, *The Temple and the Church's Mission. A Biblical Theology of The Dwelling Place of God* (Downers Grove, Illinois: InterVarsity, 2004), pp. 66-80.
[10] Samuel J. Schultz, *Leviticus: God Among His People* (Chicago: Moody, 1983), p. 30.
[11] Angel Manuel Rodriguez, «La doctrina del santuario» en *Teología: Fundamentos bíblicos de nuestra fe* (Doral, FL: APIA, 2006), tomo 4, p. 111.
[12] Rodríguez, *obra citada*, p. 109.
[13] «Typology in the Book of Hebrews» en Frank B. Holbrook, ed., *Issues in the Book of Hebrews* (Silver Spring, MD: Biblical Research Institute, 1989), p. 175.
[14] Roy Adams, *El santuario* (Doral: APIA, 1998), p. 39.
[15] Davidson, p. 175. Para más detalles sobre el significado de *tabnit* ver Richard M. Davidson, *Typology In Scripture. A Study of hermeneutical typos Structures*. Andrews University Seminary Doctoral Dissertation Series, vol. 2 (Berrien Springs, Michigan: Andrews University, 1981), pp. 367-388.
[16] John H. Walton, *Ancient Near Eastern Thought and the Old Testament* (Gran Rapids: Baker Academic, 2006), p. 113.
[17] Leonhard Goppelt, «typos» en G. Kittel y G. Friedrich, eds., *Theological Dictionary of the New Testament* (Grand Rapids: Michigan: W. B. Eerdmans, 1972), t. 8, p. 257.
[18] Citado en J. B. Lightfoot, *Los padres apostólicos* (Terrassa: CUE, 1990), p. 292.
[19] Obra citada p. 334.
[20] Obra citada p. 355.
[21] Ignacio de Antioquia, *Carta a los efesios*, 9; disponible en http://es.catholic.net/conocetufe/633/2741/articulo.php?id=27840; consultado el 29 de abril de 2013.

# 3

# Un sacrificio vivo

Fue un día trágico; con toda certeza, el más infausto de todos. El pérfido tirano consumó su malvado plan de arrastrar a la raza humana hacia el abismo de la desobediencia y de esta manera provocó que la tierra perdiera su dechado de bondad y comenzara a hundirse en las aguas profundas de la corrupción. Al final de ese día, en palabras de Milton, el «pardo crepúsculo cubrió el mundo con su triste manto». El pecado hizo su entrada triunfal y trajo de la mano a su funesta compañera: la muerte. Al transgredir el mandamiento divino, Adán y Eva tiraron del hilo y su vestido comenzó a deshilacharse. ¿Se quedaría Dios de brazos cruzados? ¿O pondría en acción algún plan que pudiera contrarrestar al pecado y su fuliginosa acompañante?

La desobediencia de nuestros primeros padres no inhabilitó a la Divinidad, sino que, al contrario, puso fin al reposo creador e impulsó a Dios para que diera inicio a una nueva creación, que esta vez sería de naturaleza espiritual. Una obra creadora de la que Dios, hasta este momento, tras más de seis mil años de haberla iniciado, todavía no ha reposado (Juan 5:17). Nuestra insubordinación movilizó todos los dispositivos de emergencia del cielo y suscitó la puesta en marcha del más ambicioso plan, uno que se había trazado desde antes de la fundación del mundo: el plan de salvación (ver 1 Pedro 1:19-22; Efesios 1:4).

Después de aquel sombrío y dantesco día, el mismo Creador salió en auxilio de Adán y Eva y les «hizo [...] túnicas de pieles y los vistió» (Génesis 3:21). ¿De dónde salió la piel que cubrió la desnudez física y moral de quienes se habían rebelado contra el Señor? Resulta obvio que Dios tuvo que sacrificar un animal inocente a fin de cubrir a los verdaderos culpables. Tan pronto el pecado se introdujo en el mundo, Dios estableció un medio para neutralizar los efectos que provocaría sobre nosotros y sobre el planeta. Y ese medio consistió en la implementación de un sistema de sacrificios cuyo inicio se remonta al mismo Edén.

# El primer sacrificio

En Génesis 3:21 nos encontramos cara a cara con el cumplimiento de la sentencia divina de Génesis 2:17. Algunos suponen que la Biblia se contradice a sí misma al anunciar que Adán y Eva morirían tan pronto comieran del fruto prohibido, aunque, sin embargo, comieron y vivieron muchos años más. ¿Por qué no perecieron de inmediato? Sencillamente porque alguien murió en su lugar. El animal cuya piel Dios usó para cubrirlos recibió sobre sí la sentencia de muerte que merecían los nuevos pecadores. Al ver morir a aquella criatura indefensa nuestros primeros padres tenían que comprender que el pecado, en todo el sentido de la palabra, no acarrea más que muerte y dolor. De esa manera, nos dice Elena G. de White, «cada víctima ofrecida en sacrificio [...] le volvía a recordar su pecado» (*El conflicto de los siglos,* cap. 41, pp. 629, 630). Dios, por su inagotable amor e infinita misericordia, buscó la manera de perdonarlos y al mismo tiempo ejecutar su irrevocable sentencia proveyendo un sustituto que ocupara el lugar del pecador. Tanto Adán como Eva debieron comprender que si alguien no moría en lugar de ellos, no tendrían ni futuro ni esperanza. Ese primer sacrificio tenía el doble propósito de recordarles su pecado y fijar su mirada en la esperanza de un Salvador. [1]

John Milton, el poeta y ensayista inglés, pudo plasmar la vivida escena de Génesis 3 en estas palabras registradas en su monumental obra *El paraíso perdido:*

> «Así juzgó al hombre aquel que fue enviado a la vez como Juez y como Salvador, desviando de su cabeza el golpe repentino de la muerte anunciado para aquel día. Compadeciéndose luego de los que estaban desnudos ante él, expuestos a la influencia del aire, que iban a sufrir grandes alteraciones, no se desdeñó de empezar a tomar la forma de un servidor, como cuando más adelante lavó los pies a sus servidores, sino que, cual un buen padre de familia, cubrió su desnudez con pieles de bestias [...]. No tuvo que pensar mucho para vestir a sus enemigos; y no solo cubrió su desnudez con pieles de animales, sino también su desnudez interior, mucho más ignominiosa, envolviéndola con su manto de justicia». [2]

Hay otro mensaje menos conocido en el acto de vestir a los primeros seres humanos. Como cabeza de familia, Adán era el sacerdote del Edén (ver *Historia de la redención,* cap. 5, p. 52), pero el pecado puso en entredicho sus funciones sacerdotales. ¿Ya no podría ser el sacerdote de Dios en la tierra? El cielo no podía permitirse el lujo de perder su representante en nuestro planeta, de ahí que al ser vestido con la piel del cordero, Adán no solamente fue perdonado sino que además fue reconfirmado como sacerdote del Dios altísimo. Génesis 3:21 constituye una versión anticipada del momento en que Dios ordenaría vestir a los sacerdotes para cubrir la desnudez de sus ministros (Éxodo 28:42, 43). [3] Según Levítico 8 la ordenación de los sacerdotes incluía la muerte de un becerro y la colocación de nuevas vestiduras sobre los ungidos. Ambas acciones están implícitas en Génesis 3:21.

Por tanto, aunque la entrada del pecado fue un momento triste, Dios convirtió nuestra tragedia en un momento de esperanza al realizar el primer sacrificio en favor del pecador. Teniendo esto en cuenta, la declaración del cronista cobra todo el sentido: «Cuando comenzó el holocausto, comenzó también el cántico de Jehová» (2 Crónicas 29:27). Según recoge la Misná, la compilación de la tradición legislativa oral judía, en el tratado dedicado al sacrificio continuo (*tamid*), incluido en el orden quinto dedicado a los *kodasim*, las leyes religiosas vinculadas al templo de Jerusalén, cada día de la semana los sacerdotes cantaban un salmo: el primero, el Salmo 24; el segundo, el Salmo 48; el tercero, el Salmo 82; el cuarto, el Salmo 94; el quinto, el Salmo 81; el sexto, el Salmo 93; y, finalmente, el sábado, el Salmo 92. [4]

En el mismo lugar donde surgió el pecado también se entonó un canto que exaltó la gracia divina. En el Edén no solo hubo transgresión, también hubo perdón y restauración. Paradójico, ¿verdad? Nuestros primeros padres entendieron anticipadamente la declaración paulina: «Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia» (Romanos 5:20).

## El sistema sacrificial en miniatura

En el próximo capítulo abordaremos con más detalles los diferentes tipos de sacrificios prescritos especialmente en el tercer libro de Moisés: el Levítico. En lo que resta de este capítulo no hablaremos del sacrificio en términos de expiación por el pecado, sino del sacrificio como un don que la criatura ofrece a su Creador. De hecho, la palabra sacrificio deriva del vocablo latino *sacrificium* (formado por las raíces *sacro,* sagrado, y *facere,* hacer), que significa «apartar algo para un uso sagrado». Un sacrificio es algo que hemos apartado para entregarlo a Dios.

Usted se preguntará: ¿qué sentido tiene ofrecerle algo al dueño de todo? Quizá la siguiente experiencia nos ayude a entender lo que diremos más adelante. Yo tengo tres hijos pequeños. El año pasado, cuando llegó el día de Navidad mi esposa y yo les entregamos sus respectivos regalos. Como suele suceder, todos tenían regalos menos el dador de los regalos; es decir, ¡yo! Varias horas más tarde, Hasel, mi hijo varón, subió a la habitación y ¡me regaló veinte dólares! Con toda la inocencia de un niño me dijo: «Papi, este es tu regalo de Navidad». Cuando le pregunté de dónde obtuvo ese dinero, me dijo que lo había ahorrado de lo que yo le había dado para su merienda en el colegio. ¿Cree usted que lo regañé y le dije: «Hasel, no me estás dando nada pues ese dinero te lo di yo mismo»? Por supuesto que no. Aunque el regalo era fruto de lo que había recibido de mi mano, para mí fue un gran obsequio.

Pues bien, algo parecido ocurre con lo que hacemos para Dios. Todo lo que podamos sacrificar a Dios es resultado de lo que él nos ha dado, porque él es dueño de todo. Entonces, ¿para qué darle al que lo tiene todo? En su obra *La sombra de la cruz,* el pastor Stephen N. Haskell expresa esta valiosa y significativa declaración sobre el tema que estamos estudiando aquí: «En ninguno de los tipos el adorador estaba en contacto tan

estrecho con el servicio del santuario como en el sacrificio». [5] Por consiguiente, podemos decir que Dios estableció el sistema sacrificial, entre otras cosas, para estar en contacto con nosotros. El principal motivo no es que el Señor reciba algo, sino que profundicemos nuestra relación con él. De esa manera, al presentarle nuestras dádivas podemos manifestar nuestra gratitud al que nos ha dado todo lo que poseemos. Y aunque todo es del Señor, él se siente halagado cuando nosotros apartamos especialmente para él alguna porción de lo mucho que hemos recibido (Salmo 24:1; 1 Crónicas 29:14). Dios se alegra cuando le ofrecemos esos presentes tan especiales. De hecho, él espera que no vengamos a adorarlo con las manos vacías (Éxodo 23:15; 34:20; Deuteronomio 16:16).

Precisamente esto último, no presentarnos con las manos vacías, es lo que vemos en el primer sacrificio como un don a Dios que se menciona en las Escrituras. En Génesis 4 los oferentes no se presentaron sin traer un obsequio. No puede ser mera casualidad que el primer relato bíblico en que el ser humano se convierte en un oferente ante Dios esté estrechamente relacionado con la historia de la caída de Adán. La experiencia de Caín y Abel constituye un ejemplo contundente de los efectos que la entrada del pecado provocó sobre nuestro mundo. Los sucesos que forman parte de dicha narración son como una especie de versión en miniatura de la primera caída. Alan). Hauser declara acertadamente que «el relato de Caín y Abel en Génesis 4:1-16 está relacionado temática, lingüística y estructuralmente con los hechos narrados en Génesis 2 y 3». [6] Veamos el siguiente cuadro que ilustra el estrecho paralelismo que existe entre la caída de Adán y el pecado de Caín: [7]

| Adán | Caín |
|---|---|
| Era agricultor (Génesis 2:5). | Era agricultor (Génesis 4:2). |
| Advertencia: «No comas del árbol» (Génesis 2:17). | Advertencia: «El pecado está a la puerta» (Génesis 4:7). |
| La pregunta: ¿Dónde estás? (Génesis 3:9) | La pregunta: ¿Dónde está tu hermano? (Génesis 4:7). |
| Maldición (Génesis 3:17) | Maldición (Génesis 4:11, 14) |
| Exilio (Génesis 3:23-24) | Exilio (Génesis 4:16) |

La presentación de la ofrenda a Dios ocurre en medio de esta pequeña «caída». Los elementos que forman parte de dicha escena constituyen una versión anticipada y resumida del complejo sistema sacrificial que se institucionalizaría en los tiempos de Moisés. «Caín llevó al Señor una ofrenda [*minjá*] del producto de su cosecha. También Abel llevó al Señor las primeras y mejores crías de sus ovejas. El Señor miró con agrado a Abel y a su ofrenda [*minjá*] pero no miró así a Caín ni a su ofrenda» (Génesis 4:3-5, DHH). Tanto Caín como Abel trajeron su ofrenda, su regalo, al Señor. Aunque en el libro de Levítico la palabra hebrea *minjá* se usa para aludir a las ofrendas incruentas (Levítico 2:1, 4, 14, 15), en Génesis 4:3 parece que agrupa tanto a las oblaciones como a los sacrificios de animales. Este pasaje nos introduce las dos grandes clases de ofrendas: cruentas e incruentas. Todo ofrenda quedaba supeditada a una de estas dos categorías.

Abel ofreció «los primogénitos de sus ovejas». Años después Dios regularizaría la acción de Abel y se reservaría para sí todos los primogénitos, «tanto de hombres como de animales» (Números 3:13).

Pero aquí es crucial saber por qué Dios aceptó el sacrificio de Abel y rechazó el de Caín. Entre los rabinos judíos existía una tradición que sostenía que Dios había rechazado la ofrenda de Caín porque este era descendiente de la relación sexual que hubo entre Eva y la serpiente. [8] Obviamente, dicha versión no es más que una leyenda que procura por todos los medios satanizar al primogénito de Adán. Nos toca esgrimir razones más verosímiles y menos ridículas, reconociendo, no está de más decirlo, que la Biblia no entra en detalles al respecto. Otros rabinos judíos suponían que la ofrenda de Caín fue rechazada porque no estaba acompañada de fe, sino de suficiencia propia. Josefo, el célebre historiador judío, escribió en sus *Antigüedades* que la ofrenda de Caín «era un producto forzado de la invención de un hombre avaro» (Libro I, cap. II. I). [9] Entre los primeros autores cristianos sobresale la explicación de Ambrosio: «Doble fue la culpa de Caín: primera, que ofreció con retraso; segunda, que ofreció de los frutos, no de las primicias». [10] Por la actitud que mostró ese muchacho todo parece indicar que aunque aparentaba obedecer a Dios, «su forma de proceder revelaba un espíritu desafiante». [11]

Si bien es cierto que queda a criterio de cada persona decidir qué ofrendará a Dios, Génesis 4 nos enseña que nuestro Creador se reserva el derecho de aceptar o rechazar lo que provenga de nuestras manos. Y es bueno que de plano sepamos que «Dios no quedará satisfecho sino con lo mejor que podamos ofrecerle» (*Patriarcas y profetas,* cap. 30, p. 321). Ello nos lleva a sugerir que en primera instancia la ofrenda de Caín no recibió el agrado divino, no porque fuera mala en sí misma, sino porque no era lo mejor que Caín podía ofrecerle. Él trajo su ofrenda al altar, pero ello no erradicó la actitud egoísta que la manchaba y creyó qué cumplir la ceremonia externa ya lo hacía merecedor de la aceptación divina. Por eso su actitud es un reflejo exacto de quienes pretenden obtener la salvación no por fe, sino por obras. A propósito de esto Elena G. de White declaró: «El esfuerzo que el hombre pueda hacer con su propia fuerza para obtener la salvación está representado por la ofrenda de Caín. Todo lo que el hombre pueda hacer sin Cristo está contaminado con egoísmo y pecado» (*Mensajes selectos,* tomo 1, cap. 56, p. 426).

En cambio, Abel, que ofreció los primogénitos de sus ovejas, no solo dio al Señor sus mejores presentes, sino que además los adornó con un elemento que es vital a la hora de ofrecer un sacrificio a Dios: la fe. El libro de Hebreos nos dice que «por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín» (Hebreos 11:4). La fe constituye el factor esencial que nos impulsa a realizar una entrega completa a Dios tanto de lo que tenemos como de lo que somos. A través de sus dones Abel puso de manifiesto su confianza en la venida del verdadero Cordero de Dios, Jesucristo (Juan 1:29). En otro sentido, al ofrecer su mejores animales en sacrificio al Señor, Abel demostró conocer un principio clave del sistema sacrificial: «Sin derramamiento de sangre no hay perdón» (Hebreos 9:22, NVI).

Llama mucho la atención y, a la vez, nos quita un gran peso de encima que el texto haga mención al hecho de que Dios primero miró a Abel y luego a su ofrenda: «Miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda» (Génesis 4:4). Aquí resultan muy oportunas las palabras de Gerhard von Rad: «En todo el oriente antiguo aceptar o rechazar un sacrificio dependía del aspecto ofrecido por la víctima». [12] Es decir, si el sacrificio era muy simplón, ni los dioses ni sus sacerdotes estaban dispuestos a recibirlo. Sin embargo, nuestro Dios es diferente. Él primero acepta a la persona, y luego el don que ella ofrece; porque es la actitud del individuo lo que le añade valor a su sacrificio, no el precio de lo que sacrifique. Por eso Jesús consideró de mayor valor la pequeña ofrenda de la viuda, y menospreció las grandes cantidades que ofrendaban los ricos (Lucas 21:1-4). W. H. Griffith Thomas lo expresa con estas palabras: «El valor del ofrecimiento se considera que depende del carácter del que ofrece. El coste no constituye la verdadera adoración». [13]

La manera en la que Dios mostraba su agrado por una ofrenda sacrificial era consumiéndola mediante el fuego (Levítico 9:24; Jueces 6:21). La versión griega de Teodosio agrega al relato de Génesis 4, que Dios quemó la ofrenda de Abel. [14] Elena G. de White confirma esto al declarar que «una luz procedente del cielo consumió la ofrenda de Abel» (*Historia de la redención,* cap. 6, p. 55). ¿Por qué Dios consumió la de Abel y no la de Caín? La sierva de Dios nos ofrece la respuesta: «Lo que se efectúa mediante la fe es aceptable ante Dios. El alma hace progresos cuando procuramos ganar el cielo mediante los méritos de Cristo» (*Mensajes selectos,* cap. 56, p. 426). Eso fue lo que hizo Abel, y es lo que debemos hacer nosotros.

Finalmente, en Génesis 4 tenemos una visión anticipada del eterno conflicto entre la fe y la presunción, la obediencia y el formalismo religioso, la entrega sin reservas y la apariencia de piedad. Por eso a los imitadores de Caín, Dios le diría por medio del profeta: «Porque yo quiero amor, no sacrificio, conocimiento de Dios, más que holocausto» (Oseas 6:6, BJ) y «Mejor es obedecer que sacrificar; prestar atención mejor es que la grasa de los carneros» (1 Samuel 15: 22).

Le confesaré algo: me alegra saber que ya no tenemos nada que ver con todo eso de andar de aquí para allá levantando altares y ofreciendo sacrificios. ¿Se imagina usted yendo al mercado a comprar un animal para luego sacrificarlo por su pecado? Nosotros hemos sido «santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Cristo hecha una vez y para siempre» (Hebreos 10:10). Ahora, ¿implica ello que ya no hay ningún tipo de sacrificio? Le recomiendo que siga hasta el final del capítulo.

## Un sacrificio vivo

Estoy seguro de que usted, como yo mismo, se siente muy seguro y arropado al leer estos hermosos pasajes bíblicos: «Como pastor apacentará su rebaño. En su brazo llevará los corderos, junto a su pecho los llevará; y pastoreará con ternura a las recién paridas» (Isaías 40:11). «Como reconoce su rebaño el pastor el día que está en medio de sus

ovejas esparcidas, así reconoceré yo a mis ovejas» (Ezequiel 34:12). «Porque él es nuestro Dios; nosotros, el pueblo de su prado y ovejas de su mano» (Salmo 95:7). Por no hablar del archiconocido: «Jehová es mi pastor, nada me faltará» (Salmo 23:1). Que Dios nos compare con las ovejas de un pastor evoca mucha ternura. Ahora bien, ¿las ovejas solo existen para ser cuidadas con amor y ternura? ¿Qué me dice de pasajes como estos?: «Háganme un altar de tierra, y ofrézcanme sobre él sus holocaustos y sacrificios de comunión, *sus ovejas*» (Éxodo 20:24, NVI). «Salomón ofreció a Jehová, como sacrificios de paz, [...] ciento veinte mil *ovejas*» (1 Reyes 8:63). «En cuanto a las *ovejas,* se tomará una de cada doscientas de los rebaños [...) para las ofrendas de cereales, el holocausto y el sacrificio» (Ezequiel 45:15, NVI).

Me imagino que ya se habrá dado cuenta de que las ovejas están íntimamente relacionadas con el sacrificio, ¿verdad? Es cierto que el pastor tiene que cuidar y proteger las ovejas, pero su dueño también puede sacrificarlas. Y casi siempre se impone lo último. A Jesús le encantaba comparar a sus seguidores con las ovejas. En cierta ocasión dijo: «Mis ovejas oyen mi voz [...], y me siguen» (Juan 10:27). ¿Adónde nos lleva seguir a Jesús? «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame» (Lucas 9:23). Las ovejas que van tras las huellas de Cristo tienen el mismo destino que su maestro: la cruz. Dios espera que seamos ovejas que estén listas para ser ofrecidas en su altar. A ello se refirió Pablo cuando dijo: «Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto» (Romanos 12:1).

Romanos 12 es un capítulo de vital importancia para nosotros; quizá por ello es de los textos más conocidos de la Palabra de Dios. Elena G. de White dice que «todo este capítulo es una lección que yo ruego a todos los que aseveran ser miembros del cuerpo de Cristo que estudien» (*Testimonios selectos,* tomo 4, cap. 48, p. 329). El texto que acabamos de citar constituye «una concisa descripción de la respuesta del creyente a la gracia de Dios». [15] Pablo ya ha explicado con gran profusión de detalles todo lo que Dios ha hecho para salvarnos: nos justificó (Romanos 1-5) y nos santificó (Romanos 6-8). Y lo ha hecho porque ha tenido misericordia por todos (Romanos 11:32). Lo que Pablo expresa a partir del capítulo 12 es el resultado en la vida diaria de lo que implica haber sido justificado y santificado por la misericordia de Dios. En otras palabras, Romanos 1-11 es el evangelio en teoría; Romanos 12-16 es el evangelio en la vida diaria.

Nuestro sacrificio, entonces, no es más que nuestra respuesta al llamamiento de amor que hemos recibido de parte de Cristo. El hecho de que sea un sacrificio vivo marca un contraste con los animales que se presentaban muertos en el altar del santuario. Dios quiere nuestra vida, no nuestra muerte. Lamentablemente, muchos cristianos no han entendido la esencia de las palabras de Pablo. A principios de la era cristiana ciertos creyentes provocaban ser perseguidos a fin de ser sacrificados y de esta manera dar cumplimiento al sacrificio vivo de Romanos 12. Incluso, con el objetivo expreso de reducir este tipo de sacrificios, la iglesia primitiva tuvo que decidir que solo son nobles «los martirios que tienen lugar según la voluntad de Dios» (*Carta de los Esmirneanos,* 2). [16] Cuando cesaron las persecuciones, otros creyeron que el «sacrificio vivo» conllevaba una serie de ritos cuyo fin era mortificar la carne. Tomás de Kempis

dijo que «un hombre que todavía no está bien mortificado interiormente, es fácilmente tentado y vencido de cosas bajas». [17] Para el Cura de Ars: «Un buen cristiano no come nunca sin mortificarse en algo». [18] Así pues, si usted quería ser un sacrificio vivo le era preciso renunciar a todo lo que le diera alegría y placer. ¡Qué triste sería vivir una religión así!

La buena noticia es que nada de eso implica un sacrificio vivo y razonable. Jesús, nuestro mayor ejemplo, dista mucho de haber vivido de esa manera. Nosotros nos ofrecemos en «sacrificio vivo» cuando vivimos conforme a la nueva vida que Dios nos ha dado; es decir, cuando quien nos moldea ya no es el mundo, sino el Espíritu de Dios. Podemos entender mejor el significado de Romanos 12:1 leyendo Romanos 6:13: «No entreguen su cuerpo al pecado, como instrumento para hacer lo malo. Al contrario, *entréguense a Dios,* como personas que han muerto y *han vuelto a vivir,* y entréguenle su cuerpo como instrumento para hacer lo que es justo ante él» (DHH). Somos una ofrenda viva para el Señor cuando, después de haber dejado nuestra vida pasada, hacemos «lo que es justo delante de él». Somos un sacrificio vivo cuando reconocemos que hemos de glorificar a Dios en nuestro cuerpo (1 Corintios 6:20). Según Calvino la expresión «sacrificio vivo» significa «que nosotros no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino que estamos bajo la potestad divina. Eso jamás podrá lograrse más que renunciando a nosotros mismos en una abnegación completa». [19]

En realidad, la ofrenda no es algo que le damos a Dios: ¡nosotros somos la ofrenda! Una entrega completa y total, sin ningún tipo de reparos, es el mayor regalo que podemos presentar ante el altar del cielo. Nos compete ser en todo momento «sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo» (1 Pedro 2:5; *cf.* Filipenses 4:18). Como Cristo, hemos de acudir a Dios y decirle: «Sacrificio y ofrendas no quisiste, mas me diste un cuerpo» (Hebreos 10:5). Por ello todo lo que hagamos en este cuerpo ha de hacerse para «gloria de Dios» (1 Corintios 10:31). Esta entrega a Jesús no debe ser hecha como si fuera un canto fúnebre o una procesión al martirio, sino como un «sacrificio de alabanza»; y la mejor alabanza para Dios es aquella que «hace bien» y ayuda a los demás; «de tales sacrificios se agrada Dios» (Hebreos 13:15, 16). Nunca perdamos de vista que «la devoción abnegada y un espíritu de sacrificio han sido siempre y seguirán siendo el primer requisito de un servicio aceptable» (*Profetas y reyes,* cap. 4, p. 44).

El profeta Miqueas se preguntó:

«¿Con qué me presentaré ante Jehová
y adoraré al Dios Altísimo
¿Me presentaré ante él con holocaustos,
con becerros de un año?
¿Se agradará Jehová de millares de carneros
o de diez mil arroyos de aceite?
¿Daré mi primogénito por mi rebelión,
el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?
Hombre, él te ha declarado lo que es bueno,
Lo que pide Jehová de ti:
solamente hacer justicia,

amar misericordia
y humillarte ante tu Dios» (Miqueas 6: 6-8).

Si ponemos en práctica la recomendación del profeta, seremos un sacrificio vivo y agradable. Esa es la adoración más agradable a la vista de nuestro Salvador.

**Referencias**

[1] M. L. Andreasen, *El santuario y su servicio* (Buenos Aires: ACES, 1979), p. 14.
[2] John Milton, *El paraíso perdido*, documento PDF disponible en http://www.biblioteca.org.ar/libros/656292.pdf, p. 134, descargado el 24 de abril de 2013.
[3] Ver John H. Sailhamer, *The Pentateuch as Literature. A Biblical-Theological Commentary* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1992), pp. 109, 110.
[4] cf. Carlos del Valle, ed., *La Misná* (Madrid: Nacional, 1981), p. 1026.
[5] Stephen N. Haskell, La sombra de la cruz, Doral: APIA, 2011, p. 117.
[6] Alan J. Hauser, «Linguistic and Thematic Links between Genesis 4:1-16 and Genesis 2—3», en *Journal of Evangelical Theological Society* (diciembre 1980), p. 304.
[7] Gary Edward Schnittjer, *The Torah Story* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2006), p. 84). Para más detalles, ver a Hauser, *obra citada*, págs. 297-305.
[8] Luis Alonso-Schkóel, *¿Dónde está tu hermano? Textos de fraternidad en el libro de Génesis* (Estella: Verbo Divino, 1997), p. 27.
[9] Flavio Josefo, *Antigüedades de los judíos* (Terrassa: CLIE, 1988), tomo 1, p. 12.
[10] Schkóel, *obra citada*, p. 28.
[11] Francis D. Nichol, ed., *Comentario bíblico adventista* (Buenos Aires: ACES, 1992), tomo 1, p. 251.
[12] *El libro de Génesis* (Salamanca: Sígueme, 1977), p. 126.
[13] *Génesis. Comentario devocional* (Terrassa: CLIE, 1984), p. 48.
[14] Keil & Delitzsch, *Comentario al texto hebreo del Antiguo Testamento: Pentateuco e Históricos* (Viladecavalls: CLIE, 2008), tomo 1, p. 64.
[15] Douglas J. Moo, *Romanos: Comentarios bíblicos con aplicación* (Miami: Vida, 2011), p. 383.
[16] J. B. Lightfoot, *Los padres apostólicos* (Terrassa: CLIE, 1990), p. 255.
[17] Tomás de Kempis, *Imitación de Cristo* (México: Ediciones Paulinas, 2007), p. 26.
[18] Santo Cura de Ars, *Amor y perdón: homilías*, José María Llovera, ed. (Madrid: Rialp, 2010), p. 69.
[19] Juan Calvino, *Comentario a la Epístola a los Romanos* (Grand Rapids: Libros Desafíos, 2005), p. 317.

# 4

# Cristo es todo

En este capítulo vamos a repasar algunos asuntos relacionados con el mobiliario del santuario. Sin embargo, antes de proseguir nuestro intento de poner la doctrina del santuario al alcance de todos, anticipo que un buen número de mis estimados lectores puede que sufran una gran desilusión al concluir la lectura de este capítulo, aunque espero que esto no les impida continuar leyendo el resto del libro. ¿La causa? Al estudiar los muebles tanto del atrio como del interior del santuario, no seré capaz de interpretar cada nimio detalle mencionado en Éxodo 25-31. Sí, sé que Orígenes, el tristemente célebre pensador cristiano del siglo III, dijo que «hay un rico significado en cada detalle del tabernáculo». Reconozco que muchos de nosotros al estudiar el tema del santuario, como Orígenes, esperamos desvelar el significado de cada pedazo de piedra, de todos y cada uno de los colores, de todos los materiales o de todo objeto que Moisés menciona. Sin embargo, es bueno que comprendamos que, aunque podemos espigar el significado de una u otra cosa, el texto bíblico «da muy poca información acerca del significado simbólico de los muebles». [1]

Permítame exponerle algunos ejemplos interesantes. ¿Le gustaría saber qué simbolizaban las cuatro argollas de oro que fueron colocadas en cada esquina del Arca del Pacto? Aunque yo no lo sé, hay decenas de intérpretes que podrían explicárselo, entre ellos el papa Gregorio Magno. Él solía decir que esas argollas representan a la iglesia; que así como las argollas fueron colocadas en las cuatros equinas, la iglesia ha de recorrer los cuatro puntos cardinales del mundo porque esta fue equipada con los cuatro Evangelios; que como las varas se introducían por las argollas, de igual modo Dios ha puesto en la iglesia maestros perseverantes que siempre están adheridos a la sana instrucción. [2]

Fíjese en estos ejemplos de cómo se interpreta «cada detalle» del tabernáculo. Según Filón de Alejandría, los dos querubines representan los dos hemisferios del planeta; el

candelabro simbolizaba el movimiento de los astros; y los siete brazos del mismo, los siete astros; [3] la túnica sacerdotal era símbolo del aire; las doce piedras que formaban parte del pectoral no podían ser otra cosa sino un símbolo de los doce signos del zodiaco; el altar del incienso era símbolo de lo terrenal; [4] mientras que el incienso mismo simbolizaba que para la sabiduría nada huele mejor que la frugalidad y la templanza. [5]

Por supuesto, los antiguos intérpretes cristianos no se quedaron atrás. Según Gregorio Magno, los dos querubines representan el Antiguo y el Nuevo Testamento. [6] De acuerdo con Orígenes, el oro del santuario simbolizaba la mente y el intelecto; mientras que la plata era un símbolo del lenguaje y la predicación. [7] Tanto Tertuliano como Ambrosio afirmaron que las doce piedras que formaban parte del vestido sacerdotal eran una representación de los doce apóstoles. [8] Beda el Venerable enseñaba que el maná representaba la plenitud de la divinidad de Cristo y la vara de Aarón, el indestructible sacerdocio del Salvador. [9]

## Parábola, antitipo, sombra, ¿o alegoría?

Estos ejemplos que acabo de citar son muestras clásicas de cómo alegorizar el mensaje bíblico. En el mundo helenístico la alegoría surgió como un método para interpretar los poemas de Homero y, de esa manera, presentar una explicación plausible a las inmoralidades de las deidades griegas. [10] Filón de Alejandría se apoyó en ella para demostrar que la esencia del pensamiento griego tenía como fuente las Escrituras hebreas. Y Orígenes, basándose en Filón, le dio el rango de método hermenéutico entre los cristianos. Desde Orígenes hasta la Reforma Protestante este fue el principal método de estudio aplicado a la Biblia. Dicho enfoque interpretativo fue una de las herramientas que afianzó el absolutismo religioso que caracterizó la Edad Media. Este método de interpretación, que parece el ideal a la hora de entender los utensilios del santuario, no es más que una herencia griega que se introdujo a la religión cristiana a través de maestros como Clemente y Orígenes y, posteriormente, por medio del dogmatismo católico romano.

¿Es válido el uso de la alegoría para estudiar el santuario y sus servicios? A la luz de la Biblia la respuesta es sencilla y tajante: No. De hecho, el libro de Hebreos, al ofrecer una interpretación cristiana al santuario y sus servicios, nunca usó la palabra alegoría. Pablo aborda el tema desde uno de estos tres enfoques: como una parábola, una relación tipológica o como una sombra. Creo oportuno que analicemos estos tres enfoques (parábola, sombra y antitipo) en el contexto del santuario y de esta manera establezcamos algunos principios orientadores para el tema que nos ocupa. [11]

***Parábola.*** Tras haber mencionado varios de los muebles que formaban parte del tabernáculo del desierto (Hebreos 9:3-5), y referirse a algunos aspectos relacionados con la obra sacerdotal (Hebreos 9:6-8), el autor de Hebreos declara que todo esto era «símbolo (griego *parabolé)* para el tiempo presente» (9:9). Pablo ha escogido la palabra correcta: *parabolé.* [12] ¿Qué es una parábola? F. Hauck la define como «una semejanza que

usa una verdad evidente de un campo conocido (la naturaleza o la vida humana) para comunicar *una verdad nueva* en un campo desconocido». [13] El *Comentario bíblico adventista* señala acertadamente que «la parábola es una narración cuyo propósito principal es enseñar *una verdad*». [14]

Considerándolos como una parábola, el santuario y sus muebles encierran una verdad medular. Al estudiar el candelabro, por ejemplo, hemos de concentrar nuestros esfuerzos en identificar la *verdad medular* que hay detrás de su sofisticada elaboración, y no perdernos en los detalles que adornan su estilizada figura. No debemos pasar por alto que a «diferencia de una alegoría, en una parábola no se pretende que los detalles tengan un significado». [15] Por tanto, al abordar el significado de los muebles del santuario, como cuando estudiamos una parábola, no nos detendremos en los detalles sino en la verdad central que estos transmiten.

***Sombra.*** Hablando del santuario terrenal, Pablo lo definió como «figura y sombra de las cosas celestiales» (Hebreos 8:5). Como la sombra es una «proyección oscura», no podemos captar todos los rasgos esenciales de un cuerpo con solo mirar su sombra. Lo que tenemos en el santuario terrenal no es más que una imagen pálida de las realidades celestiales. ¿Acaso usted cree que hay similitud física entre el altar del sacrificio y la cruz? Como ya dijimos más arriba, no es prudente que tratemos de entender y explicar en toda su plenitud el santuario celestial a partir de la «sombra» que de él tenemos en el santuario terrenal. [16]

***Antitipo.*** En Hebreos 9:24 encontramos esta afirmación: «Porque no entró Cristo en el santuario hecho por los hombres, figura (griego *antitypos)* del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora por nosotros ante Dios». Esta palabra, antitipo, «figura», establece que para los autores bíblicos el santuario terrenal era una prefiguración (un tipo) y estaba divinamente concebido como una muestra concreta del templo celestial. [17] Evidentemente, ello no indica que la realidad celestial sea completamente idéntica a la figura terrenal, pero sí es responsabilidad y competencia nuestra procurar descubrir hacia qué realidad celestial nos dirigen los muebles del antiguo santuario hebreo.

Dicho esto, tratemos de encontrar la verdad medular de cada uno de los muebles y de descifrar el mensaje que revelan a la iglesia del siglo XXI.

## El santuario por fuera

Cuando el adorador se acercaba al templo, lo primero que veía era el altar de bronce donde se realizan los sacrificios por el pecado, porque dicho mueble se hallaba «a la entrada del tabernáculo» (Éxodo 40:1). Por el hecho de que estuviera colocado en la misma entrada es muy probable que fuera el único mueble que podía ser visto por todo el pueblo. Sin él ningún rito llevado a cabo en el santuario tenía sentido ni razón de ser. Todos los demás muebles estaban vinculados directamente con este altar. De él salía la sangre que se aplicaba sobre el propiciatorio (Levítico 16:14), sobre el velo (Levítico

4:6), sobre el altar del incienso (Levítico 4:7). El fuego que se colocaba en el incensario provenía de este altar (Números 16:46), lo mismo que el fuego que se usaba para encender las lámparas del candelabro.

Cuando el oferente se encontraba ante este altar quedaba confrontado con dos realidades: (1) su condición como pecador y (2) su esperanza en un Salvador. Este mueble ponía de manifiesto nuestra verdadera condición: somos pecadores que precisamos urgentemente de un Salvador.

En Hebreos 13:10 ese altar es descrito como símbolo de nuestro Señor Jesús. Su cruz constituyó el altar donde se sacrificó la ofrenda perfecta para erradicar el pecado de los seres humanos. Elena G. de White nos habla «del altar de la cruz» (*En los lugares celestiales,* p. 321). Así como el altar quedaba a la entrada, a la vista de todos, cuando Jesús murió en la cruz hizo lo necesario para que la mirada de todos fuera dirigida hacia él: «Y yo, cuando sea levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Juan 12:32). Pablo nos aconseja a que «corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puesto los ojos en Jesús» (Hebreos 12:1, 2). Por qué dedicar tiempo a inventar el supuesto significado de cuernos, de medidas y de metales; el altar del sacrificio tiene un mensaje clave: No hay que mirar a ningún lado, en la cruz tenemos todo lo necesario para nuestra salvación. Si al contemplar el sacrificio del Salvador nos reconocemos pecadores y confiamos en aquel que murió por nuestros pecados, seremos salvos. Quizá ahora pueda entender por qué Pablo fue tan categórico al expresar: «Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado» (1 Corintios 2:2). Sin duda alguna, el altar del sacrificio, como la cruz, era un lugar donde había justificación para el pecador.

El siguiente mueble, que era de uso exclusivo para los sacerdotes, era la fuente de bronce o lavacro (Éxodo 30:17-21). Esta fuente se construyó con los espejos que donaron las mujeres (Éxodo 38:8). Allí se hallaba el agua con la que los sacerdotes debían lavarse los pies y las manos antes de entrar al templo (Éxodo 30:17). Mientras que la obra del altar del sacrificio beneficiaba a todos, el lavacro únicamente servía a los sacerdotes. Me consuela mucho saber que esta fuente es una simple parábola, una sombra, que anunciaba la venida de una fuente mucho más caudalosa, una que nos purificaría del pecado y que estaría al alcance de todos. He aquí la promesa divina: «En aquel día se abrirá una fuente para lavar del pecado y de la impureza a la casa real de David y a los habitantes de Jerusalén» (Zacarías 13:1, NVI). Esta fuente mesiánica no es de uso exclusivo para la casta sacerdotal, sino que pueden entrar en ella todos «los habitantes de Jerusalén».

Así como el sacerdote tenía que lavarse antes de entrar al santuario, nosotros hemos de recibir el lavamiento de nuestra vida antes de que podamos tener entrada permanente al templo de Dios. Esta obra de limpieza es llevada a cabo ahora por el Hijo de Dios. Él fue quien dio su vida para purificar a su pueblo (Efesios 5:25, 26); él es quien nos limpia de todo pecado por medio de su preciosa sangre (1 Juan 1:9; Apocalipsis 7:14). El lavacro proclama que nuestra salvación es fruto de la obra regeneradora que Jesús habría de realizar en nuestro favor (ver Tito 3:5). El Cristo que justifica, también es el Cristo que regenera.

# El santuario por dentro

### El Lugar Santo

Gracias a la obra justificadora y regeneradora que se realizaba en el atrio, el pecador podía tener entrada al Lugar Santo. En dicho lugar había tres muebles: la mesa de los panes, el candelabro y el altar del incienso. Los tres desempeñaban funciones «continuas», que no cesan, dentro del santuario.

En el lado norte del santuario nos encontramos con la mesa de los panes de la proposición, fabricada de oro puro (Éxodo 26:35; 1 Reyes 7:48). Sobre ella se colocaban «dos hileras de panes, seis en cada hilera» que debían estar allí durante toda la semana y que eran renovados cada sábado, como «un pacto perpetuo» (Levítico 24:5-9). Los panes estarían «siempre (hebreo *tamid*) sobre la mesa» (Éxodo 25:30). La mesa y los panes no solo eran un elemento más dentro de la relación entre Dios y su pueblo, sino que constituían un símbolo concreto de dicha relación pactual. [18] El número de panes, doce, proclama que en el santuario había provisión espiritual para todos.

Asimismo, el pan era un símbolo de Cristo (Juan 6:47); por tanto, siempre, diariamente, hemos de apropiarnos de los beneficios de su obra mediadora. ¿Cómo lo haremos? Por medio de la ingesta de su Palabra. Como Cristo, sus palabras son «vida» (Juan 6:63). Nuestro Salvador siempre está listo para ofrecernos el manjar que necesitamos para continuar nuestro viaje hacia la Canaán celestial. Cristo no solo nos justifica y nos regenera, sino que además alimenta diariamente nuestra vida espiritual.

En el lado sur del tabernáculo nos encontramos con un mueble muy singular: el candelabro (Éxodo 25:31-39). La imagen más antigua que conocemos de este mueble proviene de «una moneda del siglo I a. C.». [19] El tabernáculo no tenía ventanas, toda la luz que encontramos en su interior emanaba de este hermoso y sofisticado instrumento. Sus siete lámparas tenían una función muy concreta: alumbrar hacia delante (Números 8:2) y nunca debían apagarse todas a la vez, pues «debían arder continuamente [hebreo *tamid*]» (Levítico 24:2).

La luz es un símbolo por excelencia de la Deidad (Salmo 27:1; Isaías 60:20). Así como solamente el candelabro podía dar luz al santuario, Cristo es la única «luz verdadera que alumbra a todo hombre» (Juan 1:9). En Juan 8:12 declaró: «Yo soy la luz del mundo». Si de verdad queremos avanzar en nuestra vida cristiana hemos de permitir que Cristo sea siempre, en todo momento, la luz de nuestra andadura espiritual. En Zacarías 4 la obra de candelabro aparece estrechamente vinculada con la labor que Dios lleva a cabo en sus hijos a través del ministerio del Espíritu Santo.

Finalmente, nos encontramos con el altar del incienso (Éxodo 30:1-10). A diferencia de la mesa y del candelabro cuya función quedaba supeditada al Lugar Santo, este era el único mueble ubicado en el Lugar Santo cuya actividad alcanzaba al Lugar Santísimo (Hebreo 9: 5), pues la fragancia que destilaba traspasaba el velo y llegaba hasta la misma *shekinah.* Mañana y tarde, continuamente, el sacerdote debía acudir ante este altar y quemar incienso como un «rito perpetuo [hebreo *tamid*]» (Éxodo 30:9). Elena G. de

White declara que «al presentar la ofrenda del incienso, el sacerdote se acercaba más directamente a la presencia de Dios que en ningún otro acto de los servicios diarios» (*Patriarcas y profetas*, cap. 30, p. 321).

Dejemos que sea la misma sierva de Dios que nos explique el significado de lo que sucedía en este mueble: «El incienso, que ascendía con las oraciones de Israel, representaba los méritos y la intercesión de Cristo, su perfecta justicia, la cual por medio de la fe es acreditada a su pueblo» *(Ibíd.)*. Este mueble prefiguraba la continua intercesión de Cristo por nosotros en el santuario celestial. En el Lugar Santo nos encontramos cara a cara con un Cristo que, continuamente, nos alimenta, nos alumbra e intercede en nuestro favor.

## El Lugar Santísimo

Ya hemos llegado al espacio más santo del santuario: el Lugar Santísimo. Todo lo que hay allí está cubierto de oro puro, lo que sugiere que dicho lugar es propio de la magnificencia del Rey de reyes. Aquí fue colocada el Arca del Pacto, la caja fuerte en la que se guardaba el Testimonio, la inmutable ley de Dios, base del pacto entre Dios y sus hijos (Éxodo 25:16; Deuteronomio 10:1-5). La relación del arca y el tabernáculo con este Testimonio era tan significativa que aquellos llegaron a conocerse como «arca del Testimonio» (Josué 4:16) y «Tabernáculo del Testimonio» (Éxodo 38:21; Números 10:11). Cuando David quiso construir un templo permanente para su Dios, en realidad, quería «edificar una Casa en la cual reposara el Arca del pacto» (1 Crónicas 28:2).

Matthew Henry nos ofrece este valioso comentario: «Las tablas de la ley habían de ser guardadas cuidadosamente en el Arca, a fin de enseñarnos el aprecio que hemos de tener de la Palabra de Dios, más concretamente de su santa ley, y el afecto con que hemos de guardarla en lo profundo de nuestro corazón y en nuestros pensamientos más íntimos». [20] Al colocar la ley en lo más profundo del santuario, Dios se proponía lograr que la grabáramos en nuestros, corazones. En Job 22:22 leemos: «Toma ahora la Ley de su boca y pon sus palabras en tu corazón» (*cf.* Salmo 40:8; Isaías 51:7; Romanos 2:15; Hebreos 10:16).

Sobre el arca se colocó el propiciatorio, una tapa que la cubría (Éxodo 25:10; *cf.* DHH). Puesto que quien mirara hacia el interior del arca era reo de muerte (1 Samuel 6:19), esta tapa tenía como objetivo principal preservar la vida de quienes entraran en contacto con el arca. La palabra hebrea traducida como propiciatorio es *kaporet*, un vocablo estrechamente relacionado con *kiper*. Como sobre el propiciatorio se esparcía la sangre durante el Día de la Expiación, desde Tyndale (1530) las versiones inglesas la han traducido como «sitial de la misericordia». [21] El hecho de que esta tapa fuera colocada sobre el arca pone de manifiesto que la gracia está por encima de la ley. La salvación desde el atrio hasta el Lugar Santísimo, de principio a fin, es por gracia.

¿Qué nos enseña este mueble sobre Cristo? El Señor Jesús fue el dador de la ley. En Romanos 3:25, Pablo llama a Cristo *hilasterion*. Esta es la palabra griega que la Septuaginta usó para referirse al propiciatorio. El Arca del Pacto, y todo lo que ella encierra, igual que el resto de los muebles del santuario, proclama la grandeza de Jesús. Esta

arca, como lo fue la de Noé y la cestilla que salvó a Moisés en el Nilo, es una arca de salvación.

## Cristo es todo

La figura de Cristo es omnipresente en todos los lugares del santuario. En el atrio, en el Lugar Santo y en el Lugar Santísimo todo habla de él y lo representa. En el santuario Cristo no es un detalle, lo es todo. La señora White escribió:

> «Satanás sabe que si puede hacer que hombres y mujeres resulten absorbidos por *detalles insignificantes, serán desoídas las cuestiones más importantes.* Él dará abundante material para llamar la atención de los que están dispuestos a ocuparse de temas baladíes, sin importancia. Las mentes de los fariseos estaban ocupadas con cuestiones intrascendentes. Pasaban por alto las preciosas verdades de la Palabra de Dios para discutir las enseñanzas tradicionales transmitidas de generación a generación, que en ninguna forma tenían nada que ver con su salvación. Y así es hoy: mientras preciosos momentos se esfuman en la eternidad, son *pasadas de largo las grandes cuestiones de la salvación a cambio de alguna fábula ociosa*» (*Mensajes selectos*, tomo 1, p. 201; la cursiva es nuestra).

¿Entiende ahora lo que decíamos al inicio de este capítulo? Lo siento, no puedo poner a su alcance el significado de la gran cantidad de detalles relacionados con el santuario y sus muebles. [22] Me niego a «cosificar» el solemne mensaje que Dios nos ha provisto en Éxodo 25-40. Me habría encantado poder justificar con la Biblia el significado de las medidas, los colores, los metales, etcétera. Al escribir estas líneas finales tendré que conformarme con pedirle a mi Dios que nos ayude, tanto a usted como a mí, a comprender «la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento» (Efesios 3:18,19), a fin de que dejemos de andar elucubrando sobre medidas y cosas que distan mucho de la verdad medular que encierran los muebles del santuario.

**Referencias**

[1] Jon L. Dybdhal, «Éxodo», *Colección Vida Abundante: La Biblia Amplificada* (Miami, FI.: APIA, 1995), p. 244.

[2] JosephT. Lienhard, ed. *Exodus, Leviticus, Numbers, Deuteromomy, Ancient Christian Commentary on Scripture* (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 2001), tomo III, p. 123.

[3] Los siete astros era una expresión que los escritores antiguos usaban para referirse a los cinco planetas que eran visibles antes de que se inventara el telescopio, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno, más la Luna y el Sol. Ver Flavio Josefo, *Antigüedades de los judíos*, I, VII. 7.

[4] *Vida de Moisés* II. 98, 102, 103, 118, 124, 105.

[5] *Sobre las leyes particulares*, 175.

[6] J. T. Lienhard, *obra citada*, p. 124.
[7] Ver nota anterior, p. 123.
[8] Ver nota 6, pp.130, 131.
[9] Ver nota 6, p. 135. Ver también Arthur Glenn Horder, *Bede's Commentaries on the Tabernacle* (Tesis doctoral: Duke University, 1987).
[10] Gerald Bray, «Alegory» en Kevin J. Vanhoozer, ed., *Dictionary for Theological Interpretation of the Bible* (Grand Rapids, Michigan: Baker Book House), p. 35.
[11] En toda esta sección soy deudor de Frank B. Holbrook, *The Atoning Priesthood of Jesus Christ* (Berrien Springs, Michigan: Adventist Theological Society, 1996), pp. 35-45.
[12] Ver Richard Davidson, «Typology in the Book of Hebrews» en Frank B. Holbrook, ed., *Issues in the Book of Hebrews* (Silver Springs, Maryland, 1989), p. 181.
[13] «Parabolé» en Gerhard Kittel, ed., *Theological Dictionary of the New Testament* (Grand Rapids: Michigan: W. B. Eerdmans, 1972), tomo V, pp. 744-761 (la cursiva es nuestra).
[14] Francis D. Nichold, ed. *Comentario bíblico adventista* (Buenos Aires: ACES, 1995), tomo V, p. 194.
[15] Frank B. Holbrook, *obra citada*, p. 36.
[16] S. Schulz, «Skia» en Gerhard Kittel, ed,, *Theological Dictionary of the New Testament* (Grand Rapids: Michigan: W. B. Eerdmans, 1972), tomo VII, pp. 394-400.
[17] Ver Richard M. Davidson, *Typology in Scripture: A Study of Hermeneutical TYPOS*, Andrews University Seminary Doctoral Disertation Series (Berrien Spring, Michigan: 1981), tomo 2, pp. 416-424.
[18] Roy Gane, «"Bread of the Presence" 'and Creator-In-Residence», *Vetus Testamentum* XLII, 2 (1992), p. 192.
[19] John H. Walton, Victor H. Matthews y Mark W. Chavalas, *Comentario del contexto cultural de la Biblia: Antiguo Testamento* (El Paso, Texas: Mundo Hispano, 2000), p. 106.
[20] Matthew Henry, *Comentario exégetico-devocional a toda la Biblia: Pentateuco* (Barcelona: CUE, 1983), p. 409.
[21] J. P. Hyatt, Exodus. *The New Century Bible Commentary* (Grand Rapids, Michigan: William B. Eerdmans, 1971), p. 266.
[22] Si quiere leer algunos libros que sí se adentran en explicaciones detalladas del santuario y sus muebles, aquí les menciono algunos que he leído con mucha atención: Leslie Hardinge, *With Jesus in His Sanctuary* (Harrisburg, Pennsylvania: American Cassette Ministries, 1991), pp. 73-264; Henry W. Soltau, *The Holy Vessels and Furniture of the Tabernacle* (Grand Rapids, Michigan: Kregel Publications, 1971); Carlos Nina Ortiz, *El santuario: símbolo y realidad* (Santo Domingo: Impresos y Diseños El Remanente, 2004), pp. 37-120.

# 5

# Los sacrificios «descomplicados»

A principios de 2013, en México, tuve el privilegio de visitar la Universidad Linda Vista, una institución educativa cuyo nombre hace gala de la belleza natural y de las instalaciones que embellecen su campus. Una tarde, tras haber concluido mi encuentro con los estudiantes, uno de los profesores me invitó a cenar en compañía de varios jóvenes que cursaban las carreras de Lengua y Literatura Española y de Teología. Mientras cenábamos salió a relucir una pregunta clásica en los ámbitos universitarios adventistas: ¿Se casarán con un teólogo?

Al oír la pregunta una de las muchachas puso cara de haber mordido un chile picante y se limitó a responder con una sola palabra: «Nunca». Otra chica, que momentos antes había contado su frustrante experiencia de noviazgo con un estudiante de Teología, finalmente, concluyó: «Los teólogos hacen cosas que no deben. Se les olvida que se están preparando para servir a Dios y, por lo tanto, no han de darse el lujo de hacer cosas que sí pueden realizar estudiantes de otras carreras». A esas alturas del diálogo, le pregunté: «¿Crees que el listón debe ser más alto para los teólogos?». Sin pestañear lanzó su respuesta con la velocidad de una bala: «Claro que sí».

Cuando regresé a la habitación dediqué algunos minutos a reflexionar sobre la conversación. ¿Sabe usted por qué muchas de nuestras relaciones terminan frustrándonos? Porque esperamos demasiado de los demás. Como nuestras expectativas han sido colocadas más allá de las posibilidades reales de la gente, cuando alguien nos falla lo juzgamos con rigor y enojo implacable porque, sencillamente, se quedó corto y no alcanzó a superar el nivel de exigencia que le habíamos asignado. En ese sentido, quizás el problema no sea que «el infierno son los demás», como dijo lean Paul Sartre, sino que nosotros, como hizo la joven con los teólogos, le hemos colocado un listón a una altura que excede su humanidad caída propensa de forma natural a dar traspiés.

Elena G. de White nos recuerda: «Por grandes que sean los daños y los pecados de los que se encuentran en el error, nuestros hermanos deben aprender a manifestar no solo la ternura del gran Pastor, sino también su preocupación y amor inextinguibles por las pobres ovejas errantes» (*Testimonios para la iglesia,* tomo 2, p. 18). ¿Acaso podemos aprender a lidiar con el pecado y los pecadores mediante nuestro estudio del santuario? ¿Qué nos dice Dios sobre sus expectativas con nosotros? Abordaremos estas preguntas en los próximos dos capítulos de este libro.

## Un pueblo santo, un pueblo pecador

Después de reflexionar sobre mi conversación con los estudiantes, volví a leer los primeros siete capítulos de Levítico con el objetivo de ir preparando parte de lo que sería el contenido de libro. Al leerlos me deleité una vez más al comprobar hasta qué punto Dios es distinto de nosotros. ¡Y qué bueno que sea así!

Repasemos un poco los antecedentes de Levítico 1-7. El libro de Éxodo concluyó diciendo que «la gloria del Señor llenó el templo» (Éxodo 40: 34, BP). Por fin, la promesa de Éxodo 25:8 se había convertido en una indiscutible realidad. Cuando la presencia de Dios llena un lugar lo convierte en un espacio santo, separado de lo común (Éxodo 3 5; Salmo 24:3). Por lo tanto, quienes pretendan habitar junto al «Lugar Santo» de Dios, lo menos que pueden hacer es experimentar en sus vidas la santidad que emana de la presencia del Santo de Israel. Por eso el Señor demandó que Israel fuera un pueblo santo como él es santo (Levítico 20:6). ¿Era esa santidad una cualidad ética humana? En absoluto.

Los israelitas no eran santos porque su vida fuera impoluta. Israel fue considerado como un pueblo santo porque era un «pueblo cercano» al Señor (Salmo 148:14, NVI). Su santidad era resultado directo de su proximidad con Dios. Es decir, Dios no habitó en medio de su pueblo porque los israelitas fueran santos, sino que el pueblo era santo porque Dios habitaba entre ellos. Aunque el Señor declaró y consideró a Israel como una nación santa, siempre se aseguró de recordarle que no había sido elegido por su justicia o rectitud, sino porque él lo amaba (Deuteronomio 7:6; 9:5; 7:8).

Ahora bien, aunque el Señor anhelaba que sus hijos obedecieran sus mandamientos en todo momento, sabía que no era conveniente que el listón que tenían que alcanzar superara sus posibilidades reales. Dios nunca olvidó que tendría que lidiar con gente cuya vida era como un péndulo que oscilaba entre la santidad y el pecado. Israel era un pueblo santo; pero ello no significaba que no fuera un pueblo pecador. Por eso el mismo Dios llamó a Moisés al santuario y le dijo: «Cuando alguna persona peque...» (Levítico 4:2; ***cf.*** 5:15). «El que comete una prevaricación...» (Levítico 5:5, BJ). «Finalmente, si una persona peca, o hace algunas de todas aquellas cosas que por mandamiento de Jehová no se han de hacer...» (Levítico 5:17). El pueblo santo no era inmaculado. En cualquier momento podía desviarse del camino correcto. Dios nunca presumió de tener una nación rebosante de seres perfectos; por lo tanto, no se ilusionó con una expectativa que sobrepasara las posibilidades reales de aquella gente pecadora. El pecado no lo

tomaría por sorpresa, de ahí que Dios hiciera provisión en caso de que el individuo, el sacerdote, los jefes o toda la congregación pecaran (Levítico 4:2; 13, 22). ¡El listón era el mismo para todos, pues todos eran pecadores!

Partiendo de esa realidad, Dios estableció un medio de perdón y purificación que se hallaba al alcance de todos. Puesto que en cualquier momento el pecado podía lanzar su ataque terrorista contra el campamento santo, nuestro bondadoso Señor, con el propósito de evitar que tal ataque pusiera en peligro el destino eterno de su pueblo, puso en marcha un sistema «antiterrorista» que llegó a conocerse como «la ley del holocausto, de la ofrenda, del sacrificio por el pecado, del sacrificio por la culpa, de las consagraciones y del sacrificio de paz» (Levítico 7:37), que sería el escudo que protegería al pueblo de esa fatídica arma de destrucción masiva que llamamos pecado. Hablemos un poco de esa compleja ley.

## Los sacrificios «descomplicados»

Probablemente el libro de Levítico sea uno de los principales escollos que impiden a muchos completar la lectura de la Biblia en un año. Toda esa enrevesada terminología en la que abundan sacrificios, sangre, ovejas, bueyes, altares, contaminación, flor de harina, imposición de manos, etcétera, se aleja mucho de la comprensión de nuestra mentalidad posmodema y occidental. De hecho, creo que nuestro primer desafío al tratar de completar el año bíblico conlleva salir «vivos» del tercer libro de Moisés. No obstante, permítame decirle la verdad: no es tan fiero el león como lo pintan, ni el mensaje es tan enrevesado como aparenta. Es más, a quienes vivimos sumergidos en la practicidad que caracteriza al siglo XXI, nos vendría bien tomar en cuenta las palabras de Elena G. de White y seguir su consejo de «familiarizarnos con la ley levítica en todos sus aspectos» (Carta 3, 1905). Algo de esto es lo queremos lograr con este libro: que podamos entender que todo el sistema cúltico del antiguo Israel constituyó una visión anticipada del plan de salvación que ahora está al alcance de todos.

En este capítulo, y en el siguiente, vamos a tratar de familiarizarnos con las leyes levíticas relacionadas con los sacrificios. Juntos intentaremos «descomplicar» esos sacrificios que suelen ser considerados como un sistema muy complejo. Será bueno que avancemos en el estudio con esta premisa en mente: «Los lectores de Levítico encontrarán a Dios en los detalles». [1] Con respecto al sistema sacrificial Dios fue muy detallista. Por supuesto, no piense usted que vayamos a arriesgarnos a ofrecerle una interpretación de cada «detalle» que aparezca en el texto. No, eso no. ¿Por qué? Porque si tratamos de hacerlo corremos el riesgo de poner en ridículo la hermosura de la verdad contenida en el santuario y sus servicios. Que el Señor haya sido detallista no implica que necesariamente cada detalle sea un símbolo de alguna realidad concreta.

Yo le recomendaría que se detenga aquí, busque su Biblia y lea de una sentada los primeros siete capítulos de Levítico. Estos capítulos contienen la regulación divina sobre la solución al problema del pecado. A menos que tengamos una vislumbre apropiada de Levítico 1-7, resulta muy difícil obtener un concepto claro de la naturaleza del

pecado y el tratamiento que Dios le da. Fíjese que Dios es quien llama a Moisés (Levítico 1:1); por ende, estas instrucciones no son un legado de las tradiciones y costumbres heredadas de las naciones vecinas, sino que constituyen una revelación directa del Señor sobre cómo «las personas pueden permanecer cerca de» él. [2]

Lo primero que hemos de notar es que Dios menciona a Moisés cinco tipos de sacrificios. Sepa que aunque para nosotros todos parecen idénticos, no lo eran, ni tenían el mismo propósito, ni se presentaban como ofrendas los mismos elementos. Que Dios quería que estos sacrificios fueran comprendidos por todos se deduce de que cada uno de los cinco sacrificios es analizado dos veces en los primeros siete capítulos del libro: [3]

| Sacrificio | Primera mención | Segunda mención |
|---|---|---|
| El holocausto | Levítico 1 | Levítico: 6: 1-6 |
| Las ofrendas de cereales | Levítico 2 | Levítico 6: 8-13 |
| Los sacrificios de paz | Levítico 3 | Levítico 7: 11-36 |
| Los sacrificios por el pecado | Levítico 4: 1-5: 13 | Levítico 6: 17-23 |
| Los sacrificios por la culpa | Levítico 5: 14-26 | Levítico 7: 1-10 |

Aquí vamos a echar un vistazo a los primeros tres y los últimos dos los abordaremos en el próximo capítulo junto con el Día de la Expiación.

## El holocausto

Quizá esta sea la más conocida de todas las regulaciones cúlticas del antiguo Israel. El vocablo hebreo traducido como holocausto, *aloh,* significa literalmente «lo que sube», lo cual alude a una ofrenda que asciende hasta la misma presencia de Dios. El sacrificio no trae a Dios a la tierra, sino que eleva al ser humano y le permite entrar en contacto con el cielo. El principal objetivo del holocausto era poner al oferente en contacto directo con el Señor.

La primera mención bíblica de este tipo de ofrenda se encuentra en Génesis 8:20. Tan pronto Noé abandonó el arca, lo primero que hizo fue ofrecer un «holocausto en el altar» que fue recibido como un «olor grato» ante el Señor (versículo 21), una frase antropomórfica que significa que «Dios acepta el sacrificio». [4] En la versión babilónica del diluvio también se hace mención de un sacrificio que Utnapistim ofrece a los dioses y que cuando estos «olieron el dulce sabor [...] se apiñaron como moscas» para comer el sacrificio. Aunque el holocausto es llamado «mi alimento» en Números 28:2 (BJ), Dios, a diferencia de las deidades de las naciones paganas, no necesita ingerir alimento físico (*cf.* Salmo 50:12, 13).

Según Levítico 1, el holocausto podía incluir el sacrificio de becerros, ovejas, cabras, tórtolas o palominos (versículos 2, 3, 10, 14). Supongo que habrá notado que el precio y el tamaño de los animales va en orden descendente: del más caro al más barato; del más grande al más pequeño. Ello implica que aunque el holocausto fuera un acto voluntario, Dios había hecho provisión para que estuviera al alcance de todos, con independencia de la condición económica del oferente.

El holocausto era un sacrificio tan personal que, tras haber colocado sus manos sobre la víctima, exceptuando a las aves, el mismo pecador la degollaba. Luego, «los hijos

de Aarón» tomaban la sangre y la rociaban «sobre los lados del altar, el cual está a la puerta del Tabernáculo» (Levítico 1:5). A diferencia de otros sacrificios en los que alguna porción quedaba en manos del sacerdote, el holocausto pertenecía por completo al Señor. No había nada de ambivalencia en la orden divina: «El sacerdote lo *quemará todo* sobre el altar» (Levítico 1:3). Más que una ofrenda por el pecado, el holocausto era un símbolo de consagración, de dependencia de Dios y de entrega completa. Era como si el pecador dijera: «Así como este animal es dado por completo a Dios en el altar, yo también me doy por entero al Señor». [5]

Aparte de estos holocaustos personales o voluntarios Dios había prescrito un holocausto continuo a favor de toda la nación (Levítico 6:12), en el que se ofrecía un cordero por la tarde y otro por la mañana (Éxodo 29:39, 41). Este ceremonial formaba parte del *tamid,* el sistema de mediación continuo que se realizaba en el santuario. El fuego *continuo* en el altar constituía un recordatorio perenne de que el perdón divino estaba alcance de todos, que Dios cubría con su misericordia a toda la nación de forma gratuita «por medio del cordero sacrificado sobre el altar». [6] Dicho holocausto sí era obligatorio.

El holocausto no se presentaba con un espíritu lúgubre y de lamento, sino con «gozo y con cánticos» (2 Crónicas 23:18). Resultan muy acertadas las palabras del *Comentario bíblico adventista:* «Hoy no ofrecemos holocausto, pero haríamos bien en aplicar a nuestra vida diaria ese espíritu que impelía a ofrecer holocausto. Dios todavía se agrada del servicio gozoso y voluntario (2 Corintios 9:7)». [7]

No podemos finalizar esta sección sin hacer referencia a que, como el holocausto, Cristo «se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante» (Efesios 5:2). Precisamente por haber entregado a su Hijo «como holocausto por el pecado, ahora el Padre puede decir: «Entrégate a mí; dame tu voluntad; apártala del control de Satanás, y yo me apoderaré de ella; entonces yo podré obrar en ti tanto el querer como el poda de mi santa voluntad» (*Testimonios para la iglesia,* tomo 5, p. 486).

## Las ofrendas de cereales

Resulta curioso que en Levítico 2, donde se abordan las ofrendas vegetales, en ningún momento se haga referencia a la expiación. Y la razón es simple: estas no eran ofrendas expiatorias del pecado. En hebreo, las ofrendas vegetales son llamadas *minjá.* Una breve ponderación del uso de *minjá* en otros pasajes bíblicos nos ayudará a entender su significado en Levítico 2. En el Antiguo Testamento una *minjá* tiene como meta agradar a quien se le ofrece. Por ejemplo, cuando Jacob quiso congraciarse con Esaú, le envió un «regalo» (hebreo *minjá.* Génesis 32:13). El presente que los hermanos le llevaron a losé también es denominado *minjá* (Génesis 43: 11). Según R. K. Harrison, *minjá* se usa «como expresión de reverencia (Jueces 6:29; 1 Samuel 10:27), de gratitud (Salmo 96:8), de homenaje (Génesis 43:11, 15, 25) o de lealtad (2 Samuel 8:2, 6)». [8]

A diferencia del holocausto, las ofrendas de cereales no eran presentadas en su totalidad, sino que el sacerdote tan solo ofrecía «un puñado» que era colocado para que ardiera «sobre el altar, como memorial». El resto de la ofrenda era destinada para «Aarón y sus hijos» (versículos 2, 3, 9, 10). Mientras otras naciones sí incluían la miel y la levadura en sus sacrificios, los israelitas no debían utilizar dichos productos en sus

ofrendas porque eran susceptibles a la fermentación. [9] Las enseñanzas rabínicas prescribían que «todas las oblaciones han de ser amasadas con agua templada y ha de tenerse el cuidado de que no se fermenten» (*Menajot* V: 2). [10]

Cuando ofrecían voluntariamente a Dios estas ofrendas, los israelitas hacían público su deseo de agradar al Amo de sus vidas. Aunque estos cereales habían sido el resultado de su arduo trabajo, reconocían que su cosecha era producto de la bondad del Señor. De esa manera, las ofrendas de cereales ponían sobre el tapete la estrecha relación que existe entre la vida física y la vida espiritual. Nuestro trabajo no está desligado de nuestra adoración.

Roy Gane pone el asunto en su correcta perspectiva al declarar: «Estas ofrendas expresan la firme relación con el Señor, constituyen una manera de honrar y amar a quien les ha provisto su pan de cada día (*cf.* Mateo 6:11)». [11] Además, las oblaciones recordaban a los israelitas que el Señor los había bendecido para que ellos fueran un medio de bendición para otros, pues una parte de su ofrenda sería utilizada en la manutención de los ministros de Dios (Levítico 2:10). En otras palabras, el Padre no nos bendice para que, egoístas, acumulemos las bendiciones, sino para que, por medio de ellas, otros sean bendecidos. A tal propósito la mensajera del Señor declaró: «Usted es mayordomo de Dios. Posee el talento de los medios económicos y puede hacer mucho bien con él. Puede depositarlos en el banco del Cielo al ser rico en buenas obras. Sea una bendición para los demás por medio de su vida» (*Testimonios para la iglesia,* tomo 2, p. 285).

Permítaseme agregar un detalle adicional antes de pasar al próximo grupo de ofrendas o sacrificios. Las oblaciones eran un «memorial» delante del Señor. Dios no pasa por alto nuestro interés por agradarlo; él no relega a un segundo plano el gozo que sentimos al devolverle una parte de lo mucho que él nos ha dado. Jesús no olvida cuando compartimos con los demás lo que hemos recibido de él (Mateo 25:31-46). En una franca alusión a las ofrendas de cereales, Pablo consideró la ofrenda que los filipenses le enviaron a través de Epafrodito, como «olor grato, sacrificio acepto, agradable a Dios» (Filipenses 4:18). Mientras que el holocausto representa la entrega total de lo que somos; las ofrendas de cereales simbolizan la entrega de lo que tenemos.

## Los sacrificios de paz

Aparte de su nombre más conocido, «ofrendas de paz», este sacrificio ha recibido distintos calificativos. Algunas versiones bíblicas lo llaman «sacrificio de comunión» (BP, BJ), «sacrificio de reconciliación» (DHH), «salud y bienestar» (TLA). La razón de estas diferencias es que todos estos conceptos se hallan abarcados en la palabra hebrea *selamin.* Me llama la atención que todos los términos usados para referirse a esta ofrenda (paz, comunión, reconciliación, salud) hacen referencia a una condición de bienestar. Por ende, esta debía ser una ofrenda de mucha importancia para el antiguo Israel. Veamos por qué.

Mientras que en Levítico 3 se prescribe el sacrificio, en Levítico 7:11-16 se presentan los motivos por los cuales se precisaba este tipo de ofrenda. Allí se nos presentan tres motivos concretos: (1) como acción de gracias (versículos 11, 15), (2) por el cumplimiento de un voto (versículo 16) y (3) por alguna acción voluntaria (versículo 16). Algunos estudiosos creen que la frase «acción de gracias» más bien tiene que ver con la confe-

sión. [12] La clave aquí radica en que, en todos los casos, «este sacrificio se ofrecía cuando las circunstancias eran de gozo» para el oferente. [13]

No hay dudas de que quien ofrecía este sacrificio se hallaba en paz con Dios. Con razón algunos intérpretes bíblicos lo llaman «ofrenda de salvación» pues el objetivo concreto de esta ofrenda era celebrar «la salvación o integridad del hombre en su relación con Dios». [14] Según Éxodo 24:5, con esta ofrenda se confirmó el pacto que Dios había concertado con su pueblo. Stephen N. Haskell está en lo correcto al decirnos que «en el Antiguo Testamento, el sacrificio de paz se celebra en las ocasiones de júbilo especial». [15] Por otro lado, aunque esta no era una ofrenda por el pecado, debía ofrecerse sobre el holocausto (Levítico 6:12); dando a entender con esto que nuestra paz había sido lograda por el holocausto que Dios había presentado en nuestro favor.

Como habrá notado, en esta ofrenda, a diferencia del holocausto no se permitía el sacrificio de aves. ¿Sabe por qué? Porque tras cumplir con las rutinas del sacrificio, el mismo oferente en compañía de su familia y amigos podía comer del animal sacrificado (Levítico 7:11-34) y para ello debía ser un animal cuya carne alcanzara para todos los participantes; por eso tenía que ser una vaca, una oveja o una cabra (Levítico 3:1, 6, 12). Mientras que del holocausto no se comía nada, y de las ofrendas de cereales únicamente comía el sacerdote, de la ofrenda de paz podían comer todos, siempre y cuando se obedecieran estrictamente las regulaciones al respecto (ver Levítico 7:15-21).

¿Qué tiene que ver esta ofrenda con nosotros? Mucho. Cristo fue nuestra ofrenda de paz (Efesios 2:14). Hoy, por la fe, nosotros podemos tener acceso a su sacrificio y «comer su carne» en comunión con los demás (Juan 6:53-56; Lucas 22:17-20). Por su sacrificio «tenemos paz para con Dios» (Romanos 8:1), una paz «que sobrepasa todo entendimiento» (Filipenses 4:7). Usted y yo poseemos suficientes razones para celebrar la comunión, la reconciliación, la paz, la salud y el bienestar que generosamente hemos recibido del Padre.

## Y ahora, ¿qué?

El holocausto era de olor grato al Señor. El puñado de ofrenda de cereal era de olor grato al Señor. Las ofrendas de paz eran de olor al grato al Señor. Todo esto nos enseña, como nos dice *La misná,* «que es lo mismo que un hombre ofrezca mucho o poco con tal que el pensamiento del hombre esté dirigido a Dios» (*Menajot* 13: 11). [16] Estos tres tipos de ofrendas señalan hacia una dirección: la consagración. La gran verdad que proclaman estos sacrificios es que Dios espera que podamos acercarnos a él, dirigir nuestra atención hacia su trono y que hagamos una entrega absoluta de todo lo que somos y tenemos. Eso es lo que primero que nos enseña Levítico, y es lo primero que nosotros tenemos que hacer.

Nuestra consagración a Dios tiene que ser completa. No podemos imitar aquel hombre que al final de su vida dijo: «Yo acostumbraba a ser *comparativamente* puro, *relativamente* honesto, y *más o menos* consagrado». No hemos de vivir una vida cristiana a tiempo parcial. ¿En qué consiste una plena consagración? La siguiente ilustración de

D. L. Moody nos puede ayudar a conseguir una buena respuesta a dicha interrogante. Cuenta Moody que en cierta ocasión se le preguntó a un humilde trabajador qué hacía para mantenerse firme en los caminos del Señor. He aquí su respuesta: «Me acerqué al Salvador, me recibió y nunca le dije adiós». Eso es consagración. Mantenernos cerca del Señor en todo momento. Así como en la antigüedad el pueblo de Dios tenía que separar la miel y la levadura de sus ofrendas, nosotros «tenemos necesariamente que abandonar todo aquello que nos separaría de él [Jesús]» (*El camino a Cristo,* cap. 5, p. 67).

Recordemos esta archiconocida declaración inspirada:

> «Conságrate a Dios todas las mañanas; haz de esto tu primera tarea. Sea tu oración: "Tómame, ¡oh Señor!, como enteramente tuyo. Pongo todos mis planes a tus pies. Úsame hoy en tu servicio. Mora conmigo, y sea toda mi obra hecha en ti". Este es un asunto diario. Cada mañana, conságrate a Dios por ese día. Somete todos tus planes a él, para ponerlos en práctica o abandonarlos, según te lo indique su providencia. Podrás así poner cada día tu vida en las manos de Dios, y ella será cada vez más semejante a la de Cristo» (*El camino a Cristo*, cap. 8, p. 104).

Considero muy oportunas las sabias palabras de David Livingstone pronunció en 1857 ante los estudiantes de la Universidad de Cambridge:

> «Nunca dejo de regocijarme porque Dios me haya designado para tal oficio. El pueblo habla del sacrificio que yo he hecho en pasarme tan gran parte de mi vida en el África. ¿Es sacrificio pagar una pequeña parte de la deuda, deuda que nunca podremos liquidar, y que debemos a nuestro Dios? ¿Es sacrificio aquello que trae la bendita recompensa de la salud, el conocimiento de practicar el bien, la paz del espíritu y la viva esperanza de un glorioso destino? ¡No hay tal cosa! Y lo digo con énfasis: ¡No es sacrificio! [...] ¡Nunca hice un sacrificio! No debemos hablar de sacrificio, si recordamos el gran sacrificio que hizo Aquel que descendió del trono de su Padre, de allá de las alturas, para entregarse por nosotros». [17]

En resumen, el holocausto, las ofrendas de cereal y los sacrificios de paz nos enseñan que cuando entregamos nuestras vidas (holocausto) y nuestros recursos (ofrendas de cereales) a Dios, ello queda evidenciado en la paz y comunión que gozamos por nuestra relación con él (ofrendas de paz). Todos estos sacrificios dan testimonio de que nos hemos consagrado al Señor. Hasta aquí todo va bien. ¿Será que, de una u otra manera, este estado de bienestar podría verse en peligro? Precisamente eso es lo que veremos en el próximo capítulo cuando analicemos las ofrendas por el pecado.

---

**Referencias**

[1] S. E. Balentine, *Leviticus* (Atlanta: John Knox, 2002), p. 20.
[2] *Levítico. Comentario Antiguo Testamento Andamio* (Barcelona: Andamio, 2009), p. 48
[3] Cornelis van Dam, «The Burnt Offering in Biblical Context» en *Mid-America Journal of Theology*, 7/2 (1991), p. 195.
[4] Roland de Vaux, *Instituciones del Antiguo Testamento* (Barcelona: Herder, 1976), p. 530.

---

[5] Warren W. Wiersbe, *Levítico: Seamos santos* (Grand Rapids, Michigan: Portavoz, 1998), p. 21.
[6] Ángel Manuel Rodríguez, «La doctrina del santuario» en *Teología: Fundamentos bíblicos de nuestra fe* (Doral, FI.: APIA, 2006), tomo 4, p. 116.
[7] Francis D. Nichol, ed. *Comentario bíblico adventista* (Buenos Aires: ACES, 1992), tomo 1, p. 727.
[8] R. K. Harrison, *Leviticus. Tyndale Old Testament Commentaries* (Leicester: IVP, 1980), p. 49.
[9] Roy Gane, «Leviticus» en John H. Walton, ed., *Zondervan llustrated Bible Backgrounds Commentary* (Grand Rapids: Zondervan, 2004), tomo 1, p. 292.
[10] Carlos del Valle, ed. *La misná* (Madrid: Nacional, 1981), p. 870.
[11] Roy Gane, *Altar Call* (Berrien Springs, Michigan: DIADEM), p. 84.
[12] Nobuyoshi Kiuchi, «Spirituality in Offering A Peace Offering' en *Tyndale Bulletin* 50.1 (1999), p. 25.
[13] Roy Gane, *Leviticus, Numbers. The NIV Application Commentary* (Grand Rapids: Zondervan, 2004), p. 87.
[14] Keil & Delitzcsh, *Comentario al texto hebreo del Antiguo Testamento: Pentateuco e Históricos* (Viladecavalls: CLIE, 2008), p. 307.
[15] *La sombra de la cruz* (Doral: APIA, 2011), p. 148.
[16] Del Valle, *obra citada*, p. 891.
[17] Citado por Orlando Boyer, *Biografía de grandes cristianos* (Miami: Vida, 2001), p. 159.

# 6

# La expiación del pecado

Leí en cierta ocasión que todo pecado constituye un mordisco directo al corazón de Dios. Cuando mis niños comenzaron a tener dientes, morderme era uno de sus pasatiempos favoritos. A veces me mordían con cariño; otras, lo hacían siguiendo el impulso del pequeño demonio que todos llevamos dentro: nuestra naturaleza humana caída. ¿Nos empujará nuestra naturaleza pecaminosa a morder a nuestro Padre celestial? Sin duda. Dios lo sabe. También sabe que, en última instancia, el pecado nos destruye a nosotros mismos. En realidad, nuestra rebelión lo hiere porque nosotros sufrimos sus consecuencias. Pero lo mejor de todo es que el Señor no es como los dioses paganos, indiferente al pecado y a los pecadores, sino que buscó la manera de lidiar con nuestros fallos y transgresiones, y, de esa manera, minimizar el efecto de nuestros mordiscos pecaminosos.

Mientras que, como vimos en el capítulo anterior, Levítico 1-3 aborda los sacrificios que tienen que ver con nuestra dedicación y consagración plenas al Señor, Levítico 4 y 5 hacen referencia a los sacrificios que se ofrecían cuando alguien quebrantaba alguno de los mandamientos de Dios. Como es innegable que «la violación de los mandamientos [...] genera impureza, que puede ser letal para la comunidad de Israel», [1] en estos capítulos Moisés explicó de qué manera el Señor combatía la contaminación que generaba el pecado. No vamos a dividir el estudio del sacrificio por el pecado y del sacrificio por la culpa de Levítico 4 y 5, puesto que, a diferencia de los sacrificios de los capítulos 1-3 que poseían sus propias especificaciones, esta mutual sacrificial estaba regida por «una misma ley» (Levítico 7:7).

Lo primero que es necesario precisar es que entregarnos a Dios, dedicarle nuestros recursos y vivir en paz con él, no significa necesariamente que ya vivamos envueltos en un halo de santidad que nos impide «morderlo» rechazando los planes que él tiene para nosotros. De hecho, Levítico 4 comienza diciendo: «Si alguien peca...» (versículo 1, BJ). Evidentemente, ese «alguien» formaba parte del pueblo escogido. Por tanto, entre los llamados a ser «santos» (Levítico 19:2) también usted se podría topar con gente que en cualquier momento saldría de la esfera de la santidad y se adentraría en el terreno cenagoso del pecado. Ese «alguien» no era un pagano cuya sórdida vida era manifiesta a todo el que tuviera ojos. Según Levítico ese «alguien» podría ser nada más y nada menos que: (1) el sacerdote ungido (versículos 3-12); (2) «toda la congregación» (versículos 13-21); (3) los dirigentes (versículos 22-26); o (4) cualquier miembro «del pueblo» (versículos 27-35). En otras palabras, corno todos tenemos dientes, queriendo o no queriendo, todos estamos expuestos a morder a nuestro Padre, todos podemos desviarnos de la senda de verdad y rectitud. Nadie puede eludir esta incontrovertible realidad.

## La naturaleza del pecado del creyente

En Levítico 4 y 5 el pecado del pueblo de Dios no es concebido como una rebelión abierta y descarada contra el Señor, sino como un acto involuntario. Varias veces encontramos la frase el que «peca involuntariamente» (hebreo *jattat bisegaga,* Levítico 4:2, 13, 22, 27). ¿Qué significa dicha expresión? Creo que conocerla un poco nos ayudará a entender la naturaleza del pecado y de qué manera ese intruso todavía se hace presente en la vida de los hijos de Dios.

El significado básico de la palabra hebrea *jattat,* «pecado», es «errar el blanco», equivocarse. [2] Con este sentido la encontramos en Josué 20:16: «Entre toda aquella gente había setecientos hombres escogidos que eran zurdos, todos los cuales tiraban una piedra con la honda a un cabello y no erraban (*jattat)*». Supongo que usted sabe que únicamente yerra quien intenta dar en el blanco. ¿Puede errar el que nunca tira a la diana? Como dijo Woody Allen en cierta ocasión: «Si no te equivocas de vez en cuando, es que no lo intentas». De ahí, que en Levítico 4 y 5 el que peca no es el perverso y rebelde, sino el que intenta vivir en armonía con la voluntad del Señor. Así como únicamente cae quien está aprendiendo a caminar, los hijos de Dios que luchan por vivir en conformidad con sus mandatos corren el riesgo de cometer algún error en su andadura hacia al cielo. Todos estamos expuestos a pecar, incluso creyendo que estamos haciendo lo correcto. Por eso hemos de estar en guardia, porque el pecado es como una bestia que nos acecha a fin de encontrar la oportunidad precisa para descuartizarnos.

Teniendo esto en cuenta, me parece que Levítico quiere enseñarnos que todos, con independencia de que seamos pastores, hermanos, líderes de grupos, todos, estamos expuestos a fallar, ya que, a diferencia de los que no forman parte del pueblo de Dios, nosotros estamos decididos a dar en el blanco que Dios nos ha propuesto. ¿Cuál es ese blanco según Levítico? La santidad (11:44, 45; 19:2; 20:7, 26; 21:6). En otras palabras, los

llamados a ser santos no somos inmunes a la posibilidad de errar y, por tanto, hemos de evitar a toda costa suponernos infalibles e inmaculados. Me da la impresión de que aunque creemos que los dogmas de la infalibilidad papal y la inmaculada concepción de María son falsos, a veces pensamos que, cuando se nos aplican a nosotros, son ciertos. Pues no; como el papa, todos somos falibles; y al igual que María, usted y yo arrastramos una mácula de pecado que no puede ser eliminada simplemente enalteciéndonos ante los demás como entes perfectos. Creo que si dedicamos un par de párrafos al significado de la palabra «involuntariamente» podremos entender mejor este aspecto.

La palabra hebrea *segaga* ha sido traducida como «inadvertidamente» (NVI, NBLH, BP, B)), «por yerro» (RV60), «sin darse cuenta» (TLA), «por ignorancia» (Levítico 5:18, RV95). El término hebreo alude a un «error que en el que interviene algún aspecto de ignorancia». [3] Con este sentido se aplica en Deuteronomio 27:18: «Maldito el que haga errar (*segaga*) al ciego en el camino». El ciego fue inducido al error debido a su falta de conocimiento. Es decir, en ocasiones podemos pecar y ni siquiera saber que hemos pecado. Ello es producto de nuestra falta de discernimiento respecto a cuál es la voluntad de Dios para nuestras vidas. No obstante, ignorar el alcance malévolo de nuestros actos no evita que hayamos mordido el corazón del Señor. Tampoco podemos relegar a un segundo plano el hecho de que empeñarnos voluntariamente en permanecer en la ignorancia de por sí ya nos hace reos de pecado (ver *Mensajes selectos,* tomo 3, p. 332). Decir «No lo sabía» habiendo tenido toda la luz a mi alcance, no me libra de la culpa de pecado. Por eso nos conviene estar en permanente actitud de alerta: usted y yo podemos pecar por yerro, por ignorancia, por inadvertencia, sin darnos cuenta.

Esto pone sobre el tapete que nunca, y repito, nunca estaremos en condición de asegurar que en nosotros no hay pecado. Bien lo dijo el apóstol: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros» (1 Juan 1:8). Quizá no estemos pecando de manera consciente, pero es casi seguro que lo estemos haciendo de forma involuntaria. Lo mejor para nosotros sería seguir la sabiduría práctica de David, y al orar no olvidar repetir estas plegarias:

> «Examíname, oh Dios, y sondea mi corazón;
> ponme a prueba y sondea mis pensamientos.
>
> Fíjate si voy por mal camino,
> y guíame por el camino eterno» (Salmo 139:23, 24, NVI).
>
> «¿Quién está consciente de sus propios errores?
> ¡Perdóname aquellos de los que no estoy consciente!» (Salmo 19:12, NVI).

Como dijo Lutero en su primera tesis, toda nuestra vida ha de ser una penitencia; es decir, una permanente confesión de nuestro estado pecaminoso.

¿Qué debía hacer todo aquel que por «error» había abandonado el sendero correcto? Volvamos a Levítico 4 y 5.

# Un sustituto del pecador

Los sacrificios por el pecado y por la culpa nos enseñan una verdad incontrovertible: el pecado tiene un coste. De ahí que cuando «alguien» pecaba le correspondía ofrecer un sacrificio directamente proporcional a su estatus económico. La ofrenda tenía que ser un becerro si la infracción había sido cometida por un sacerdote o por toda la congregación (Levítico 4:4, 14); el dirigente debía presentar un macho cabrío (Levítico 4:23); una persona común del pueblo podía ofrecer una cabra o un cordero (Levítico 4:28, 32); pero si no podía pagar el precio de un animal de tal envergadura, podía ofrecer «dos tórtolas o dos palominos», o tan solo un poco de harina (Levítico 5:7, 11). La idea clave aquí es que, aunque tiene un precio, el perdón es asequible para todos. Como todos los integrantes de la nación eran pecadores, Dios había hecho provisión de perdón para todos. Solo tenían que seguir al pie de la letra las instrucciones prescritas en la ley del sacrificio por el pecado.

Que uno de los objetivos de estos sacrificios era servir como medio de perdón para el pecador queda claro en la repetición de la frase «será perdonado» (Levítico 4: 31, 35; 5:10, 13, 16, 18). El individuo recibía un beneficio directo al ofrecer su sacrificio por el pecado o por la culpa. El perdón ofrecido por Dios se basaba en un principio inalterable: «La expiación por la vida se hace con la sangre» (Levítico 17:11, BJ). «Sin derramamiento de sangre no hay perdón» (Hebreos 9:22, NV1). Estos pasajes ilustran que en todo momento el pecador ha recibido el perdón de sus faltas, no en virtud de su condición, sino en virtud de la sangre derramada en su lugar. El Talmud lo expresa con estas palabras: «Siempre que la sangre toca el altar el oferente recibe la expiación». [4]

El verbo hebreo *kipper,* traducido como «expiación», conlleva la idea de cubrir. También está relacionado con una aldea designada como lugar de abrigo o refugio. La expiación sirve como un escudo que cubre, que resguarda al ser humano de las graves consecuencias que provoca el pecado y le proporciona un refugio que lo protege de la muerte, el quebrantamiento de la ley divina. Tras analizar esta expresión, el filólogo H. Herrmann concluye acertadamente: «Si no se hace expiación, queda amenazada la vida; y si se hace, se preserva la vida. Puesto que la vida es así salvada por la vida, la idea de sustitución en algún sentido está innegablemente presente en el término *kipper*». [5] Lo que estamos diciendo es que Levítico 4 y 5 declaran implícitamente que la sentencia que debía dictarse contra el pecador, en realidad, recaía sobre el animal. En otras palabras, el animal ejercía la función de sustituto del ser humano y padecía la muerte que le correspondía al culpable.

# La imposición de manos

Para que el animal sirviera como sustituto del pecador, era preciso transferir el pecado al animal. ¿Cómo ocurría eso? Por medio de la imposición de manos. En Levítico 16:21 poner las manos sobre la cabeza del macho cabrío equivalía a colocar sobre el

animal todos los pecados y las rebeliones de los hijos de Israel. El mismo acto de imposición de manos ocurría durante el servicio diario (Éxodo 29:10; Levítico 4:4, 15, 24, 29, 33). Por tanto, podemos sugerir que, diariamente, a través de la imposición de manos, el pecado se trasladaba del individuo a la ofrenda sacrificial. [6]

Declaraciones rabínicas afirman que, al imponer sus manos sobre la víctima, «el oferente, por así decirlo, quita sus pecados de sí mismo y los transfiere sobre el animal vivo». [7] El teólogo judío Abravanel (1437-1508) solía decir que «después de la oración de confesión [relacionada con la imposición de manos] los pecados de los hijos de Israel quedaban sobre el sacrificio». [8] Al participar de este ritual el pecador quedaba absuelto de la sentencia de muerte que pendía sobre él y era liberado del pecado. Ahora el pecado había establecido su sede en la vida del animal; por tanto, el animal debía sufrir las consecuencias y morir en lugar del oferente. Pero las cosas no quedaban ahí.

## La transferencia del pecado al santuario

Una vez que el animal era sacrificado su sangre se introducía en el recinto sagrado. Cuando el pecado había sido cometido por el sacerdote o por la congregación, se rociaba la sangre siete veces delante del velo que separaba el Lugar Santo del santísimo, se colocaba sangre sobre los cuernos del altar del incienso y el resto se derramaba sobre el altar que se hallaba en el atrio del santuario (Levítico 4:6, 7, 17, 18). En ambos casos la carne de estos sacrificios era quemada en su totalidad (versículos 12; 21). Cuando el pecado era cometido por un miembro o algún dirigente del pueblo, la sangre se colocaba sobre los cuernos del altar del holocausto (Levítico 4:25, 30).

Sé que tantos datos abruman; sin embargo, no se desanime y siga leyendo. Si se fija bien, el sacrificio en favor del miembro común no era quemado, ¿sabe por qué? Porque los sacerdotes debían comer del sacrificio «por el pecado; en el Lugar Santo» (Levítico 6:26).

El asunto no acababa con la imposición de manos y con la muerte del animal, la expiación continuaba por medio de la manipulación de la sangre y la ingesta de la carne del sacrificio por el pecado. ¿Qué sentido tiene esto?

Confieso que aquí nos enfrentamos a cierto grado de complejidad; pero trataremos de buscar algunas pistas que nos ayuden a simplificarlo, pues esto es básico para el entendimiento que tenemos los adventistas sobre el tema del santuario. De momento solo veremos dos de dichas pistas. La primera tiene que ver con la sangre y la encontramos en Levítico 6:27: «Y si su sangre salpica sobre el vestido, lavarás aquello sobre lo cual caiga en Lugar Santo». De este pasaje podemos colegir que la sangre era un agente de contaminación, ya que al caer sobre el vestido este debía ser limpiado. ¿Estoy diciendo que la sangre que purificaba al pecador también contaminaba? Exacto (ver Números 35:33; Salmo 106:38; Lamentaciones 4:4). Aunque parezca paradójico la sangre cumple una doble función: limpia y contamina. Después de analizar más de media

docena pasajes bíblicos relacionados con este tema, el finado Gerhard Hasel concluyó: «La sangre del sacrificio contamina» el santuario, pero «purifica o limpia al oferente». [9]

Encontramos la segunda pista en Levítico 10:17: «¿Por qué no comisteis la expiación en Lugar Santo? Pues es muy santa, y él os la dio para llevar el pecado de la comunidad, para que sean reconciliados delante de Jehová». Aquí la frase clave es que el sacerdote tenía que comer la carne del sacrificio cuya sangre no se había introducido al santuario, para «llevar el pecado». Por tanto, el pecado era transferido al santuario a través de la sangre y por medio del sacerdote. Éxodo 28: 38 declara que el sacerdote había de llevar «las faltas cometidas por los hijos de Israel». De esa manera, el pecado de todos, sacerdotes, dirigentes, comunidad e individuos, ya sea por la sangre o por medio del sacerdote, terminaba morando en el santuario de Dios.

Veamos cómo lo explica Elena G. de White:

> «La sangre, que representaba la vida perdida del pecador, cuya culpa cargaba la víctima, la llevaba el sacerdote al Lugar Santo y la asperjaba delante del velo, detrás del cual estaba el arca que contenía la ley que el pecador había violado. Mediante esta ceremonia el pecado era transferido simbólicamente, a través de la sangre, al santuario. En ciertos casos, la sangre no era llevada al Lugar Santo; pero entonces el sacerdote debía comer la carne, como Moisés lo había indicado a los hijos de Aarón al decir: "Él os la dio para llevar el pecado de la comunidad, para que sean reconciliados delante de Jehová" (Levítico 10:17). *Ambas ceremonias simbolizaban igualmente la transferencia del pecado del penitente al santuario» (Cristo en su santuario,* cap. 7, p. 108; la cursiva es nuestra).

Dios perdonó al pecador, pero todavía no ha dado una solución definitiva al problema del pecado. Ahora hay que erradicar del santuario la contaminación que ha sido generada por los pecados confesados del creyente. ¿Cuándo ocurría dicha erradicación?

## El Día de la Expiación

El 6 de octubre de 1973 yo ni siquiera había nacido, pero la fecha me ha intrigado desde la primera vez que leí de ella en un libro que marcó profundamente mi vida cuando apenas era un adolescente: *Más allá del futuro,* del Dr. Félix Cortés A. Ese día comenzó la cuarta guerra árabe-israelí. Aquella batalla desempeñó un papel tan significativo en el devenir histórico de las relaciones entre árabes e israelíes que de ella se han escrito más de cien libros. El 6 de octubre era una fecha memorable tanto para los judíos como para los musulmanes. Por el lado musulmán, ese día se celebraba la ocasión en que Mahoma decidió comenzar los preparativos para la Batalla de Badr, una de las pocas batallas mencionadas en el Corán. Para los israelíes, el 6 de octubre de 1973 era el Día de la Expiación, la festividad más solemne del calendario religioso de los judíos. Por ello, la mayoría de israelíes estaba orando y reflexionando en las sinagogas

o en sus casas, y muchos soldados también tenían su espíritu en actitud de adoración. De ahí que para ambos bandos la guerra presentase un matiz netamente religioso.

Aunque Israel había recibido información sobre la inminencia de un ataque, a lo mejor nunca imaginó su alcance real. Los árabes lanzaron una embestida «sin precedentes desde la Segunda Guerra Mundial. Egipto y Siria atacaron por el norte y por el sur en tres frentes simultáneos. Tres ejércitos combinados de 380.000 soldados, más 90.000 iraquíes, 68,000 jordanos y otros que vinieron a ayudar, se lanzaron contra 275.000 soldados que era lo más que Israel podía movilizar». [10] Jaim Herzog describe la reacción de Israel con estas palabras: «Una nación que rezaba corrió hacia las unidades y hacia los puntos de asamblea, cambiando en el camino los mantos de oración por los uniformes». [11]

Los árabes sabían que ese era un buen momento para atacar por sorpresa a Israel, puesto que los descendientes de Jacob tenían puesta toda su atención en la observancia de la más solemne de todas las ceremonias religiosas judías: El *Yom Kippur,* el Día de la Expiación, que, además, aquel año cayó en sábado. Por eso los israelíes tenían «la atención puesta en las fronteras del espíritu antes que en las fronteras de los árabes. Esto ayudó a los árabes a lograr lo que la sabiduría convencional había dicho que era imposible: atacar por sorpresa a Israel». [12]

¿Por qué los judíos descuidaron su seguridad física por estar inmersos en una actividad de naturaleza espiritual? El Día de la Expiación era el día por antonomasia del calendario litúrgico hebreo, hasta el punto de que, simplemente, lo llamaban El Día. Se celebraba el 10 del séptimo mes. La preparación incluía una meticulosidad extrema. Según la Misná todo tenía que ceñirse al orden establecido en Levítico 16, «si se adelanta un acto a otro, es como si no se hubiera ejecutado nada» (*Yoma* 5:7). [13] Una semana antes, el sumo sacerdote era «separado de su familia», no se le daba mucha comida, «porque la comida suele traer consigo el sueño» (*Yoma* 5:1, 4) y durante el sueño podía quedar contaminado. Los rabinos enseñaban que durante ese día se prohibía «el comer, el beber, el lavarse, el ungirse, el calzar sandalias y las relaciones maritales», se obligaba a los niños a ayunar y el que comiera algo no debía ingerir una porción mayor al tamaño de un dátil (*Yoma* 7:1, 4, 2).

Los judíos vinculaban el Día de la Expiación con el inicio de una nueva creación. [14] Ese día Dios purificaba a su pueblo y daba inicio a una nueva etapa en la relación entre él y sus hijos. A lo largo del año el Señor se había hecho cargo de los pecados confesados de cada miembro de la comunidad del pacto al permitir que el pecado de sus hijos penetrara hasta su misma morada. No obstante, el pecado no puede permanecer para siempre ante la presencia de un Dios santo. De modo que una vez al año, durante el Día de la Expiación, todos los pecados que habían contaminado el santuario, los pecados confesados, debían ser borrados de allí. Al final de dicho proceso de purificación, todo lo que había infestado al templo de Dios tenía que ser erradicado del santuario y colocado sobre el macho cabrío de Azazel. De esa manera el Día de la Expiación se convertía en un día de juicio en el que se ponía fin al problema del pecado y a quien lo había provocado.

# ¿Quién es Azazel?

Muchos han interpretado de forma errónea la función que los adventistas atribuimos a Azazel dentro de los rituales del culto hebreo. Algunos nos acusan de imputarle al macho cabrío de Azazel una función expiatoria de pecados (Levítico 16:8,10, 26). Según ellos, los adventistas en realidad atribuimos el perdón final de los pecados al diablo. Harold Bloom, en su libro *La religión americana,* dice: «No se me ocurre ninguna otra doctrina [...] que asigne un papel tan crucial a Satán. Si ese espíritu malo se borrara de manera prematura, entonces para los adventistas del séptimo día no habría salvación [...). Satán [...] carga con los pecados del pecador, y así lo que se nos ofrece es, en realidad, *una expiación satánica*». [15] Esta es una acusación grave pero, ¿habrá algo de cierto en ella?

Recordemos que «sin derramamiento de sangre no hay perdón» (Hebreos 9:22, NVI). Justo después de haber dado las instrucciones respecto al Día de la Expiación, Dios le dijo a Moisés que «la misma sangre es la que hace expiación por la persona» (Levítico 17:11). Por eso los adventistas creemos que Jesús murió por nuestros pecados (1 Corintios 15:3), que cargó nuestros pecados (Isaías 53:6) y que nos limpia de todo pecado (1 Juan 1:7). Dicho esto repasemos algunos puntos clave de Levítico 16.

El Señor ordenó que se eligieran «dos machos cabríos» (versículo 5), uno para Jehová y otro para Azazel (versículo 8). El hecho de que este pasaje contraste a Jehová con Azazel sugiere que este último ha de ser un personaje tan real como lo es Jehová, y además que representa un poder antagónico al Señor. [16] Ritos similares tanto en Babilonia como en Ebla asocian al macho cabrío con un demonio del desierto. [17] En la literatura judía extrabíblica, Azazel es identificado como Satanás. [18] El libro de Henoc lo tilda de ser el responsable de «enseñar toda clase de iniquidad» (1 Henoc 9:6 *cf.* 10:8; 13:2). [19] Por supuesto, hay muchos intérpretes que rechazan identificar a Satanás con el macho cabrío de Azazel. Por ejemplo, la *Epístola de Bernabé,* un documento cristiano fechado entre los años 70-79, sostiene que el macho cabrío para Azazel era un símbolo de Cristo (capítulo 7). Bajo el argumento de que el macho cabrío no puede ser usado para representar tanto a Cristo como al diablo, los seguidores de tal propuesta olvidan que en la Biblia la serpiente y el león son usados como símbolos de Jesús (Juan 3:14, 15; Apocalipsis 5:5) y de Satanás (Apocalipsis 12:9; 1 Pedro 5:8).

Levítico 16: 9 subraya algo bien interesante: «Hará traer Aarón el macho cabrío sobre el cual caiga la suerte por Jehová, y *lo ofrecerá como expiación*» (la cursiva es nuestra). Otras versiones dicen: «sacrificio expiatorio» (NVI, BP), «sacrificio por el pecado» (DHH, BJ). En cambio, el macho cabrío que representaba a Azazel debía presentarse vivo (versículo 10); es decir, su sangre no era derramada, su función no tenía nada que ver con la expiación del pecado. Incluso, su participación en el proceso comenzaba cuando el sacerdote ya había «acabado de expiar el santuario» (versículo 20).

¿Entonces cuál era el papel de Azazel? Al final del Día de la Expiación, todos los pecados que ya habían sido perdonados y que habían contaminado el santuario, eran sacados del tabernáculo y colocados de manera simbólica «sobre la cabeza del macho

cabrío vivo» (versículo 21) para que este llevara «sobre sí todas sus iniquidades» (versículo 22). La función del macho cabrío de Azazel no era perdonar pecados, sino pagar por haber sido el instigador del pecado. Levítico 16 proclama que Satanás no se saldrá con la suya, muy pronto tendrá que pagar por todo lo malo que ha hecho en nuestro planeta.

## La transformación obrada por el perdón

¿Qué podemos sacar de toda esa intrincada teología de los sacrificios que nos sea útil para enriquecer nuestra vida espiritual? Tanto en los sacrificios diarios como el Día de la Expiación brota de forma omnipresente una gran verdad: Dios es misericordioso. Él está dispuesto a cargar con nuestros pecados. Ya lo había dicho el profeta Miqueas: «¿Qué Dios hay como tú, que perdona la maldad y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en la misericordia» (Miqueas 7:18). La frase «que perdona la maldad», literalmente significa que Dios ha decidido llevar sobre sus hombros la maldad de su pueblo.

Al quitar el pecado de sus hijos nuestro Creador «hace alejar de nosotros nuestras rebeliones» (Salmo 103:12). El perdón divino nos aleja de nuestros pecados para que nunca más surjan en nuestra contra. Uno de mis pasajes favoritos de la Biblia, que no es muy conocido, proclama: «Echaste tras tus espaldas todos mis pecados» (Isaías 38:17). Sí, Dios me quitó la carga de pecado y se quedó con ella. Y lo hizo porque me ama, porque tiene misericordia de mí. Ahora puedo levantarme y saber que soy un pecador que por gracia ha sido perdonado.

A principios de 2013 estaba muy de moda la novela *Los miserables*, de Víctor Hugo. Por supuesto, dicho afán no estaba relacionado con la lectura de la voluminosa obra del renombrado autor francés, sino con la nueva versión que Hollywood ha llevado a la pantalla grande protagonizada por Hugh Jackman, Russell Crowe y Anne Hathaway.

La trama de dicha obra gira en torno a un personaje, Jean Valjean, que había sido condenado a diecinueve años de cárcel por haber robado un pedazo de pan. Después de ser liberado, nadie quería darle albergue puesto que dondequiera que se presentaba lo perseguía el sambenito de expresidiario. Durante varios días deambuló de un lugar a otro, pero nadie estuvo dispuesto a brindarle ayuda. En esas circunstancias se encontró con un obispo que se compadeció de él. Dice el relato que el obispo «instaló a su huésped en la alcoba. Una cama blanca y limpia lo esperaba». Pero dormir era lo menos importante para Valjean.

Tras saber que el obispo y su hermana dormían, sigilosamente se levantó y robó la cubertería de plata del obispo. A la mañana siguiente, la primera en darse cuenta del hurto fue Maglorie, la sirvienta, y corrió a dar aviso al obispo y reclamarle por haber recibido «¡a un hombre así, y darle cama a su lado!». Maglorie todavía no había terminado de hablar cuando tres individuos llegaron a la casa junto con Valjean. Eran los

oficiales de policía que habían capturado al obstinado ladrón. Cuando el obispo salió a la puerta todos se sorprendieron al oír sus palabras:

—¡Ah, has regresado! —dijo mirando a Jean Valjean—, Me alegro de verte. Te había dado también los candeleros, que son de plata, y que pueden valer también doscientos francos. ¿Por qué no te lo llevaste con los cubiertos?

Jean Valjean abrió los ojos y miró al venerable obispo con una expresión que no podría pintar ninguna lengua humana.

—Monseñor —dijo el cabo—, ¿Es verdad entonces lo que decía este hombre? Lo encontramos como si fuera huyendo, y lo hemos detenido. Tenía esos cubiertos...

—¿Y les ha dicho —interrumpió sonriendo el obispo— que se los había dado un hombre, un sacerdote anciano en cuya casa había pasado la noche? Ya lo veo. Y lo han traído acá.

—Entonces —dijo el gendarme—, ¿podemos dejarlo libre?

—Sin duda —dijo el obispo.

Aquella mañana Valjean tuvo un encuentro cara a cara con el perdón. El ladrón fue tratado como si no lo fuera. Conservó los utensilios como un recuerdo de la bondad de aquel anciano y desde entonces dedicó su vida a ayudar a los necesitados. El perdón lo transformó.

Me encanta esta declaración inspirada de Elena G. de White:

> «El hecho de que haya cometido *algún error* no lo hace menos querido por Dios, porque cuando el creyente toma conciencia de su falta, regresa, y vuelve a fijar sus ojos en Cristo. Sabe que está en comunión con su Salvador, y cuando es reprochado por su equivocación en un asunto de juicio, no camina de mal humor quejándose de Dios, sino que transforma su *error* en una victoria. Aprende la lección de las enseñanzas de su Maestro, y presta más atención para no ser *engañado* nuevamente» *(La oración,* cap. 7, pp. 80, 81; te cursiva es nuestra).

Nuestro Padre sabe muy bien que somos culpables; pero no se deleita en reprocharnos nuestras faltas y delitos, sino que anhela que acudamos a él y oremos como lo hacían los judíos durante el Día de la Expiación: «Oh Dios, te ofendí, transgredí, pequé delante de ti, yo, mi familia [...]. Como está escrito en la Ley de Moisés tu siervo: "Porque en ese día se hará la expiación por vosotros para que os purifiquéis ante el Señor de todos vuestros pecados" [Levítico 16:30]» (*Yoma* 4:2).

Podemos acercarnos a Jesús y hacer nuestras las palabras del epitafio de la tumba de Copérnico:

> «No pido las bondades que recibió Pablo.
> Ni tampoco la gracia concedida a Pedro.
> Solo te pido, con toda mi alma,
> el perdón que tú diste al ladrón crucificado».

Así como el obispo perdonó a Valjean, y Jesús perdonó al ladrón, Dios está dispuesto no solo a perdonarnos, sino también a transformarnos. Solo hemos de acudir a él y reconocer nuestra verdadera condición. La sierva del Señor nos asegura:

> «El perdón de Dios no es solamente un acto judicial por el cual libra de la condenación. No es solo el perdón por el pecado. Es también una redención del pecado, es la efusión del amor redentor que *transforma el corazón.* David tenía el verdadero concepto del perdón cuando oró "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva la firmeza de mi"» (*Así dijo Jesús*, *cap. 5, p. 176;* la cursiva es nuestra).

Como dijo William Shakespeare: «Nada envalentona tanto al pecador como el perdón». Con razón me siento tan valiente.

**Referencias**

[1] Juan Luis de León Azcárate, *Levítico. Comentarios a la Nueva Biblia de Jerusalén* (Bilbao: Desclée Brouwer, 2006), p. 64.
[2] Ver R. Knierim, «ht» en Ernst Jenni y Claus Westermann, eds., *Theological Lexicon of the Old Testament* (Peabody, Massachusetts: Hendrickson, 1997), pp. 406-411. E. A. Martens, «Sin, Guilt» en T. Desmond Alexander y David W. Baker, *Dictionary of the Old Testament: Pentateuch* (Downers Grove, Illinois, InterVarsity, 2003), pp. 765, 766.
[3] Roy Gane, *Leviticus, Numbers. The NIV Application Commentary* (Grand Rapids: Zondervan, 2004), p. 98.
[4] Citado por Alfred Edersheim, *El templo: su ministerio y servicios en tiempo de Cristo* (Terrassa: CLIE, 2004), p. 129.
[5] H. Herrmann, «hilaskomai, hilasmós» en Gerhard Kittel, ed., *Theological Dictionary of the New Testament* (Grand Rapids: Michigan: W. B. Eerdmans, 1972), tomo III, p. 310.
[6] Ángel M. Rodriguez, «Transfer of Sin in Leviticus» en Frank B. Holbrook, ed., *70 Weeks, Leviticus, Nature of Prophecy* (Washington, D.C.: Biblical Research Institute, 1986), p. 180.
[7] Ángel M. Rodríguez, *obra citada*, p. 132.
[8] Ver nota anterior.
[9] «Studies in Biblical Atonement I: Continual Sacrifice, Defilement/Cleasing and Sanctuary» en Arnold Wallenkampfy W. Richard Lesher, eds., *The Sanctuary and the Atonement: Biblical, Historical, and Theological Studies* (Washington, D. C.: Review and Herald, 1981), p. 96. Desde una perspectiva adventista, la mejor presentación sobre este tema es la de Roy Gane, en su monumental obra *Cult and Character. Purification Offerings, Day of Atonement and Theodicy* (Winona Lake, Indiana: Eisenbrauns, 2005), pp. 163-197.
[10] Félix Cortés A., *Más allá del futuro* (Miami: APIA, 1993), pp. 25, 26.
[11] *Las guerras árabe-israelíes. De la Guerra de Independencia a la Guerra del Líbano* (Jerusalén: La Semana, 1987), p. 270.
[12] Cortés, *obra citada*, p. 26.
[13] Todas las citas son de Carlos del Valle, ed., *La misná* (Madrid: Nacional, 1981).
[14] Jacques B. Doukhan, *Secretos de Daniel* (Doral, Florida: APIA, 2008), pp. 129-132.
[15] (Madrid: Ediciones Taurus, 2000), pp. 162, 163; la cursiva es nuestra.
[16] Francis D. Nichold, ed., *Comentario bíblico adventista* (Buenos Aires: ACES, 1992), tomo 1, p. 789.

[17] John H. Walton, Victor H. Matthews y Mark W. Chavalas, *Comentario del contexto cultural de la Biblia: Antiguo Testamento* (El Paso, Tx: Mundo Hispano, 2000), p. 134.
[18] William H. Shea, «Azazel in the Pseudepigrapha» en *Journal of the Adventist Theological Society*, 13/1 (Primavera 2002), pp. 1-9.
[19] F. Corriente y A. Piñero, «Libro 1 de Henoc» en A. Diez Macho, ed., *Apócrifos del Antiguo Testamento* (Madrid: Cristiandad, 1984), tomo IV, p. 46.

# 7

# Cristo,
## nuestro sacrificio

El profeta Isaías escribió una serie de cantos en honor a un personaje que lleva el modesto título de «mi siervo». ¿Le sorprende que el profeta también haya sido poeta? Sí, ¡Isaías tenía una excelente inclinación a lo artístico! Es más, estoy casi seguro de que usted por lo menos conoce uno de esos cantos. Trate de ponerle música al que sin duda es el más conocido de todos:

«He aquí que mi siervo será prosperado,
será engrandecido y exaltado,
será puesto muy en alto.
Como se asombraron de ti muchos
(pues de tal manera estaba desfigurada su apariencia,
que su aspecto no parecía el de un ser humano),
así asombrará él a muchas naciones.
Los reyes cerrarán ante él la boca,
porque verán lo que nunca les fue contado
y entenderán lo que jamás habían oído.

«¿Quién ha creído a nuestro anuncio
y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?
Subirá cual renuevo delante de él,
como raíz de tierra seca.
No hay hermosura en él, ni esplendor;
lo veremos, mas sin atractivo alguno para que lo apreciemos.
Despreciado y desechado entre los hombres,

varón de dolores, experimentado en sufrimiento;
y como que escondimos de él el rostro,
fue menospreciado y no lo estimamos.
Ciertamente llevó él nuestras enfermedades
y sufrió nuestros dolores,
¡pero nosotros lo tuvimos por azotado,
como herido y afligido por Dios!
Mas él fue herido por nuestras rebeliones,
molido por nuestros pecados.
Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo,
y por sus llagas fuimos nosotros curados.

«Todos nosotros nos descarriamos como ovejas,
cada cual se apartó por su camino;
mas Jehová cargó en él
el pecado de todos nosotros.
Angustiado él, y afligido,
no abrió su boca;
como un cordero fue llevado al matadero;
como una oveja delante de sus trasquiladores,
enmudeció, no abrió su boca.
Por medio de violencia y de juicio fue quitado;
y su generación, ¿quién la contará?
Porque fue arrancado de la tierra de los vivientes,
y por la rebelión de mi pueblo fue herido.
Se dispuso con los impíos su sepultura,
mas con los ricos fue en su muerte.
Aunque nunca hizo maldad
ni hubo engaño en su boca,
Jehová quiso quebrantarlo,
sujetándolo a padecimiento.
Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado,
verá descendencia, vivirá por largos días
y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.
Verá el fruto de la aflicción de su alma
y quedará satisfecho;
por su conocimiento justificará
mi siervo justo a muchos,
y llevará sobre sí las iniquidades de ellos.
Por tanto, yo le daré parte con los grandes,
y con los poderosos repartirá el botín;
por cuanto derramó su vida hasta la muerte,
y fue contado con los pecadores,
habiendo él llevado el pecado de muchos
y orado por los transgresores».

(Isaías 52: 13-15, 53: 1-12)

¿Pudo cantarlo? ¿Lo tarareó? ¿Quedó atrapado por la magnificencia de las imágenes literarias del profeta? Le recomiendo que no siga leyendo este libro hasta que usted conozca bien el contenido de este canto. Si es necesario vuelva a leerlo, aquí estaremos esperándolo. ¿Ya lo leyó? Entonces sigamos.

Tomemos como punto de partida el anuncio que se hace en la introducción del poema: «Verán lo que nunca les fue contado y entenderán lo que jamás habían oído» (Isaías 52:15). He de confesarle, mi querido lector, que aunque han transcurrido más de veinte años, puedo revivir con fiel exactitud la primera vez que entré en contacto con esta porción del libro de Isaías. Hasta ese momento ni siquiera había escuchado una palabra respecto al siervo de Dios. Tras varios meses de haberme bautizado, un viernes por la noche sintonicé una emisora cristiana: Radio Amanecer Internacional. Esa noche el predicador comenzó leyendo Isaías 53, y al concluir su lectura declaró, y lo cito textualmente, que «Isaías 53 es uno de los capítulos más problemáticos de la Biblia. Difícil de comprender; a pesar de que muchos creemos que lo comprendemos». Luego siguió con una enérgica presentación en la que, como si de una película se tratara, se podían visualizar los horribles sufrimientos que padeció el Hijo de Dios. Ese sermón caló profundamente en mi vida.

No obstante, no me queda otra que admitir que después de veinte años todavía sigo sin entender del todo el mensaje de Isaías 53. El profeta aglutina tanta información en ese capítulo que estoy seguro de que necesitaré toda la eternidad para hacerme por lo menos una pequeña noción de la insondable verdad que encierra en estos pasajes. Por ende, aunque Isaías asevera que pondría al, alcance de nuestro conocimiento la obra que el siervo de Dios realizaría a favor de todos los seres humanos, lo cierto es que para la lógica humana el contenido de Isaías 53 sigue siendo difícil de entender. Incluso, el mismo profeta llegó a decir: «¿Quién ha creído a nuestro anuncio?» (versículo 1). Setecientos años más tarde, como yo, otro lector de Isaías 53 confesó su incapacidad para captar el mensaje expresado en ese capítulo (ver Hechos 8:28-39).

¿Por qué nos resulta tan difícil entender y asimilar el cuarto canto de Isaías? Porque según el profeta, el siervo de Dios recibiría sobre sí el castigo que correspondería a los pecadores; el justo morirá por los injustos. ¡Eso no puede ser asimilado por gente como usted y como yo que deseamos que la justicia recaiga inexorablemente sobre el transgresor! Nuestra mentalidad no es capaz de razonar ni de aceptar que un inocente reciba el castigo de los culpables.

El 1º de diciembre de 1997, Michael Carneal, un jovencito de catorce años, irrumpió en su escuela con un rifle y asesinó a tres compañeras que formaban parte del grupo de oración de su escuela. Cuando terminó de disparar, Carneal le pidió a gritos a Bill Strong, uno de los miembros del grupo de oración, que lo matara. «Mátame, por favor. No puedo creer lo que he hecho», le dijo. ¿Qué habría hecho usted si hubiera estado en el lugar de Bill? ¿Sabe qué hicieron los muchachos del grupo de oración que sobrevivieron a la tragedia? Aunque nos parezca increíble, prepararon un letrero enorme que decía: «Mike, te perdonamos». [1]

Basándose en la acción de estos muchachos, Dennis Prager escribió un artículo titulado *When Forgiveness is a Sin* [«Cuando perdonar es pecado»], en el que dejaba muy

claro que los compañeros que sobrevivieron al ataque de Carneal no tenían derecho a perdonarlo, y que dicha declaración de perdón era tan pecaminosa como los asesinatos perpetrados por Carneal. También consideró muy inapropiado que un pastor cristiano pidiera a los estadounidenses que perdonaran a Timothy McVeigh, el autor del ataque contra el edificio federal Alfred P. Murrah de Oklahoma City en 1995.

Este sentido de indignación ante la posibilidad de que un culpable sea perdonado no es nada nuevo. Ya Anselmo de Canterbury, el teólogo medieval, había dicho: «Que hombre no sería juzgado digno de condenación si condenara al inocente para dejar ir al culpable». [2] Puesto que Isaías 53 proclama a todos los vientos del cielo que el Señor ha decidido perdonar a los transgresores y castigar al inocente, que los pecadores quedarán absueltos y en su lugar morirá el siervo de Dios, lo más natural para nosotros es rechazar ese mensaje. Ahora bien, aunque todavía no entiendo al profeta, he de decir con mucha propiedad que acepto su mensaje en toda su extensión. Es más, a continuación trataré de explicar algunas cosas relacionadas con Isaías 53.

## El justo sufre en lugar de los injustos

En primer lugar nos vendría muy bien responder esta pregunta: ¿Quién es este personaje del cual habla Isaías? [3] ¿Quién es el siervo de Dios que ocupará el lugar del pecador? Algunos enseñan que el profeta está hablado de la nación de Israel. [4] Obras judías como el *Targum de Jonatán* o el Talmud, entre otras, identifican al siervo sufriente como el Mesías. [5] Otros consideran que Isaías está describiendo su propia condición. Por otro lado, los escritores del Nuevo Testamento aplican la profecía del siervo sufriente al Señor Jesús. Según John Stott, de los doce versículos que integran Isaías 53, ocho son citados en el Nuevo Testamento como una referencia directa a Cristo. [6] Creo que si dedicamos algunos párrafos a tratar de identificar la naturaleza del siervo podremos obtener una mejor comprensión de su obra. Isaías hace algunas declaraciones que no podemos pasar por alto y que nos serán de utilidad si queremos obtener una mejor comprensión del mencionado personaje.

En la misma introducción del canto el profeta declara: «He aquí que mi siervo será prosperado, será engrandecido y exaltado, será puesto muy en alto» (52:13). Isaías solamente usa este tipo vocabulario en dos pasajes más de su libro: en 6:1 y en 57:15. En ambos textos la referencia es al Señor. Como solo Dios merece ser exaltado, al usar la terminología divina para aplicarla al siervo, el profeta nos proporciona una pista que nos lleva a sugerir que el siervo es más que un simple hombre, es Dios mismo.

Hay otro detalle nos permite afianzar esta interpretación. El capítulo 53 comienza haciendo mención al «brazo de Jehová» y luego agrega que «subirá cual renuevo» (versículo 2). Si yo le preguntara quién es el sujeto del verbo «subirá», usted de inmediato me responderá que el sujeto es el siervo. Por eso algunas versiones bíblicas, como la *Dios Habla Hoy*, agregan el vocablo «siervo» en este versículo, lo cual no es en absoluto incorrecto. Sin embargo, en el texto hebreo el sujeto del verbo «subirá» es el «brazo de Jehová». En otras palabras, el siervo de Dios y el «brazo de Jehová» son dos expre-

siones que aluden al mismo personaje. Quizá Isaías 51: 5 nos ayude a entenderlo con mayor facilidad:

> «En *mi* esperan los de las costas:
> en mi *brazo* ponen su esperanza».

Esperar en el Señor equivale a confiar en su brazo. Dios le había prometido a Israel que él mismo estaría presente en medio de su pueblo (Isaías 52:6); que mostraría su brazo «para que todos los confines de la tierra» vieran su salvación (Isaías 52:10). Por tanto, la salvación se manifestaría a todos los hombres cuando el «brazo de Jehová» hiciera su entrada en Sion. En Isaías 53 «el brazo ha venido, no solo una persona en la sombra por medio de la cual obra el poder del Señor, sino el propio brazo, el Señor que viene a salvar». [7]

El siervo de Dios no es otro sino el mismo Dios que vendrá a la tierra sin el excelso resplandor de su gloria, y aparecerá en medio de nosotros como un humilde siervo. El no esperará que lo sirvan, vendrá a servir. Jesús se identifica claramente con el pasaje de Isaías al decir que «no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos» (Marcos 10:45). Pablo habría de tener en mente al siervo de Dios cuando declaró:

> «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús:
> Él, siendo en forma de Dios,
> no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse,
> sino que se despojó a sí mismo,
> tomó la forma de siervo
> y se hizo semejante a los hombres.
> Mas aún, hallándose en la condición de hombre,
> se humilló a sí mismo,
> haciéndose obediente hasta la muerte,
> y muerte de cruz.
> Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas
> y le dio un nombre que es sobre todo nombre,
> para que en el nombre de Jesús
> se doble toda rodilla de los que están en los cielos,
> en la tierra y debajo de la tierra;
> y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor,
> para gloria de Dios Padre».
> (Filipenses 2: 5-11).

El mensaje de Isaías 53 es que el propio Dios ha entrado en la esfera humana, se encarnó, sufrió el castigo de todos nosotros, cargó con el pecado de muchos y, finalmente, en este preciso momento intercede por los pecadores. ¿Le parece inmoral que Dios se haya rebajado tanto? Respecto a esta parte del mensaje no nos queda más que reconocer que la manera en que Dios vino como un siervo y habitó entre nosotros es, como decía un querido exprofesor, *magnum mysterium salutis* (1 Timoteo 3:16).

En resumen, no soy capaz de asimilar que mi Dios se humillara para salvarme y protegerme. Y todo ello sabiendo que yo sería uno de los que lo humillarían a él.

## El verdadero Cordero de Dios

Si tuviéramos que compendiar en una sola palabra todo lo que Isaías 53 dice del siervo de Dios, creo que la más apropiada sería «sacrificio». De hecho, las imágenes asociadas con los sacrificios del santuario son omnipresentes en este capítulo. Por ello no debe sorprendernos que el profeta comparara al siervo con un «cordero» (versículo 7) que cargaría con «el pecado de todos nosotros» (versículo 6), llevaría nuestras iniquidades (versículo 11) y moriría «en expiación por el pecado» (versículo 10). Todas estas expresiones provienen de los sacrificios de Levítico 1-7, que ya hemos estudiado en este libro.

Resulta sumamente llamativo que, cuando inició formalmente su ministerio, lo primero que se dijo de Jesús fue esto: «Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29). Con esta declaración, Juan el bautista evoca al siervo/cordero que cargaría con los pecados de muchos de Isaías 53. Nos damos cuenta pues de que no puede ser una simple casualidad que los Evangelios sinópticos vinculen el inicio del ministerio mesiánico de Jesús con el primero de los cantos de Isaías sobre el siervo de Dios (ver Mateo 3:17; Marcos 1:11 y Lucas 3:22). Los cuatro evangelistas introducen a Jesús basándose en los pasajes del siervo sufriente que vendría como un cordero a dar su vida por todos nosotros.

Como un cordero... Así vino la Majestad del cielo al mundo. Nació donde nacen los corderos: en un establo. Así como los corderos que se ofrecían en el santuario tenían que ser sin defecto (Levítico 1:3; 3:6; 4:3; 5:15), el verdadero Cordero de Dios también fue «sin macha y sin contaminación» (1 Pedro 1:19). El libro de Hebreos lo describe como un ser «santo, inocente, sin mancha» (Hebreos 7:27). Ya lo había dicho Isaías: «Nunca hizo maldad» (Isaías 53:9). Como Cordero vendría a ofrecer su vida «en rescate por muchos» (Marcos 10:45).

Todos los sacrificios del santuario no hacían más que señalar al mejor sacrificio, el de Cristo. Solo tenían validez en la medida en que guiaran al oferente al verdadero «Cordero de Dios». Por eso, quienes pidieron perdón amparados en los sacrificios que regían el primer pacto, en realidad, son perdonados no en virtud de tales sacrificios, sino por el sacrificio del Hijo de Dios (Hebreos 9:23, 24). Mientras que los sacrificios levíticos eran repetitivos, el de Cristo ocurrió una vez y para siempre (Hebreos 9:26). La sangre de esos animales no purificaba la conciencia, pero el sacrificio de Cristo sí es capaz de hacerlo y de convertirnos en servidores del Dios vivo (Hebreos 9:14). ¡El de Jesús fue un sacrificio mejor porque él era un mejor Cordero!

La imagen de Cristo como víctima sacrificial se asocia en el Nuevo Testamento con el cordero pascual (1 Corintios 5:7), con las ofrendas por el pecado que diariamente se ofrecían en el santuario (Hebreos 10:11, 12), con la vaca rojiza que se sacrificaba fuera

del campamento (Hebreos 13:11, 12), con el macho cabrío sacrificado de Levítico 16 (Hebreos 9:7, 26, 27). En fin, todo el antiguo sistema sacrificial halló su pleno cumplimiento en el sacrificio de Cristo. Con razón el profeta Daniel había anunciado que el Mesías, con su muerte, haría «cesar el sacrificio y la ofrenda» (Daniel 9:27).

No podemos obviar que junto con el sacrificio vendría la exaltación. Pablo se refiere a esto en Filipenses 2:10, 11. El libro de Hebreos también vincula la muerte de Cristo con su exaltación en estos pasajes: «Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que lo esperan» (Hebreos 9:28). «Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios» (Hebreos 10:12). El Cordero que murió es el mismo que ha sido entronizado en el santuario celestial y muy pronto vendrá para llevarnos a vivir con él.

Así como lo primero que se dice de Cristo al iniciar su labor en pro de la humanidad es que sería un cordero; de igual modo el último libro de la Biblia lo proclama como el Cordero exaltado. Jesús es llamado cordero veintiocho veces en Apocalipsis. Este énfasis en Cristo como cordero constituye un antídoto contra la autosuficiencia, ese malvado virus que nos impulsa a suponer que la salvación es resultado de nuestro buen hacer. Sin embargo, Apocalipsis expresa implícitamente que los que tendrán que afrontar la terrible gran tribulación, esa de la cual el mundo no tiene ni la más remota idea, saldrán victoriosos, no por causa de su estricta obediencia y apego a los mandatos divinos, sino porque lavarán y emblanquecerán «sus ropas en la sangre del Cordero» (Apocalipsis 7:14). La última generación de creyentes que vivirá sobre este degenerado planeta alcanzará la victoria sobre el pecado y las fuerzas del mal única y exclusivamente «por medio la sangre del Cordero» (Apocalipsis 12:11). La santificación, como la justificación, es fruto del sacrificio de Cristo (Hebreos 10:10).

Quizá alguien podría desanimarse al leer los vituperios que experimentó el siervo de Dios, y como el poeta Antonio Machado clamar:

¡Oh, no eres tú mi cantar!
¡No puedo cantar, ni quiero
a ese Jesús del madero,
sino al que anduvo en la mar!

En ese caso nos conviene tener siempre presente que el Cordero que fue sacrificado en la cruz ahora «es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados, elegidos y fieles» (Apocalipsis 17:14). A estas alturas lo más relevante no sería tratar de comprender de qué manera el Hijo de Dios se convirtió en el Cordero; ni lamentarnos porque el siervo haya sufrido un castigo injusto; más bien hemos de asegurarnos de estar entre los que día y noche proclaman: «El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza» (Apocalipsis 5:12).

# Cristo, la propiciación divina

Isaías declaró que el siervo moriría «en expiación por el pecado» (Isaías 53:10). Esta frase establece una estrecha conexión entre la muerte del siervo y los sacrificios por el pecado de Levítico 4 y 5 (Levítico 4:35; 5:6). Ya hemos visto que la palabra «expiar» conlleva la idea de cubrir. El siervo muere a fin de cubrir con su vida el pecado de todos nosotros. Ahora bien, si la expiación es el proceso a través del cual Dios nos cubre con gracia, sería relevante que nos preguntemos: ¿De qué nos «cubre» el sacrificio de Cristo?

Para entender esto tenemos que hacer referencia a una palabra que se halla estrechamente vinculada con el santuario y con la obra de Cristo como nuestro sacrificio. Me refiero al término «propiciación». Pablo la menciona en un pasaje que, según Lutero, «constituye el punto principal y el lugar central de la Epístola de los Romanos y de la Biblia entera»: [8]

> «Y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como *propiciación* por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con miras a manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús» (Romanos 3:24, 25).

En el Antiguo Testamento la propiciación se llevaba a cabo en el santuario. De paso, el vocablo griego que usa Pablo, *hilasterion,* es el mismo que designa el «predatorio», la tapa que cubría el Arca del Pacto (ver Éxodo 25:17), y así es traducido en Hebreos 9: 5. Es cierto que a mucha gente no le gusta la palabra «propiciar» porque encierra la idea de «aplacar la ira de alguien», y en nuestro caso ese alguien sería Dios. Tratando de erradicar la idea de un Dios airado, y siguiendo la sugerencia del eminente erudito británico C. H. Dodd, en Romanos 3: 25, algunas versiones bíblicas prefieren traducir *hilasterion* como «sacrificio de expiación» (NVI, RVC) o «instrumento de perdón» (DHH). [9] Y de esa manera, según sus traductores, se evitaría paganizar al Dios bíblico.

Es innegable que en los tiempos de Pablo, especialmente entre los paganos, el término «propiciación» se utilizaba para describir el sacrificio que los humanos ofrecían a fin de aplacar el furor de los dioses. Por ejemplo, Moulton y Milligan han publicado el texto de dos inscripciones griegas en las que se presenta a los habitantes de la ciudad de Cos ofreciendo sacrificios de *hilasterion* con el propósito de ganarse el afecto del emperador Augusto. [10]

No obstante, en la Biblia el asunto es radicalmente diferente. A diferencia de las religiones paganas, en las que quien ofrecía el *hilasterion* era el ser humano, Pablo anuncia que es Dios mismo quien «puso» a Cristo como «propiciación». Siguiendo muy de cerca el original griego, la Nueva Biblia Latinoamericana traduce acertadamente el inicio del versículo 25: «A quien Dios exhibió públicamente». El Padre presenta ante la vista de todos el objeto que él mismo ha señalado como el propiciador de su ira. Eso establece una diferencia radical entre el concepto de propiciación de Pablo y el de las religiones paganas.

Una cita de Elena G. de White nos ayudará a entender este asunto: «Si el Padre nos ama no es a causa de la gran propiciación, sino que él proveyó la propiciación porque nos ama» (*El camino a Cristo,* cap. 1, pp. 19, 20). Dios no exige una propiciación, sino que la otorga a cambio de la salvación humana. Así la «propiciación» hecha por Cristo no tenía como objetivo principal apaciguar a un Dios airado; sino que fue una demostración del gran amor que el Padre siente por todos nosotros (1 Juan 4: 10).

Por supuesto, lo que hemos dicho no indica que la ira de Dios no sea real ni que Cristo no la haya padecido en la cruz. Isaías había declarado que Jehová castigaría, quebrantaría y sujetaría a padecimiento a su siervo (Isaías 53:5, 10). Pero, ¿recibió Cristo la ira divina al morir en la cruz en lugar nuestro?

En el Antiguo Testamento la ira divina se manifestaba de dos maneras: (1) destrucción (Génesis 7:21-23; 19:24-25; Levítico 10:23; Números 16:21); (2) Dios se alejaba de quienes se habían alejado de él (Oseas 9:12; Lamentaciones 4:16). Estas dos formas de ejecución de la ira divina quedan evidenciadas en Salmo 89:46: «¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Te esconderás para siempre? ¿Arderá tu ira como *el fuego*?».

En los momentos previos a la cruz, Jesús no quería tomar «la copa» (Mateo 26:39, 42; Marcos 14:36; Lucas 22:42). ¿Por qué? ¿Qué había en aquella copa? En las Escrituras la copa es utilizada como símbolo de la «ira divina» (Jeremías 25:15; Apocalipsis 16:1). Daniel predijo que el Mesías debía venir «para terminar la prevaricación, poner fin al pecado» (Daniel 9:24). Para acabar con la prevaricación y el pecado habría que eliminar a los que pecan y prevarican, es decir, a nosotros. Sin embargo, la ira que debía caer sobre nosotros, cayó sobre el instrumento que el cielo había provisto para librarnos a nosotros: Cristo. Elena G. de White comenta que en la cruz «los pecados de los hombres descansaban pesadamente sobre Cristo, y el sentimiento de la *ira de Dios* contra el pecado abrumaba su vida» (*El Deseado de todas las gentes,* cap. 74, p. 653; la cursiva es nuestra) y más adelante agrega:

> «El inmaculado Hijo de Dios pendía de la cruz: su carne estaba lacerada por los azotes; aquellas manos que tantas veces se habían extendido para bendecir, estaban clavadas en el madero; aquellos pies tan incansables en los ministerios de amor estaban también clavados a la cruz; esa cabeza real estaba herida por la corona de espinas; aquellos labios temblorosos formulaban clamores de dolor. Y todo lo que sufrió: las gotas de sangre que cayeron de su cabeza, sus manos y sus pies, la agonía que torturó su cuerpo y la inefable angustia que llenó su alma al ocultarse el rostro de su Padre, habla a cada hijo de la humanidad y declara: Por ti consiente el Hijo de Dios en llevar esta carga de culpabilidad; por ti saquea el dominio de la muerte y abre las puertas del Paraíso. El que calmó las airadas ondas y anduvo sobre la cresta espumosa de las olas, el que hizo temblar a los demonios y huir a la enfermedad, el que abrió los ojos de los ciegos y devolvió la vida a los muertos, se ofrece como sacrificio en la cruz, y esto por amor a ti. Él, el Expiador del pecado, soporta la ira de la justicia divina y por causa tuya se hizo pecado» (*Ibíd.*, cap. 78, pp. 715, 716).

Creo que ahora tienen más sentido las palabras que Pablo: «Con mucha más razón, habiendo sido ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la *ira*» (Romanos 5:9). La sangre de Cristo nos libra de la ira, porque él ocupó nuestro lugar. La ira que

caería sobre nosotros, la recibió Cristo; y ahora su sangre nos sirve de escudo protector contra el furor divino que ha sido desatado por nuestras rebeliones.

Al descargar sobre Cristo la ira que tenía que caer sobre los pecadores, Dios satisface las exigencias de su justicia; y por lo mismo, al no derramar su ira sobre el mundo, Dios manifiesta también su amor. Así, la justicia y la misericordia obraron juntas y ambas quedaron satisfechas. [11] Ahora la salvación está disponible para todo aquel que cree, pues esta justicia «es por medio de la fe» (Romanos 3:22). En 1900 la señora White declaró por escrito: «La justicia demanda que el pecado sea no solamente perdonado sino que la pena de muerte debe ser ejecutada. Dios, al entregar a su Hijo, cumplió con ambos requerimientos. Al morir en lugar del ser humano, Cristo pagó la pena y proveyó el perdón» (Manuscrito 50).

Hay que precisar que «Dios sufrió con su Hijo» (*El Deseado de todas las gentes,* cap. 74, p. 657). No hemos de olvidar tampoco que él «estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo» (2 Corintios 5:19). La muerte del Hijo de Dios manifiesta de manera irrebatible la bondad y la justicia de Dios. Mediante la sustitución por Jesús, Dios encontró el modo de preservar la ley y proteger su justicia, y al mismo tiempo extender su misericordia al pecador culpable que confía en él. ¡Gloriosa paradoja!

## ¿Y ahora qué podemos hacer?

Cuando comencé a escribir este capítulo traté de conseguir el sermón que le mencioné al inicio. Quería rememorar la mezcla de gozo y dolor que sentí aquella noche. Por medio de mi esposa, contacté con Miqueas Fortunato, director de la emisora, a fin de que me consiguiera el sermón. Tras haber buscado arduamente en sus archivos, Miqueas nos informó que no había podido hallarlo, pero que le pareció haber leído en una matutina algunos comentarios sobre Isaías 53 emitidos por el predicador.

Fortunato tenía razón. La matutina es *Plenitud en Cristo,* y el predicador era Alejandro Bullón. Precisamente poco antes de escribir este libro yo acababa de dirigir el proceso de publicación de una nueva edición de dicha obra. La busqué, la leí, recordé más detalles del sermón y ahora comparto con usted un párrafo que Bullón mencionó en su sermón:

> «Los judíos creen que la interpretación cristiana de Isaías 53 es una inmoralidad. Esta posición parece demasiado dura, pero ellos explican: "Que un hombre malo muera por sus delitos, eso es justo y moral; pero que un ser bueno, que no le hizo mal a nadie, muera por los delitos de los pecadores, eso es inmoral"». [12]

¿Sabe usted qué hicieron los judíos a fin de poder rechazar la «inmoralidad» que conlleva el mensaje de Isaías 53? Dejaron de creer que los cantos de Isaías hacían referencia al Mesías. Es sencillo, si no puedo aceptar la verdad anunciada por el profeta, trataré de ajustarla a lo que me parezca más acorde con mis ideas.

Entonces, ¿qué haremos nosotros con este mensaje? Quizá lo primero sería otorgar la razón a los judíos: no podemos decir que sea justo que el bueno muera por los malos. Pero, ¿acaso vamos a luchar contra la gracia de Dios? ¿La rechazaremos y le diremos al Señor que nos castigue y nos condene por nuestros pecados? ¡Claro que no! Hemos de regocijarnos en que Jesús interceda por miserables pecadores como nosotros. Nuestra alma ha de henchirse de gratitud porque él experimentó el dolor que debimos sufrir nosotros. Tenemos que maravillarnos al saber que el Padre lo entregó para impedir que la ira divina cayera sobre nosotros. Lutero tenía razón cuando pronunció estas palabras: «Señor Jesús: Tú eres mi justicia así como yo soy tu pecado. Has tomado sobre ti todo lo que soy y me has dado y cubierto con todo lo que tú eres. Tomaste sobre ti lo que tú no eres y me diste lo que yo no soy». ¡Qué más podemos hacer sino aceptar esa gran verdad!

La señora White y Pablo nos dicen dos cosas más que están a nuestro alcance. En un sermón predicado en 1886 en Copenhague, Dinamarca, Elena G. de White declaró fervorosamente: «Nuestro gran Salvador ha muerto para llevarnos a Dios. Ha sufrido como nuestro sacrificio y todo esto fue para que pudiésemos quedar libres de pecado, limpios de toda iniquidad. La sangre purificadora de Cristo es suficiente para que hablemos desde la mañana hasta la noche» (*Sermones escogidos,* tomo 1, cap. 6, p. 49). Por su parte, con Pablo no queda más alternativa que clamar: «El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y él por todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Corintios 5:14, 15). Por tanto, si Cristo murió por nosotros, (1) hablemos de su sacrificio más que de cualquier otra cosa y (2) dejemos de vivir para complacer la mirada insaciable de los demás y comencemos a vivir para él.

---

**Referencias**

[1] Citado por Roy Gane, *Altar Call* (Berrien Springs: DIADEM, 1999), p. 107.
[2] Citado por George R. Knight, *La cruz de Cristo* (Doral: APIA, 2009), p. 76.
[3] Para obtener un resumen de las principales posiciones consulte Bernd Janowski y Peter Stuhlmacher, eds., *The Suffering Servant: Isaiah 53 in Jewish and Christian Sources* (Grand Rapids: Eerdmans, 2004).
[4] Para más detalles, ver Michael L. Brown, «Jewish Interpretations of Isaiah 53» en Darell Bock y Mitch Glaser, eds., *The Gospel According to Isaiah 53* (Grand Rapids: Kregel Academic & Professional, 2013), pp. 61-87.
[5] Ver nota anterior, p. 62.
[6] John Stott, *La cruz de Cristo* (Buenos Aires: Certeza, 1996), p. 164.
[7] J. A. Motyer, *Isaías* (Barcelona: Andamio, 2009), p. 578.
[8] Donald A. Carson, *Escándalo: La cruz y la resurrección de Jesús* (Barcelona: Andamio, 2011), p. 41.
[9] Para un análisis de la posición de Dodd, ver a Roger N. Nicole, «C. H. Dodd and the Doctrine of Propiciation», *Westminster Theological Journal*, 17 Nº 2 (1955), pp. 117-157; Leon Morris, *The Apostolic Preaching of the Cross* (Grand Rapids, MÍ: William B. Eerdman, 1994), pp. 144-213.
[10] Moulton and Milligan, *Vocabulary of the New Testament*, (Peabody: Hendrickson, 1997), p. 303.
[11] John Piper, «The demostration of the Righteousness of God in Romans 3: 25, 26», *Journal for the Study of the New Testament*, vol. 7 (1980), pp. 2-32.
[12] Alejandro Bullón, *Plenitud en Cristo* (Doral: APIA, 2013), p. 318.

# 8

# Cristo, nuestro Sumo Sacerdote

En cierta ocasión el científico suizo Louis Agassiz y su hermano menor recibieron de parte de su madre el encargo de llevar algo a su padre. Sin embargo, para poder cumplir la orden de su progenitora, tenían que atravesar un lago que estaba hecho todo un bloque de hielo. Tras haber analizado la situación, decidieron lanzarse a la aventura bajo la mirada protectora de su madre. Cuando casi estaban llegando al lado opuesto, la madre logró divisar una grieta muy amplia que se hallaba delante de ellos. Louis no tuvo problemas en saltar la brecha del lago; no obstante, su hermano menor era muy pequeño y no tenía la capacidad de cruzar la abertura por sí mismo como lo había hecho su hermano mayor. La madre, que veía con expectación lo que estaba pasando, solo atinó a exclamar: «¡El pequeño caerá en el agua y se ahogará! No puede dar un salto tan largo».

Entonces, sucedió lo inesperado, Louis se extendió por encima de la grieta y logró fijar sus manos hasta donde se encontraba su hermano menor. Su cuerpo sirvió de puente para que el más pequeño cruzara, y de esa forma evitó que su hermanito cayera en las gélidas aguas. [1]

Si usted tuviera que darle un apodo a Louis por tan valiente acto, ¿cuál sería? ¿Ya sabe cómo lo llamará? Muy bien. Ahora le revelaré mi propuesta: yo lo llamaría «pontífice». ¿Le sorprende que lo llame así? Entiendo su desconcierto, ya que cuando oímos dicha expresión de inmediato la asociamos con el obispo Roma, a quien la Iglesia Católica considera el «Sumo Pontífice» De paso, en su primera audiencia ante miembros del cuerpo diplomático acreditados en el Vaticano, el papa Francisco declaró: «Uno de los títulos del obispo de Roma es "Pontífice", es decir, el que construye puentes, entre Dios y los hombres». ¿Estoy di-

ciendo que Louis Agassiz se convirtió en un «papa» cuando usó su cuerpo para salvar a su hermano? En absoluto. Louis se convirtió en «pontífice» porque dicha palabra, en realidad, significa «el que establece un puente». Louis fue un puente para que su hermano menor no muriera y pudiera cruzar el lago.

¿Y qué tiene que ver la construcción de un puente con el tema del santuario? Curiosamente, cuando Jerónimo de Estridón vertió el Nuevo Testamento del griego al latín, tradujo la palabra griega *archiereos,* sumo sacerdote, como *pontifex*. En la Vulgata Latina, Jesús es llamado *pontifex* en Hebreos 2:17; 3:1; 4:14, 15; entre otros pasajes. La Reina-Valera antigua (1602, 1909) usa «pontífice» en lugar de «Sumo Sacerdote» en todos los casos. En todos los casos, las versiones modernas suelen traducir *pontifex* como «sumo sacerdote». Es que si una persona ejerce las funciones de puente entre Dios y los seres humanos está desempeñando el papel de un sumo sacerdote. Eso mismo fue lo que hizo Jesús cuando se extendió entre el cielo y la tierra para que nosotros pudiéramos tener acceso al Padre. Como usted sabrá, la brecha que nos separó del cielo se abrió a causa de nuestros pecados. El profeta Isaías lo dice sin ambages: «Pero las iniquidades de ustedes han hecho separación entre ustedes y su Dios» (Isaías 59:2, NBLH). Para eliminar tal separación resultaba inevitable e inminente la construcción de un «puente» que abriera un camino entre los pecadores y el Dios santo. Por supuesto, el interés por establecer esta vía de acceso y comunicación no se originó en la tierra sino en el cielo.

## El sacerdocio del Antiguo Testamento

Muchos años después de la entrada del pecado, el Señor decidió salir en busca de sus hijos y rescatarlos de la esclavitud egipcia. Para llevar a cabo su plan de liberación Dios suscitó un instrumento que sirvió como puente a través del cual fluyó la comunicación con su pueblo. Ese puente fue Moisés. Desde Éxodo 3 hasta Éxodo 19 el otrora príncipe de Egipto hizo las veces de vía de comunicación entre el Señor y los israelitas. Sin duda que usted conoce el resto de la historia, por lo que no es necesario que entremos en detalles.

Sin embargo, no podemos pasar por alto que, tan pronto Israel quedó en libertad, el Señor dispuso categóricamente que todos marcharan hacia al monte Sinaí. ¿Por qué ese lugar? Porque ese era «el monte de Dios». En realidad, «Horeb y Sinaí son dos nombres para la misma montaña». [2] Fue allí donde Moisés recibió el primer mensaje que había de presentar ante el faraón (Éxodo 3:1). [3] Al llevarlos al Sinaí, el Señor se propuso hacer de ellos lo mismo que había hecho de Moisés: sus mensajeros. Por eso, cuando estableció su pacto con Israel, les aseguró que serían «un reino de sacerdotes, un pueblo consagrado a mí» (Éxodo 19:6, DHH). En Egipto el faraón era al mismo tiempo rey y jefe de los sacerdotes. Nadie podía tomar parte activa en los rituales a menos que el faraón le hubiese delegado tal función. [4] Al declarar que todos los israelitas serían sus sacerdotes, el Señor se

está proclamando como el verdadero rey de la nación hebrea. Fíjese que Dios no dijo que ellos tendrían un reino *con* sacerdotes, sino que ellos serían un reino *de* sacerdotes. *Todos* tendrían funciones sacerdotales. Esto planteaba una completa novedad en las relaciones del Señor con sus hijos, porque hasta ese momento los únicos sacerdotes mencionados en las Escrituras no eran descendientes de Abraham, sino ciudadanos extranjeros: Melquisedec (Génesis 14:18); On (Génesis 41:45) y Jetro (Éxodo 3:1).

En el ideal divino no había exclusivismo alguno; todos los integrantes de la nación formarían parte de la clase sacerdotal. La palabra hebrea usada por Moisés, y que ha sido traducida como sacerdote, fechen, es un doblete de *kun,* cuyo significado básico es «estar delante de». [5] En reiteradas ocasiones la Biblia presenta al sacerdote como alguien que está «delante de Jehová» (Levítico 1:11; 4:6; 6:7; Números 6:16). Cuando Dios denomina a su pueblo un reino de sacerdotes está pregonando ante el universo que ellos pueden estar delante de él sin ningún tipo de estorbo. En otras palabras, todos los miembros del pueblo tendrían el excepcional privilegio sacerdotal de tener libre acceso a Dios. [6] Fueron comisionados como «ministros de los asuntos sagrados». [7] Isaías recalcaría esta verdad cientos de años más tarde al proclamar: «Ustedes serán llamados sacerdotes de Jehová, ministros de nuestro Dios» (Isaías 61:6).

Quizá usted se sienta confundido y dirá para sus adentros: «Pero Vladimir ya dijo en un capítulo anterior que únicamente la tribu de Leví tenía funciones sacerdotales, ¿por qué ahora dice que todo el pueblo podía estar delante de Dios?». En primer lugar, que quede bien claro que es Dios el que indica que todo el pueblo sería «un reino de sacerdotes», no yo. La pregunta aquí sería: ¿Por qué si todo el pueblo iba a gozar de un rango sacerdotal, la tribu de Leví fue la única que acabó ministrando en el templo?

Cometeremos un grave error si, al tratar de responder esta pregunta, obviamos que cuando Moisés mencionó al pueblo las exigencias del pacto, a una voz los israelitas respondieron: «Cumpliremos con todo lo que el Señor nos ha ordenado» (Éxodo 19:8, NVI). Por tanto, aceptaron el desafío de ejercer las funciones de sacerdotes. Tras esta respuesta positiva, Dios ordenó dar el siguiente paso: preparar al pueblo a fin de que todos estuvieran listos para presentarse delante de él. Llamó a Moisés y le dijo: «Ve y *prepara al pueblo* hoy y mañana para que me rinda culto. Deben lavarse la ropa y prepararse para pasado mañana, porque pasado mañana bajaré yo, el Señor, al monte Sinaí, a la vista de todo el pueblo» (Éxodo 19:10, 11, DHH).

Como era de esperar, al tercer día el «pueblo salió para recibir a Dios» (versículo 17). Sin embargo, las cosas tomaron un rumbo diferente cuando los israelitas vieron que «todo el Sinaí humeaba [...]. El humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía violentamente» (versículo 18). Luego, el Señor proclamó los Diez Mandamientos en medio de estruendos, relámpagos, bocinas, y entonces ocurrió lo insospechado: «Al ver esto, el pueblo tuvo miedo y *se mantuvo alejado.* Entonces dijeron a Moisés: "Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; *pero no hable Dios con nosotros,* para que no muramos"» (Éxodo 20:18, 19).

¿Nos damos cuenta de lo que está sucediendo? El Señor sale a encontrarse con sus hijos y, llegado el momento preciso para estar «delante de él» como sus sacerdotes, ellos le dicen a Moisés que prefieren que él sea el puente de comunicación entre ellos y Jehová. [8] ¡Inaudito!

La nación rehusó el privilegio de ser un reino *de* sacerdotes. Ni siquiera puedo imaginarme la inmensa desilusión que se debió llevar el Señor al ver que su pueblo amado había rechazado tener acceso directo a él. Dios quedó como el novio al que le dan plantón en el altar mismo el día de la boda. Por supuesto, desde nuestros cómodos asientos podríamos suponer, quizá con justa razón, que los israelitas fueron muy malos; pero en lugar de emitir un juicio de valor sobre ellos, mejor nos valdría preguntarnos si no será que nosotros también hemos cometido el mismo error. ¿Cuántas veces hemos destruido la ilusión que nuestro Padre celestial tenía con nosotros y lo hemos dejado plantado en el altar?

Volvamos a Éxodo. Lamentablemente, la decisión del pueblo fue causa de que Dios reconsiderara su ideal y suscitó la necesidad de establecer un sistema de mediación sacerdotal. Este nuevo orden de culto estaría a cargo de los levitas; en especial, la familia de Aarón. He aquí sus palabras: «Harás que Aarón, tu hermano, junto a sus hijos, se acerquen a ti para que sean mis sacerdotes entre los hijos de Israel» (Éxodo 28:1). ¿Por qué esta tribu? Dejemos que Elena G. de White nos ofrezca la respuesta:

> «Por instrucción divina se apartó a la tribu de Leví para el servicio del santuario. En tiempos anteriores, cada hombre era sacerdote de su propia casa. En los días de Abraham, por derecho de nacimiento, el sacerdocio recaía sobre el hijo mayor. Ahora, en lugar del primogénito de todo Israel, el Señor escogió a la tribu de Leví para trabajar en el santuario. Mediante este gran honor, Dios manifestó su aprobación por la fidelidad de los levitas, tanto por haberse adherido a su servicio como por haber ejecutado sus juicios cuando Israel apostató al rendir culto al becerro de oro. El sacerdocio, no obstante, se restringió a la familia de Aarón. Aarón y sus hijos fueron los únicos a quienes se les permitió ministrar ante el Señor; al resto de la tribu se le encargó el cuidado del tabernáculo y su mobiliario; además debían ayudar a los sacerdotes en su ministerio, pero no podían ofrecer sacrificios, ni quemar incienso, ni mirar los santos objetos hasta que estuvieran cubiertos» (*Patriarcas y profetas*, cap. 30, p. 318).

Conviene precisar que, aunque los levitas manifestaron un elevado grado de fidelidad en medio de la apostasía generalizada, siempre debían tener presente que su sacerdocio era «un don de servicio» a favor del resto de la nación (Números 18:7). Que dicho ministerio les fuera concedido como «un don» habría de servir como un antídoto cuyo expreso propósito era evitar cualquier actitud legalista que pudiera socavar la verdad que proclamaba que ellos fueron elegidos por la gracia divina.

# Dos funciones de los sacerdotes en el Antiguo Testamento

¿Qué funciones desempeñarían estos nuevos sacerdotes? Por asunto de espacio nada más abordaré dos: (1) ofrecer sacrificios y (2) instruir al pueblo.

Respecto a la primera, el autor de Hebreos dice lo siguiente: «Porque todo sumo sacerdote es escogido de entre los hombres y constituido a favor de los hombres ante Dios, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados, él puede mostrarse paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de debilidad, por causa de la cual debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo» (Hebreos 5:1-3). Más adelante, hace esta afirmación: «Todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios» (Hebreos 8:3). Un sacerdote que no tuviera ofrenda sacrificial, no merecía ni siquiera estar cerca del santuario. Hebreos recalca que para cumplir eficazmente con su trabajo, todo sacerdote debía «ser paciente» con los demás. En otras palabras, no podía cansarse de ofrecer sacrificios por los pecados de los extraviados e ignorantes.

¿Sabe usted por qué? Por la sencilla razón de que él también era un mortal pecador. El sacerdote no era escogido de entre los ángeles, sino de entre los hombres. Ello pone de manifiesto que la naturaleza del sacerdote era tan proclive a la maldad como la del resto del pueblo. De ahí que el primer deber del sacerdote consistía en ofrecer sacrificios por sus propios pecados. Como dice 1 Reyes 8:46: «No hay ser humano que no peque». Esta sentencia también incluye a los sacerdotes.

Por tanto, aunque el antiguo modelo sacerdotal había sido un medio de bendición para todos, al mismo tiempo tenía una grave limitación: el sacerdote no era mejor que el oferente. El profeta Oseas relata que la corrupción que imperaba en los círculos sacerdotales de su tiempo era de tal naturaleza que Dios mismo se vio obligado a tomar la decisión de echar a esa gente del sacerdocio (Oseas 4:6). Esta conducta deplorable por parte de los sacerdotes exponía ante el universo la urgente necesidad del establecimiento de un nuevo y mejor sistema sacerdotal que estuviera encabezado por un sacerdote distinto, uno que no fuera pecador.

La segunda función clave del sacerdote consistía en instruir al pueblo respecto al conocimiento de la voluntad divina (ver Números 27: 21). Era su responsabilidad «enseñar a los hijos de Israel todos los estatutos que Jehová les había dado por medio de Moisés» (Levítico 10:10; *cf.* Deuteronomio 33:10). Esto incluía orientar a la nación en asuntos relacionados con la pureza, los sacrificios y con temas de índole judicial (Deuteronomio 17:9). [9] Bien lo dijo Malaquías: «Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley; porque es mensajero de Jehová de los ejércitos» (Malaquías 2:7). A la vez que el sacerdote ofrecía sacrificios por los pecados del pueblo, también tenía que cumplir con su deber de enseñar a los individuos para que no pecaran.

No obstante, debido a sus limitaciones humanas el sacerdote no siempre fue capaz de conocer plenamente la revelación divina. Por ejemplo, ni Moisés ni Aarón sabían qué hacer con el hombre que había sido capturado cortando leña en sábado (Números 15:32-36). Tampoco supieron cómo dirimir la situación que plantearon las hijas de Zelofehad (Números 27:1-11). El sumo sacerdote Eli no fue capaz de distinguir a una mujer que oraba de una borracha (1 Samuel 1:12-15). Estos ejemplos no comportan nada grave; pero el gran problema del sacerdocio del Antiguo Testamento es que llegó al punto de ni siquiera enseñar adecuadamente los principios básicos que habrían de regir a la nación escogida. Dios anunció que su «pueblo fue destruido porque le faltó conocimiento» (Oseas 4:6; *cf.* Isaías 1:3). ¿Por qué? Porque el sacerdote descuidó su función magisterial, lo cual provocó que toda una nación perdiera sus privilegios divinos. Malaquías acusó a los sacerdotes de haber «hecho tropezar a muchos en la ley» (Malaquías 2: 8).

Evidentemente, a estos hombres, cumplir con eficacia y responsabilidad su función como orientadores espirituales del pueblo de Dios le resultaba extremadamente difícil. Además de ser pecadores, jamás fueron capaces de conocer «todo el consejo de Dios». Una vez más se impone la necesidad de un mejor sacerdote, uno que sí pueda conocer todo lo que Dios quiere enseñarnos y que pueda hacerlo con fidelidad. ¿Quién sería ese sacerdote? Solo existe una respuesta: Jesús.

## Un mejor sacerdote

Para nadie es un secreto que el libro de Hebreos presenta de manera inequívoca que, en todos los sentidos, el sacerdocio de Cristo es superior al sacerdocio levítico. De hecho, aunque podemos encontrar vestigios de la obra sacerdotal de Cristo en todo el Nuevo Testamento, Hebreos es el único libro canónico que se refiere explícitamente al Señor como sacerdote. Ello pone de manifiesto que si queremos obtener una idea clara de la obra mediadora de Jesús, hemos de dirigir nuestra atención a dicho libro. Recientemente coordiné la publicación en español de una obra digna de ser leída por todos: *Gracia para el oportuno socorro: El mensaje de Hebreos hoy.* Reproduzco una declaración de su autor, el doctor William G. Johnson: «A lo largo del libro de Hebreos, el apóstol no trata de *demostrar* que Jesús es sumo sacerdote, sino más bien de establecer *qué* clase de sumo sacerdote es». [10] Reflexionemos sobre algunos aspectos relacionados con qué clase de sacerdote es Jesús.

### Un sacerdote misericordioso

Jesús ejerce un ministerio sacerdotal lleno de misericordia y fidelidad. La gente siempre ha precisado de sacerdotes misericordiosos y fieles. Lo triste del caso es que muchas veces se ha pasado por alto que ese tipo de sacerdote solo se halla

en Jesús. ¿No ha notado que su vecino insiste en buscar misericordia y fidelidad confesando sus pecados ante un sacerdote católico? Quizás él no sepa por qué lo hace; pero dicha práctica está enraizada en ese deseo humano de hablar con alguien que tenga la capacidad o la disposición de entenderlo y ofrecerle una respuesta bondadosa. El falso sistema de mediación sacerdotal que existe en la iglesia popular surgió a raíz de las terribles persecuciones que se lanzaron contra los cristianos desde mediados del siglo 111 hasta principios del siglo IV.

En 250 el emperador Decio decretó que los cristianos debían abandonar su fe o morir. Como era de esperar, muchos sellaron su fidelidad al Señor con su propia vida. Pero otros sucumbieron y decidieron ofrecer sacrificios al emperador. Tras ceder un poco el fuego de la persecución, algunos recapacitaron y pidieron ser admitidos de nuevo en la iglesia. El tema de la reinstauración de los apóstatas suscitó arduos debates. Un grupo decía que esa gente no debía volver a formar parte del cuerpo de Cristo. Personajes de la talla de Tertuliano y Novaciano creían que la apostasía era un pecado imperdonable y que, por ende, los apóstatas no debían volver a ser admitidos en la comunidad de creyentes. Pero otros diferían de esta opinión. Por ejemplo, Cornelio, el obispo de Roma, argüía que todo el que se arrepintiera de su apostasía podía ser perdonado.

Si a usted le hubiera tocado vivir en aquella época, ¿a quién acudiría? ¿Al obispo de Roma, que perdona y acepta, o a Novaciano, que condena para siempre? ¿Qué cree usted que hizo la gente? Evidentemente, la mayoría acudió al obispo de Roma, pues la gente de aquella época, igual que nosotros, quería recibir empatía y perdón. Lamentablemente, ese asunto fue degenerando y el obispo de Roma terminó adjudicándose el derecho exclusivo de perdonar pecados y se consideró a sí mismo como el único puente-pontífice que existe entre Dios y los hombres. Quizá, si desde el principio Novaciano y su grupo hubieran manifestado más misericordia y perdón, habría sido más difícil para el enemigo poder establecer un sistema de mediación falsa que terminaría usurpando la obra sacerdotal de Cristo.

Por suerte para nosotros, el mensaje de Hebreos sigue siendo que en todo momento, en los tiempos de Decio o en los nuestros, si el pecador quiere hallar perdón, Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, siempre estaría listo para perdonarnos y admitirnos en su iglesia. Hebreos describe la mediación sacerdotal del Señor como un elemento continuo, pues él «vive siempre para interceder por ellos» (Hebreos 7:26, NVI). Si por alguna razón, usted siente que su vida espiritual está a punto de desfallecer a causa de las pruebas y dificultades, y que sus pecados se han convertido en una pena que lo ahoga, recuerde que puede acercarse «confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (Hebreos 4:16). Usted puede confiar en un sacerdote que es «autor de eterna salvación» (Hebreos 5:9). Como bien lo dijo Moisés, «Dios es grande en misericordia» (Éxodo 34:6). De hecho, nuestro Señor anhela que todos lleguemos a ser «monumentos de la misericordia de Dios y de la eficacia de la sangre de Cristo para limpiar del pecado» *(Los hechos de los apóstoles,* cap. 24, p. 189).

Un sacerdote misericordioso y fiel fue quien ministró a favor de la mujer pecadora de Juan 8 y trató con misericordia al tramposo de Zaqueo. Fue Jesús quien restauró a Pedro, después de que el bravucón apóstol lo hubo negado tres veces. Cristo es el sacerdote que lo ha tratado a usted con misericordia y bondad, que le ha perdonado todos sus pecados. ¿Sabe por qué? Porque él es fiel. ¿Fiel a qué? Fiel a su palabra de perdonar «todo pecado y blasfemia» (Mateo 12:31). Si ese sacerdote es capaz de perdonar todo pecado, ¿por qué seguir rehusando acudir a él y procurar el perdón que tanto anhelamos? Las palabras de Juan no podían ser más claras: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1: 9). No sé usted, pero yo no busco un sacerdote que me condene; yo anhelo uno que me mire a los ojos, penetre hasta lo más recóndito del alma y me diga: «Hijo, tus pecados te son perdonados» (Mar. 2: 5). ¡Ese sacerdote es Jesús!

## Un sacerdote humilde

En los tiempos del Nuevo Testamento la función de sumo sacerdote implicaba ocupar la posición más encumbrada de la comunidad judía. Más que un servidor, el sumo sumosacerdocio había devenido en una posición principesca. Emil Schürer dice claramente que los «sumos sacerdotes de la época premacabea y los de la asmonea no eran simples sacerdotes, sino también príncipes». [11] Encontramos un ejemplo de esto en el primer libro de los Macabeos, uno de los apócrifos, cuando relata que Jonatán, el sumo sacerdote, asistió «con gran pompa» a la boda del rey Alejandro, se entrevistó con reyes, y «les ofreció regalos de oro y plata, y muchas otras cosas, y se ganó su amistad» (1 Macabeos 10: 60, DHH). El rey Alejandro «lo cubrió de honores, lo inscribió en el grupo de los primeros amigos del rey, y lo nombró jefe militar y gobernador de la provincia» (versículo 65). Es evidente que aquel sumo sacerdote era un gran personaje.

La búsqueda de este tipo de gloria mundanal impulsó a Jasón a traicionar a su hermano Onías, que era el sumo sacerdote, y tras ofrecer una enorme fortuna a Antíoco Epífanes, «compró con dinero el cargo de sumo sacerdote» (2 Macabeos 4:7, DHH). Pero llegó un mejor cliente, Menelao, que le pagó a Antíoco un poco más de dinero y consiguió que «le diera el cargo de sumo sacerdote» (vers. 24). Lo más terrible de todo esto es que algunos llegaron a apoyarse en la misma ley de Moisés para conseguir el puesto y poder acceder a los emolumentos del sumosacerdocio. No cabe duda de que usted y yo estaríamos de acuerdo en afirmar que estos últimos eran los más espirituales. Josefo relata que Antígono le arrancó la oreja de un mordisco al sumo sacerdote Hircano. Luego se basó en tal defecto físico para asegurarse de que Hircano jamás pudiera ni siquiera acercarse al templo. No olvide que la ley prohibía que una persona con defectos físicos llegara a formar parte del círculo sacerdotal (Levítico 21:18). ¡Bravo por Antígono! Era un hombre muy celoso de que se cumpliera un «Así dice el Señor». Por eso Albert Vanhoye afirma que «en las costumbres de aquel tiempo el camino de acceso al sacerdocio era el de la ambición». [12] Quizá que nos sea de mucha utilidad reflexionar sobre esta pregunta: ¿Cuántos de nosotros habremos utilizado alguna

porción de la Santa Palabra para justificar nuestras no santificadas ambiciones personales y humillar a quienes pudieran evitar que cumplamos con nuestro inicuo deseo?

Mi querido lector, el caso es que llegar a ser sumo sacerdote siempre fue un gran privilegio. Y no es para menos, pues el que ostentaba dicho cargo era «el jefe político de la nación». [13] ¿Y qué tiene que ver toda esta perorata histórica con Cristo?

Vamos a aplicar el método de estudio de la lección de la Escuela Sabática. Aquí tiene una pregunta y, tras haber leído el texto bíblico, usted la responderá. ¿Qué necesita Cristo para llegar a ser sumo sacerdote? Lea Hebreos 2:17. ¿Ya sabe la respuesta? Si Jesús quería llegar a ser nuestro sumo sacerdote, «debía ser en todo semejante a sus hermanos». Tenga presente que el autor de Hebreos ya había afirmado en el capítulo anterior que Cristo es superior a los ángeles, que él fue el creador del universo, que en él podíamos contemplar la gloria del Señor, que Jesús es Dios por los siglos de los siglos (Hebreos 1:2, 3, 9). Sin embargo, ese ser majestuoso si quería llegar a ser nuestro sumo sacerdote, el «puente» entre el Dios y los pecadores, «debía» convertirse en uno de nosotros. Como leímos más arriba si «todo sumo sacerdote es escogido de entre los hombres», entonces el Dios del cielo, para poder ejercer como nuestro sumo sacerdote en el santuario celestial, tenía que «humillarse a sí mismo», encarnarse y vivir entre nosotros (Filipenses 2:5-7). El autor de Hebreos es contundente: el Hijo de Dios se encarnó para convertirse en nuestro sumo sacerdote.

Al hacerse carne y «habitar entre nosotros», Cristo se preparó para enfrentarse a la muerte, destruir al diablo y abrir el camino para que todos nosotros tengamos entrada al reino de los cielos. Para Jesús, el ministerio sumosacerdotal no es una senda que conduzca hacia la gloria y la grandeza, sino hacia la humildad y el servicio a favor de los que buscan ser humildes como él. No se colocó por encima del pueblo, sino que se hizo uno del pueblo. Pero, ¿por qué lo hizo? Porque resulta «casi imposible entender a alguien a menos que uno pueda identificarse con su experiencia». [14] Si quería salvarnos e identificarse con nosotros, Jesús tenía que experimentar por en sí mismo lo que implica tratar de ser fiel a Dios en el terreno del diablo. Por eso el Señor se enfrentó a «los aspectos más dramáticos y más dolorosos de la existencia humana: las pruebas y las tentaciones, los sufrimientos y la muerte», [15] y ahora él puede «compadecerse de nuestras debilidades» (Hebreos 4:15).

¿Acaso no es eso lo que necesitamos: un sacerdote que pueda dejar de lado la ostentación de su altar y descender a los más profundos abismos de nuestra existencia? La humildad sacerdotal de Cristo quedó evidenciada a lo largo de su ministerio terrenal. El leproso no requería un sacerdote que, tras haberle certificado que estaba contaminado con tan terrible plaga, lo excomulgara del pueblo; él precisaba sentir el roce y el palpitar suave de una mano sacerdotal que lo curara. Jesús lo hizo. Mientras el sumo sacerdote evitaba estar cerca de un cadáver, la viuda de Naín anhelaba la llegada de un sacerdote que tocara a su hijo muerto y lo resucitara. Jesús lo hizo. Las leyes sacerdotales prohibían a Mateo que se acer-

cara al templo, pero el cobrador de impuestos necesitaba un sacerdote que lo llamara a estar a su lado. Jesús lo hizo. Elena G. de White escribió: «Al revestirse de la humanidad, nuestro Salvador une sus intereses con los de los caídos hijos e hijas de Adán» (*El Deseado de todas las gentes,* cap. 14, p. 121). Sí, Cristo une el cielo con la tierra. Pablo afirma categóricamente que solo existe «un mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo *hombre*» (1 Timoteo 2:5).

Un día, en Escocia, John Foster llegó a su casa y encontró a su hija llorando con gran amargura.

—¿Por qué lloras? —le preguntó.

—Lloro porque, en China, los tanques japoneses han entrado en Cantón.

Mucha gente no había dado importancia a la noticia. Pero ella, cuando lo supo, lloró porque había nacido en Cantón. Era la ciudad donde se había criado. Allí estaban sus amigos y sus maestros. Se solidarizaba con el sufrimiento que la invasión japonesa provocaría a aquella gente porque ella formaba parte de ellos.

Quizá usted se pregunte: «¿Y por qué Jesús está listo para socorrernos?». La respuesta es porque él se solidariza con nuestros problemas y se identifica con nuestras luchas. «Cuando tenemos algo triste que contar, cuando la vida nos ha calado hasta los huesos con sus lágrimas, no acudimos a un Dios que es incapaz de comprender lo que nos ha sucedido, sino que acudimos a un Dios que ha estado allí. Por eso mismo, si podemos decirlo así, le resulta tan fácil comprender, ayudar y perdonar». [16]

Un rasgo distintivo del sumosacerdocio de Jesús es que, a pesar de que conoce bien lo que significa vivir en este mundo, él no tiene que ofrecer sacrificios por sus propios pecados, pues él es un sumo sacerdote «santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores y hecho más sublime que los cielos» (Hebreos 7:26). Lo interesante es que aunque es más sublime que los cielos, Jesús insiste en ser el puente a través del cual podemos tener un vínculo permanente con Dios. Él es el pontífice que permite que gente pecadora, como usted y como yo, abriguemos en nuestra alma la seguridad de que tenemos acceso directo al trono de Dios. ¡Qué humilde es nuestro Señor! Se humilló para poder ser nuestro sumo sacerdote. ¿No le gustaría avanzar hacia la eternidad caminando por ese puente?

**Referencias**

[1] Samuel Vila, *Enciclopedia de anécdotas e ilustraciones* (Terrassa, Barcelona: CLIE, 2003), tomo 2, p. 60.

[2] Francis D. Nichol, ed., *Comentario bíblico adventista* (Buenos Aires: ACES, 1992), tomo 1, p. 520.

[3] Tremper Longman III, *How to Read Exodus* (Downers Grove, Ilinois: InterVarsity, 2009), p. 120.

[4] John H. Walton, *Ancient Near Eastern Thought and the Old Testament* (Grand Rapids: Baker Academic, 2006), p. 130.

[5] W. Dommershausen, «kohen» en G. Johannes Botterweck, Helmer Ringgren y Heinz-Iosef Fabry, eds., *Theological Dictionary of the Old Testament* (Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans, 1995), vol. VII, p. 66.

[6] R. Alan Cole, *Exodus.* Tyndale Old Testament Commentaries (Ilinois: InterVarsity, 1973), p. 153.

[7] I. Barton Payne, «kohen» en R. Laird Harris, Gleason L. Archer, Jr. y Bruce K. Waltke, eds., *Theological Wordbook of the Old Testament* (Chicago: Moody, 1980), p. 431.

[8] Walter C. Kaiser, *Toward an Old Testament Theology* (Grand Rapids: Zondervan, 1978), p. 109.

[9] Philip Jenson, «khn» en Willem A. VanGemeren, ed,, *New International Dictionary of Old Testament Theology & Exegesis* (Grand Rapids: Zondervan, 1997), t. 2, p. 602.

[10] *Gracia para el oportuno socorro* (Doral: APIA, 2013), p. 87. La cursiva es del autor.

[11] Emil Schürer, *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús* (Madrid: Cristiandad, 1985), 1.11, p. 303. Para detalles adicionales sobre el sacerdocio en estos tiempos, ver H. W. Basser, «Priest and Priesthood, Jewish» en Craig Evans y Stanley Porter, eds., *Dictionary of the New Testament Background* (Downers Grove, Ilinois: InterVarsity, 2000), pp. 824-827.

[12] *Albert Vanhoye,* Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el Nuevo Testamento *(Salamanca: Sígueme, 1984), p. 83.*

[13] Emil Schürer, *obra citada,* p. 303.

[14] *Exploring Hebrews. A Devocional Commentary* (Hagerstown: Review and Herad, 2003), p. 57.

[15] Albert Vanhoye, *obra citada,* p. 85.

[16] William Barclay, *Comentario al Nuevo Testamento: 17 tomos en 1* (Barcelona: CLIE, 2008), p. 892.

# 9

# Investigando el Juicio Investigador

El 24 de enero de 1995 comenzó el que en su momento fue calificado como el juicio del siglo. Ese día, Marcia Clark, representando al estado de California, acusó a O. J. Simpson, exestrella de fútbol americano, de haber asesinado a Nichole Brown, su exmujer, y a Ronald Goldman, un amigo de esta. Simpson no se quedó de brazos cruzados y contrató a un equipo defensor integrado por nueve abogados cuyo costo superó los cuatro millones de dólares. El juicio duró ciento treinta y tres días; más de ciento ochenta personas testificaron ante el juez Lance Ito. Daba la impresión de que los Estados Unidos se partían en dos mitades. Por un lado estaban los blancos, que a todas luces se inclinaban por la culpabilidad de quien había sido considerado «el novio de América». Del otro lado se hallaba la comunidad afroamericana, que abogaba por la inocencia de Simpson.

El 3 de octubre de 1995, frente a una audiencia de ciento cincuenta millones de televidentes, y tras un juicio que había estado repleto de irregularidades, el jurado emitió su veredicto: «Inocente». Este «fue el acontecimiento televisado con más audiencia de la historia». [1] Simpson logró ante la justicia lo que también había hecho en el terreno de juego: ser escurridizo.

En la actualidad se está llevando a cabo un juicio que, aunque no goza de la popularidad ni de la cobertura mediática que tuvo el de O. J. Simpson, incluye un proceso de investigación en el que participan millones y millones de personas, y usted, amigo lector, está citado a comparecer en dicho juicio. El libro de Apocalipsis alude a dicho proceso judicial con estas palabras: «En medio del cielo vi volar otro ángel que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los habitantes de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo. Decía a gran voz: "¡Temed a Dios y dadle

gloria, porque la hora de su juicio ha llegado. Adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas!"» (Apocalipsis 14: 6, 7).

Sin duda, hay quienes no ocultan su aprensión a la idea de un juicio celestial y, basándose en la traducción que la Nueva Versión Internacional hace de Juan 5:24 —«Ciertamente les aseguro que el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna y no *será juzgado,* sino que ha pasado de la muerte a la vida»—, arguyen que los cristianos no serán juzgados; por lo tanto, no tendrán que comparecer ante el tribunal divino. Aunque la idea parezca muy atractiva, es completamente falsa.

En primer lugar, pasa por alto el hecho de que los cristianos son acusados día y noche ante el trono de Dios (Apocalipsis 12:10). ¿Acaso no será necesario que un juez dictamine la veracidad o la falsedad de tales acusaciones? Estas imputaciones han de ser dirimidas en un tribunal competente y libre de toda sospecha. Así que, resulta sumamente importante que los cristianos acudamos al juicio a fin de que nuestro Abogado pueda entablar pleito contra nuestro acusador. En segundo lugar, creer que el cristiano no será juzgado obvia por completo varios pasajes bíblicos en los que, sin lugar a dudas, se pone de manifiesto la participación de los cristianos en un proceso judicial cósmico que precederá a la segunda venida de Cristo. Por ejemplo, Pablo advirtió a los creyentes de Roma que «todos compareceremos ante el tribunal de Cristo» (Romanos 14: 10). A los corintios les dijo que «es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada cual reciba conforme a lo que hizo durante su vida mortal, el bien o el mal» (2 Corintios 5:10, BJ). Y Pedro no se queda atrás y agrega que «es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios» (1 Pedro 4:17).

Por tanto, si estos pasajes expresan con suma claridad que los cristianos han de ser juzgados, ¿cuál es el significado de Juan 5:24? Si leemos este texto en otras versiones bíblicas, encontraremos que este pasaje se ha traducido de otra manera. Por citar un solo caso, la versión Dios Habla Hoy lo resuelve con estas palabras: «Les aseguro que quien presta atención a lo que yo digo y cree en el que me envió, tiene vida eterna; y no será condenado, pues ya ha pasado de la muerte a la vida».

Fíjese la gran diferencia que hay entre las traducciones: «No será juzgado» (NVI); «No será condenado» (DHH). Que una persona no sea juzgada es muy distinto a que no sea condenada tras haber sido sometida a juicio. El caso es que la palabra griega *krisis* significa tanto juicio como condenación. [2] Sin embargo, a la luz del contexto de Juan 5:24 y de los pasajes que ya hemos citado, resulta evidente que la traducción más adecuada es: «No será condenado». De hecho, Pablo declara fehacientemente que «ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Romanos 8:1). La garantía del creyente no consiste en que no tendrá que comparecer ante el tribunal celestial, sino en que mientras permanezca unido al Señor, ese tribunal nunca lo condenará.

Esto nos lleva a formularnos la siguiente pregunta: ¿Por qué el cristiano no será condenado? Más adelante volveremos sobre esta cuestión. Mientras tanto, tratemos de ubicar el momento en que se inició este juicio en el cielo y qué relación tiene con el tema del santuario.

## «La hora de su juicio ha llegado»

Desde los tiempos más remotos de la historia humana, el santuario, además de haber sido vinculado con un lugar de salvación, también se ha definido como la esfera geográfica en la que ocurre el juicio divino. La función judicial del sacerdote queda manifiesta a través de una de sus prendas más importantes: el pectoral del juicio (Éxodo 28:15; 29-30). Algunos ejemplos en los que el santuario funciona como un lugar de juicio se pueden encontrar, entre otros, en Números 12. Allí se registra el pecado de María y Aarón cuando «hablaron contra Moisés» (vers. 1). A raíz de esto el Señor descendió al santuario y abrió un proceso de investigación contra Aarón y María: «¿Por qué no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés?» (versículo 8). Como resultado del juicio, María quedó leprosa, pero Aarón fue perdonado «porque confesó el pecado que habían cometido» (*Patriarcas y profetas,* cap. 33, p. 356). En el santuario también fueron juzgados Coré, Datán y Abiram (Núm. 16). El Antiguo Testamento hace referencia a juicios realizados desde el santuario celestial en Salmos 11, 29, 76, 102 y 103, así como también en Miqueas 1 y 1 Reyes 22. [3]

Otro episodio de juicio en el santuario incluye la sentencia de muerte contra los hijos de Aarón: Nadab y Abiú, que murieron dentro del tabernáculo (Levítico 10:1-4). De hecho, todas las prescripciones de Levítico 16 son introducidas tras la muerte de estos sacerdotes, indicando con esto que el Día de la Expiación también era un día de juicio. Entre los judíos existía la creencia de que durante el Día de la Expiación, «Dios, sentado en su trono para juzgar al mundo, al mismo tiempo Juez, Intercesor, Perito y Testigo, abre el libro de registros; este es leído, en él se encuentran todas las firmas del hombre. Se toca la gran trompeta; se oye una voz calma, pequeña; los ángeles se estremecen, diciendo, este es el día del juicio». [4] Los adventistas nos referimos a la contraparte celestial del juicio que ocurría durante el Día de la Expiación, como el Juicio Investigador.

Aunque durante mucho tiempo se creyó que el primero en utilizar la expresión «Juicio Investigador» había sido Jaime White, hoy sabemos que no es así. El primero en usarla para referirse al juicio que precedería la segunda venida de Cristo, fue Elon Everts. El 17 de diciembre de 1856, Everts escribió que «los justos muertos participan de un Juicio Investigador desde 1844». [5] A partir de entonces, para los adventistas «la doctrina del Juicio Investigador constituye

una parte fundamental de la doctrina del santuario, especialmente en relación con el cumplimiento del día antitípico de la Expiación». [6] Que el capítulo 8 de Daniel, que habla de la purificación del santuario, esté repleto de alusiones al Día de la Expiación no tiene que extrañarnos. [7] El próximo capítulo de este libro entrará en más detalle al respecto.

Por otro lado, atendiendo a que la purificación del santuario incluía un proceso judicial, los adventistas hemos llegado a la conclusión de que Daniel 7: 9-14, en donde se habla del juicio divino, [8] es un pasaje paralelo a Daniel 8:14. En Daniel 7 y 8 se presentan las dos grandes perspectivas de Levítico 16: día de juicio, día de purificación. Como bien declaró por escrito Elena G. de White: «Acompañado por ángeles celestiales, nuestro gran Sumo Sacerdote entra en el Lugar Santísimo y allí, en la presencia de Dios, da inicio a los últimos actos de su ministerio en beneficio de la raza humana: *cumplir la obra del Juicio Investigador y hacer expiación por todos* aquellos que resulten tener derecho a sus beneficios» (*El conflicto de los siglos,* cap. 29, p. 472; la cursiva es nuestra).

Si, como bien enseña Daniel 8: 14, la purificación del santuario celestial ocurriría al final de los 2.300 días/años, ese mismo período ha de indicarnos el momento en que se inicia el juicio que precederá a la segunda venida. Como lo ha demostrado William H. Shea, un simple vistazo a las profecías de Daniel 7, 8 y 9 nos permitirá comprobar que la figura imponente de Cristo se yergue en el corazón de cada una de ellas, [9] así como que están estrechamente relacionadas con el ministerio de Cristo en el santuario celestial.

Fíjese que las «setenta semanas» de la profecía de Daniel 9:24-27 anuncian la fecha del inicio de la obra terrenal de Cristo, su muerte en la cruz y el comienzo de su ministerio sacerdotal en el cielo. Según el ángel Gabriel, durante las setenta semanas se había previsto «acabar la prevaricación, poner fin al pecado, expiar [*kaphar*] la iniquidad, traer la justicia de los siglos, sellar la visión y la profecía, y ungir [*mesiah*] al Santo de los santos [*qodesh qodashim*]» (Daniel 9:24, NRV). Las tres expresiones que he puesto en cursiva solo aparecen juntas en otro pasaje de la Biblia hebrea: Éxodo 29:36, 37. El tema allí es la ordenación de Aarón y sus hijos, actividad que cubre un proceso de siete días literales. Al usar estas expresiones, Daniel 9 nos está dirigiendo hacia el momento en que se dará inicio a un nuevo sacerdocio: el de Cristo.

En ángel siguió diciendo: «Sabe, pues, y entiende que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas» (versículo 25). Basándonos en Esdras 7:11-26 creemos que el decreto que cumple las especificaciones de Daniel 9 fue promulgado por Artajerjes I en 457 a. C. [10] Si contamos sesenta y nueve semanas proféticas, es decir 483 años, a partir del 457 a. C., llegamos al 27 d. C. Ese año Jesús fue ungido por el Espíritu Santo en su bautismo y dio inicio a su ministerio público (Lucas 3:1, 21).

La profecía también anunciaba que después de las sesenta y dos semanas, para ser más exactos, a la «mitad de [la última] semana» (versículo 27), «se quitará la vida al Mesías» (versículo 26), se «confirmará el pacto con muchos» y se «hará cesar el sacrificio y la ofrenda» (versículo 27). Efectivamente, durante la última semana, que iba desde el 27 hasta el 34 d. C., después de un breve ministerio de tres años y medio, nuestro Señor fue crucificado en el año 31. En el momento de su muerte, el velo del templo que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo se rasgó, lo cual puso en evidencia que los sacrificios del antiguo ritual habían encontrado su cumplimiento en la muerte expiatoria del Salvador (Mateo 27:50, 51). Gracias a su sacrificio, Cristo pudo cumplir otra de las especificaciones de la profecía de las setenta semanas: «traer la justicia perdurable» (Daniel 9:24) y ponerla al alcance de todos nosotros.

Daniel 9 alude explícitamente al comienzo del ministerio sacerdotal de Cristo, al predecir que dentro de ese lapso se iba a «ungir al Santo de los santos» (versículo 24). Algunos han sugerido que la expresión «Santo de los santos» es una referencia al Mesías; sin embargo, esta frase encaja mejor si la aplicamos al santuario. La locución *qodesh qodashim* aparece vinculada al santuario en múltiples ocasiones (Éxodo 29:37; Levítico 10:2; Números 18:10) y nunca se usa para referirse a seres humanos. Debido a que en el tiempo de Daniel el santuario terrenal estaba en ruinas, es evidente que el profeta está anunciando el momento cuando Cristo iniciaría su ministerio en el santuario celestial. Apocalipsis 4 y 5 describen a grandes rasgos la escena en que Cristo es entronizado como sumo sacerdote en el santuario celestial.

Según la explicación del ángel las setenta semanas fueron «determinadas» (Daniel 9:24). La palabra hebrea *jathak* también puede ser traducida como «cortadas», «tajadas» (Biblia de Ferrara). ¿De dónde fueron «cortadas» las setenta semanas? Como Daniel 9 es una explicación de la parte de la visión de Daniel 8 que no le fue explicada a Daniel la visión de las 2.300 tardes y mañanas, las setenta semanas han de ser «cortadas» del período profético más largo de los 2.300 días/años de Daniel 8:14. Como las setenta semanas fueron «cortadas» de los 2.300 días/años, concluimos que ambas profecías comenzaron en el 457 a. C. El período mencionado en Daniel 8:14 ha de extenderse por muchos siglos, hasta 1844 d. C., momento en que comenzaría el Juicio Investigador en el santuario celestial. [11]

Usted quizá se pregunte respecto a qué hacía Cristo en el cielo antes de 1844. Estaba cumpliendo la primera fase de su sacerdocio, la que hacía el sacerdote durante todo el año: una labor mediadora. En 1844 dio inicio a una segunda fase, la que realizaba el sacerdote una vez al año: una labor judicial. ¿Implica ello que ya no es nuestro mediador? ¡En absoluto! Ahora cumple ambas funciones. Él es nuestro mediador y es nuestro juez. Por cierto, un juez tan humilde que ha aceptado también ser juzgado.

# El Juez que está siendo juzgado

Al describir la escena que da inicio al Juicio Investigador, Daniel dice que «los libros fueron abiertos» (Daniel 7:10). Si Dios lo sabe todo, ¿para qué necesita basar su sentencia en lo que está escrito en unos libros?

Es evidente que la función de los libros no es informar a Dios, él lo sabe todo (1 Samuel 2:3). El dilema aquí es que Dios también ha sido acusado y necesita quedar vindicado durante el proceso investigador (Romanos 3:4). En un artículo publicado en 1962, Desmond Ford declaró atinadamente que «el propósito del juicio no solo es revelar la justicia de los santos, sino también poner de manifiesto que Dios es justo». [12] Para que todo el universo quede convencido de su justicia, Dios lleva un registro de nuestros actos de bondad (Nehemías 13:14), de nuestros momentos de dolor (Sal. 56: 8), de nuestras malas acciones (Isaías 65:6; Oseas 7:2), en fin, de todo lo que hacemos (Malaquías 3:16). Estos libros tienen la función de registros judiciales «que preservan las pruebas que serán usadas en el tribunal divino». [13] Por ello, el juicio se fundamentará en lo que se haya escrito de nosotros en los libros celestiales, sea bueno o malo. A propósito de esto, la señora White señaló lo siguiente: «Los libros del cielo, en los cuales están registrados los nombres y los hechos de los hombres, determinarán los fallos del juicio» (*El conflicto de los siglos,* cap. 29, p. 472).

La carencia de tales registros implicaría que las acciones del Creador quedarían en entredicho para siempre. Dios se vindica a sí mismo demostrando que «sus juicios son verdaderos y justos» (Apocalipsis 16:2; 19:2). David sabía esto perfectamente cuando exclamó: «¡Siete veces al día te alabo a causa de tus justos juicios!» (Salmo 119:164). Lamentablemente, por razones que no vale la pena discutir en este momento, algunos han creído que la justicia divina no queda vindicada por lo que haga Dios, sino por la obediencia de sus representantes. [14] Estos abogados del perfeccionismo radical sostienen que, a menos que los profesos seguidores de Cristo vivan en perfecta armonía con la ley de Dios, la Deidad quedará mal parada ante todo el universo. Por eso defienden a capa y espada que los que saldrán absueltos del Juicio Investigador habrán demostrado que ellos sí pudieron cumplir al pie de la letra la ley divina; por tanto, gracias a ellos, el nombre de Dios habrá sido vindicado.

Somos muchos a los que nos resulta sumamente extraño que la vindicación del carácter divino dependa de nuestra conducta personal. Me cuesta creer que el honor del Creador dependa de sus criaturas; que la demostración de que Dios es bueno quede supeditada a las acciones de gente que, de forma natural, es proclive a lo malo. Y esa incredulidad puede alcanzar niveles superlativos ante nuestro fracaso para encontrar tan siquiera un solo pasaje bíblico que insinué tal cosa.

La vindicación de Dios nunca ha sido una obra humana. La sierva de Dios expuso sin ambages que dicha obra está a cargo de Cristo, pues él «vino para vindicar el carácter de Dios ante el universo» (*Patriarcas y profetas,* cap. 4, p. 49). Pero, ¿no dice Elena G. de White que le «incumbe a todo hijo de Dios vindicar su carácter»? Sí, lo dice en *Testimonios para la iglesia,* tomo 5, página 297. Y luego explica de qué manera lo podemos hacer: mostrando «el poder de la gracia sostenedora. Hay multitudes que no aprecian el gran amor de Dios ni la compasión divina de Jesús. Millares consideran con desdén la gracia sin par manifestada en el plan de redención» (*Ibid.*). El nombre de Dios queda vindicado cuando presentamos al mundo la obra de gracia que él ha realizado en nosotros. Entonces el asunto no se reduce a lo que hagamos, sino a lo que ya ha hecho él.

Nuestro Señor ya demostró que se puede obedecer perfectamente la ley de Dios, y ahora, basándose en los registros celestiales, Cristo mismo está demostrando que Dios es justo. Por tanto, la vindicación de la justicia divina por medio de la obediencia perfecta de la ley es responsabilidad del Salvador y no de los salvados. En el Juicio Investigador Dios da continuidad, y llevará a feliz término, al proceso de vindicación de su nombre que ya fue iniciado por Cristo.

## Juicio y salvación, ¿aliados o enemigos?

Sin duda alguna la enseñanza adventista sobre el Juicio Investigador es la que más rechazo suscita entre el resto del mundo cristiano. Desde los tiempos de D. M. Canright y Albion Fox Balleguer hasta nuestros días, no han faltado quienes critiquen nuestras enseñanzas respecto del ministerio de Cristo en el cielo. Una declaración representativa de las diatribas que se han esgrimido en nuestra contra, es esta de Anthony Hoekema: «La doctrina del Juicio Investigador contradice la soberanía divina, pues insinúa que ni el Padre ni Cristo sabrán quiénes forman parte del pueblo de Dios hasta que haya concluido el juicio. La distinción que hacen los adventistas entre perdonar los pecados y borrarlos, pone en peligro la seguridad de la salvación de los hijos de Dios e imposibilita que alguien conozca, incluso a la hora de su muerte, si está salvo a no». [15]

¿De verdad es eso lo que creemos los adventistas? El libro de Apocalipsis registra este importante mensaje: «En medio del cielo vi volar otro ángel que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los habitantes de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo. Decía a gran voz: "¡Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado!» (14:6, 7). No podemos pasar por alto que Juan asocia el evangelio con el juicio, lirias Smith, uno de nuestros pione-

ros, escribió en cierta ocasión: «Este juicio es parte del evangelio; el ángel fue enviado a predicar el evangelio eterno [...]. Entre los grandes temas del evangelio, el juicio ocupa un lugar importante y significativo». [16]

El propio Jesús, que «vino para dar su vida en rescate por todos» (Mateo 20:28), entendió su labor salvífica desde una perspectiva judicial: «Para juicio he venido yo a este mundo» (Juan 9:39). Pareciera que los evangelistas no se ponen de acuerdo: ¿Cristo vino a rescatarnos o a juzgarnos? Vino a realizar ambas cosas, porque la justicia y la salvación son hermanas siamesas. Ya lo dijo el profeta Isaías: «Muy cerca está mi justicia, ya ha salido mi salvación» (Isaías 51:55). Pablo va en la misma dirección al decir que «en el evangelio se revela la justicia de Dios» (Romanos 1:17). Entonces, bíblicamente hablando, el juicio y el evangelio no pueden estar separados. Es en realidad una incongruencia argumentar que el juicio atenta contra la seguridad de la salvación del creyente, puesto que este desempeña una función vital dentro del plan de redención.

Una parábola de Cristo nos ayudará a entender mejor este asunto. Jesús ilustró el Juicio Investigador en la parábola de la fiesta de bodas de Mateo 22. A pesar de que el rey había preparado todo para que tanto los malos como los buenos asistieran a la fiesta de bodas de su hijo, mucha gente rehusó aceptar la invitación. Finalmente, tras algunas decisiones muy drásticas, un grupo aceptó la invitación. Estos últimos respondieron positivamente al llamamiento de gracia que les había hecho el generoso monarca. No merecían estar en la fiesta, pero el rey los había invitado. No obstante, todos los que acudieron al llamamiento estaban expuestos a ser vistos por el rey. Todo el que entrara debía ser consciente de esa posibilidad.

Mientras estaban allí «entró el rey para ver a los invitados» (versículo 11). Detrás de dicha frase se halla una clara intención judicial. «En cierto modo, la inspección de los invitados representa un proceso de juicio, la determinación de quiénes podrían permanecer». [17] Tras realizar la observación, el rey se dio cuenta de que uno, no se dice si era de los malos o de los buenos, había entrado a la fiesta «sin estar vestido de bodas» (versículo 11). Quizá para entender dicha frase tengamos que recurrir a una parábola rabínica que circulaba en tiempos de Cristo y que probablemente sirvió de base para la que registra Mateo 22. Contaban los rabinos que un rey llamó a sus siervos y les entregó ropas dignas de reyes. Los prudentes tomaran aquella vestimenta y la guardaron, a fin de usarlas cuando la ocasión lo mereciera. Otros tomaron la ropa y la usaron para ir a sus respectivos trabajos, y la ensuciaron. Cuando menos se lo esperaban, el rey los invitó a una grandiosa fiesta; los prudentes asistieron con sus atuendos regios; pero los insensatos llegaron con sus ropas sucias y arrugadas y fueron expulsados del lugar. Siguiendo el ejemplo rabínico podríamos sugerir que el rey le dio el vestido al hombre para que viniera a la fiesta, pero él no lo usó.

Elena G. de White dijo que esta parábola es una representación del Juicio Investigador (*Palabras de vida del gran Maestro,* cap. 24, pp. 251-252). Siendo así, Dios nos invita a todos para que aceptemos su generosa oferta de entrar a la sala del juicio como si asistiéramos a una fiesta. Ya lo había proclamado el salmista: «Se alegrará el monte Sion, se gozarán las hijas de Judá por tus juicios» (Salmo 48:11).

Nadie va con tristeza y temor a una fiesta; por tanto, nadie tiene que sentir temor de acudir ante el trono de Dios. El juicio constituye una celebración porque allí es donde se cumple la promesa divina: «Yo, yo soy quien borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados. Hazme recordar, entremos juntos a juicio» (Isaías 43:25, 26). ¿No le gustaría que Dios borre para siempre sus pecados? Pues Dios llevará a cabo ese proceso investigador para borrar de su cuenta todos los pecados que previamente habían sido perdonados.

El juicio es un acto de gracia y, al participar de él, hemos de tener esto en cuenta. ¿Cree usted que nuestro caso se debe dilucidar en un juicio cuando todos sabemos que somos culpables? Nuestro problema, entonces, no es el juicio, sino que acudamos sin la vestimenta apropiada para tal ocasión. ¿Y cuál es esa vestimenta? La justicia de Cristo. Nuestro fracaso consistiría en que, como el hombre de la parábola, nos presentásemos ante el tribunal celestial con nuestra propia vestimenta, es decir, basándonos en nuestras obras. Tenemos que fijar en nuestro corazón que «todos los que entran por esta puerta [la del juicio] tienen el traje de bodas tejido en el telar del cielo» (*Mensajes selectos,* tomo 1, p. 129). Otro vestido, con independencia de su belleza o costo, no nos dará derecho a salir airosos del Juicio Investigador.

La buena noticia es que el vestido de la justicia de Cristo está al alcance de todos. Como a Josué, él puede otorgarnos las vestiduras que necesitamos para estar en pie ante el Señor (Zacarías 3). A la iglesia de Laodicea, cuyo nombre significa «pueblo del juicio», se le aconseja que adquiera «las vestiduras blancas» que la habilitarán para afrontar ese proceso judicial (Apocalipsis 3:18). Dios ha hecho todo lo que está a su alcance para que nadie salga condenado; sino que, al contrario, reciba un veredicto que le garantice la salvación eterna.

Querido lector, no se deje confundir, el juicio no es para verificar si usted o yo somos pecadores, todos sabemos que lo somos. Lo que está en juego es comprobar si nos cubre el manto de la justicia divina. Por tanto, en el Juicio Investigador se tendrá más en cuenta nuestra relación con Dios que las buenas acciones que realizamos de vez en cuando; tiene más que ver con nuestra comunión con Cristo que con nuestras obras. Lo que Dios verá, no es cuán buenos somos, sino si estamos ataviados «con vestiduras de salvación» y con el «manto de justicia» (Isaías 61:10).

Entonces, ¿por qué no hay condenación para el cristiano en el juicio previo a la segunda venida? La causa es que el verdadero creyente vendrá al juicio

reconociendo de principio a fin que será declarado no culpable en virtud de la justicia de Cristo. Si acudimos ante Dios confiando en los méritos del Señor, nos será muy fácil comparecer ante nuestro Juez. Si la justicia de Cristo nos ha sido imputada como un gesto de la gracia divina, como David, podemos decirle a Dios: «Júzgame conforme a tu justicia» (Salmo 35:24).

Más de una década después de haber sido absuelto de la acusación de haber dado muerte a su exesposa, O. J. Simpson fue condenado a un mínimo de nueve años de prisión tras haber sido hallado culpable de secuestro y asalto a mano armada en un hotel de Las Vegas. Parece que el famoso dicho de que «lo que pasa en Las Vegas, en Las Vegas queda» no es del todo cierto. Las acciones de Simpson salieron a la luz y resultó condenado. Qué pena que Simpson no hubiera valorado más haber sido declarado inocente trece años antes teniendo una mejor conducta.

No caigamos en el error que cometió O. J. Simpson. Si bien la justicia de Cristo nos cubre de todo pecado y nos dará la victoria en el juicio, esto no es razón para justificar nuestra falta de preparación y nuestro descuido de vivir en armonía con nuestro llamamiento. Aunque hoy no seamos llamados a juicio, tenemos que estar preparados para comparecer ante el tribunal celestial. «Es ahora cuando hemos de prepararnos para el Juicio Investigador» (*Palabras de vida del gran Maestro,* cap. 25, p. 277), y para hacerlo solo tenemos que apropiarnos del manto inmaculado de la justicia de Cristo en este preciso instante.

---

**Referencias**

[1] http://elpais.com/diario/2008/12/07/internacional/1228604405_850215.html. Consultado el 6 de mayo de 2013.

[2] Para más detalles, ver George R. Knight, ed., *Los adventistas del séptimo día responden preguntas sobre doctrinas* (Doral: APIA, 2008), pp. 352, 353.

[3] Para más detalles sobre los paralelos bíblicos del Juicio Investigador ver William Shea, *Select Studies on Prophetic Interpretation* (Washington, DC.: General Conference of Seventh-day Adventist, 1982), pp. 5-8.

[4] Citada por Jacques B. Doukhan, *Secretos de Daniel* (Doral: APIA, 2008), p. 128.

[5] «Comunication from Bro. Everts» en *Review and Herald,* 1 de enero de 1857, citado por Paul A. Gordon, *The Sanctuary, 1844 and the Pioneers* (Silver Spring, Maryland: Ministerial Association General Conference of Seventh-Day Adventists, 2000), p. 118.

[6] «Investigative Judgment» en Don F. Neufeld, ed., *Seventh-Day Adventist Encyclopedia* (Hagerstown, Maryland: Review and Herald, 1996), A-L, p. 788.

[7] Ángel M. Rodríguez, «Significación del lenguaje ritual de Daniel 8: 9-14» en Frank B. Holbrook, ed., *Simposio sobre Daniel* (Doral: APIA, 2010), pp. 535-558.

[8] En cuanto a la escena judicial de Daniel 7, ver J. Vladimir Polanco, *Creciendo en Cristo* (Doral: APIA, 2012), pp. 133-135; Woodrow W. Whidden II, *La seguridad de mi salvación en el juicio* (Doral: APIA, 2013), pp. 25-42; Norman R. Gulley, «Daniel's Pre-Advent Judgment in Its Biblical Context» en *Journal of the Adventist Theological Society,* 2/2 (1991), pp. 35-66.

[9] William H. Shea, *Daniel: Un enfoque cristocéntrico* (Doral: APIA, 2010), pp. 149-230.

[10] William H. Shea, «The Prophecy of Daniel 9: 24-27» en Frank B. Holbrook, ed., *70 Weeks, Leviticus, Nature of Prophecy* (Washington, D.C.: Biblical Research Institute, 1986), pp. 86-88.
[11] Para más detalles relacionados con los períodos de tiempo y otros elementos de las profecías de Daniel 8 y 9, ver: Gerhard F. Hasel, «El cuerno pequeño, el santuario y el tiempo del fin: estudio de Daniel 8:9-14» y Siegfried Schwantes, «Repaso de *ereb boqer*» en Frank B. Holbrook, ed,, *Simposio sobre Daniel* (Doral: APIA, 2010), pp. 383-469; 471-482; Brempong Osusu-Antwi, *The Chronology of Daniel* 9: 24-47, (Tesis doctoral: Andrews University, 1993).
[12] «The Creator in Court» en *Review and Herald* (18 de octubre de 1962), p. 2.
[13] Ángel Manuel Rodriguez, «The Heavenly Books of Life and of Human Deeds» en *Journal of the Adventist Theological Society,* 13/1 (Primavera 2002), p. 21.
[14] La mejor exposición que he leído al respecto se puede encontrar en Woodrow W. Whidden II, *obra citada*, pp. 200-210.
[15] *The Four Major Cults* (Ann Arbor, Michigan, 1963), p. 122, citado por Arnold V. Wallenkampf, «A Brief Review of Some of the Internal and External Challengers to the Seventh-Day Adventist Teachings on the Sanctuary and the Atonement» en Arnold V. Wallenkampf y W. Richard Lesher, eds. *The Sanctuary and Atonement* (Washington, D. C.: Review and Herald, 1981), p. 595.
[16] «The Hour of His Judgment is Come» en *Review and Herald,* 6 de enero de 1874.
[17] Francis D. Nichold, ed. *Comentario bíblico adventista* (Buenos Aires: ACES, 1995), tomo 5, p. 468.

# 10

# «Y mi vida será purificada»

Una gélida mañana de invierno, mientras el mundo vivía los momentos más aterradores de la Segunda Guerra Mundial, Hans, un soldado alemán, llegó junto con su batallón a una pequeña aldea de Rusia. Previendo que el lugar se tornaría en un encarnizado campo de batalla, sus habitantes se aprestaban a recoger algunas pertenencias a fin de abandonar lo que hasta ese día había sido su morada. Hans entró en la casa de uno de ellos y se encontró con un hombre, gastado por el paso de los años, que atesoraba junto a sí una bolsa de cuero en la que celosamente guardaba su más preciado tesoro: una Biblia.

Valiéndose del lenguaje corporal ambos mostraron su aprecio por el libro. «¿Será adventista este anciano?», se preguntaba Hans. «¿Habrá alguna manera de comprobarlo?» Tuvo una idea y buscó Apocalipsis 14:6-12, el mensaje de los tres ángeles. ¿Y qué cree que sucedió? ¡Estaba subrayado! Luego buscó Mateo 24:14. También estaba subrayado. Emocionado, Hans se trasladó a Éxodo 20:8, el mandamiento respecto al sábado... y también estaba subrayado. El hecho de que estos versículos estuvieran subrayados parecía sugerir que el ancianito no solo era cristiano, sino que también era un profeso creyente de la fe adventista. ¿Qué otro pasaje bíblico podría confirmar de forma definitiva que el humilde señor era un auténtico adventista? ¿Cuál cree usted que sería ese pasaje? Hans buscó Daniel 8:14 y, como los demás, estaba subrayado. Entonces se «expresaron el júbilo resultante de una identificación común con los ideales de la fe adventista. Se arrodillaron en el interior de la humilde habitación. Hans oró en alemán y el agricultor ruso en su idioma; después de un emocionante apretón de manos, se separaron para enfrentar las vicisitudes e incertidumbres dictadas por la guerra».

¿Usted, que dice ser adventista, conoce esos pasajes? ¿Los tiene subrayados en la Biblia? ¿Es capaz de compartir el mensaje que contienen? ¿Por qué Daniel 8:14 fue el

texto que de manera definitiva le certificó a Hans que el anciano ruso era un adventista?

Aunque muchos suelen pasarlo por alto, Daniel 8:14 constituye el corazón del pensamiento teológico de la Iglesia Adventista. De ahí que resulte casi imprescindible que entendamos su significado. Este versículo, más que cualquier otro, da sentido a la existencia de nuestro pueblo. ¿Cómo hemos entendido este pasaje a lo largo de la historia de nuestra iglesia? ¿Qué tiene ver con usted y conmigo en la actualidad?

## Los pioneros y Daniel 8:14

Durante los inicios del movimiento adventista sugirieron varias propuestas en cuanto al significado de Daniel 8: 14. En 1818 William Miller llegó a la conclusión de que el santuario mencionado en Daniel 8:14, y que sería objeto de la purificación, era la tierra. Al mismo tiempo, Miller también creyó «que en la segunda venida había de producirse una *limpieza espiritual* de la iglesia». [1] No hemos de olvidar que el mismo Miller creía que el santuario mencionado en Daniel 8:14 se refería a «"la iglesia del Dios viviente", "el pueblo de Dios en todo el mundo, y entre todas las naciones", y "el verdadero santuario el cual Dios ha construido de piedras vivas"». [2] En una carta de 1842 dirigida a Joshua V. Himes, Miller expuso que en la Biblia la palabra santuario está relacionada con siete entidades y de todas solo dos requieren purificación: la tierra y la iglesia. [3]

Según Elena G. de White esta postura de identificar el santuario de Daniel 8:14 con nuestro planeta, era parte de la tradición protestante de sus días. En *El conflicto de los siglos* escribió:

> «En común con el resto del mundo cristiano, los adventistas creían entonces que la tierra, o alguna parte de ella, era el santuario. Entendían que la purificación del santuario era la purificación de la tierra por medio del fuego del último y supremo día, y que ello se verificaría en el segundo advenimiento. De ahí que concluyeran que Cristo volvería a la tierra en 1844» (cap. 24, p. 405).

Tras el chasco del 22 de octubre de 1844, un seguidor de Miller, Hiram Edson, expuso que el santuario mencionado en Daniel 8:14 aludía directamente al santuario celestial. El 23 de octubre de ese año la mente de Edson fue iluminada y entendió el acontecimiento mencionado en Daniel 8: 14 como un evento que estaba ocurriendo en el cielo, es decir, en el santuario celestial. «Edson contó que mientras cruzaban un campo sembrado de maíz, "algo me detuvo a mitad de camino [...], el cielo parecía abierto ante mi vista (...]. Vi de forma clara y notoria que, en vez de que nuestro Sumo Sacerdote saliera del Lugar Santísimo del santuario celestial para venir a esta tierra, el décimo día del séptimo mes, al final de

los 2.300 días, por primera vez entraba ese día al segundo departamento de ese santuario; y que tenía que desempeñar una tarea en el Lugar Santísimo antes de venir a esta tierra». [4] Edson interpretó la decepcionante noche del 22 de octubre como un notable cumplimiento de la profecía del «libro dulce y amargo» de Apocalipsis 10.

Owen R. L. Crosier era uno de los compañeros de estudio de Edson. [5] De acuerdo con J. N. Loughborough, el hermano Crosier estaba presente cuando Edson tuvo «la visión» [6] en el maizal. Crosier publicó un artículo en la revista *Day Star* del 7 de febrero de 1846 titulado «The Law of Moses» ("La ley de Moisés"). Las conclusiones que presentó en dicho artículo se pueden resumir en los siguientes puntos: [7] (1) La existencia de un santuario literal en el cielo que sería «purificado por sangre, y no por fuego». (2) El ministerio de Cristo en el templo celestial está dividido en dos fases; la primera se llevó a cabo en el Lugar Santo y la segunda se está desempeñando en el Lugar Santísimo. (3) La etapa desarrollada en el Lugar Santísimo incluye la purificación del santuario celestial y de los creyentes de manera individual. De esta manera el estudio «combinado de Edson, Hahn y Crosier confirmó la "visión" de Edson». [8]

Comentando el artículo de Crosier, Elena G. de White afirmó el 21 de abril de 1847:

> «El Señor me mostró hace más de un año que el hermano Crosier tenía la verdadera luz en cuanto a la purificación del santuario [...] y que era su voluntad que el hermano Crosier escribiera la explicación que nos habla dado en el *Day Star* del 7 de febrero de 1846. Me siento plenamente autorizada para recomendar ese Extra a todos los santos» (*A Word to the Little Flock* ["Mensaje para el rebaño pequeño"], p. 12).

Es importante señalar aquí que los pioneros no compartieron todas las conclusiones de Crosier, [9] y solo apoyaron lo que ellos mismos comprobaron a través del estudio de las Sagradas Escrituras. De hecho, después de 1850, Crosier renegó de muchos de los puntos de vista que había defendido en su artículo de 1846.

La clave de las conclusiones a las que llegaron Crosier, Hiram Edson y el Dr. Franklin B. Hahn es que la *purificación del santuario celestial* era un acontecimiento paralelo a la *purificación del pueblo de Dios* aquí en la tierra. Para ellos, Cristo lleva a cabo su ministerio sacerdotal en el santuario celestial (Hebreos 8:2; 9:11), a la vez que realiza una obra en el templo individual de cada creyente (Efesios 2:20-22; 1 Corintios 3:17). En ese mismo tiempo, Enoch Jacobs, editor de la revista *Day Star*, expuso ciertas ideas que ponían en peligro el planteamiento de una obra de purificación paralela entre el cielo y la tierra. Jacobs decía que, si Dios es espíritu, el santuario donde vive no puede ser físico, sino espiritual. De ahí que, según él, el santuario de 8:14 no es una realidad física concreta, sino espiritual. A fin de

protegerse «del peligro inherente que subyace en tal interpretación de Dios, los adventistas observadores del sábado escogieron enfatizar la literalidad y la ubicación del santuario celestial de Daniel 8: 14» [10] y obviaron por un tiempo el hecho de que la purificación del santuario celestial conlleva la purificación de la iglesia terrenal.

De todas maneras este paralelismo entre la purificación del templo celestial y del profeso pueblo de Dios en la tierra acabó formando parte de los elementos característicos de la predicación adventista. En 1888, mientras predicaba un sábado por la tarde durante el Congreso de la Asociación General, la mensajera del Señor retomó el vocabulario de Crosier:

> «Ahora Cristo se encuentra en el santuario celestial. ¿Qué está haciendo allí? Lleva a cabo la expiación por nosotros, purificando el santuario de los pecados de su pueblo. Por ello hemos de entrar con él, por la fe, a ese santuario. Hemos de comenzar la obra en el *santuario de nuestras propias almas.* Es preciso que seamos *limpiados de toda contaminación*» (*1888 Materials*, p. 127; la cursiva es nuestra).

El 21 de enero de 1890 escribió en la *Review and Herald* que «aquellos que no se identifican con la obra que Jesús realiza en el tribunal celestial, los que *no limpian el templo de su alma* de toda contaminación, sino que se dedican a lo que no está en armonía esta obra, se están uniendo al enemigo de Dios y del hombre». El 11 de febrero del mismo año declaró por escrito en la misma revista: «Cristo está purificando el templo celestial de los pecados cometidos por el pueblo, y en la tierra nosotros debemos *trabajar en armonía con él y purificar el templo del alma* de toda contaminación moral» (las cursivas son nuestras).

Durante la década de 1880 y tras finalizar el Congreso de 1888, los predicadores adventistas continuaron presentando el concepto de un paralelismo entre la limpieza del templo celestial y la del templo del alma. El folleto de Escuela Sabática del segundo trimestre de 1963, que llevaba como subtítulo «Limpiando el templo del alma», [11] hacía referencia a los nexos existentes entre la obra de Cristo como sumo Sacerdote y la repercusión de dicho ministerio en su iglesia. En esa misma época, Robert Brinsmead, expuso algunas ideas que reflejaban cierta similitud con las de Crosier. Usando la relación existente entre Levítico 16:30 y Daniel 8:14 para establecer ciertas ideas perfeccionistas, a las que él denominó «un llamamiento al santuario». Brinsmead «veía una analogía entre el templo del alma y el antiguo tabernáculo con sus divisiones». [12]

Según la teología de Brinsmead, cuando el creyente es conducido a la etapa que representa el Lugar Santísimo ya ha logrado una completa victoria sobre el pecado y las tendencias pecaminosas. Según él «las personas verdaderamente limpiadas del pecado eran física como también espiritualmente perfectas y no sufrirían más de enfermedad».[13]

Para evitar cualquier tipo de asociación con las ideas de Brinsmead, muchos de nuestros predicadores dejaron de enfatizar la relación existente entre la purificación del templo celestial y la limpieza de nuestro pueblo en la tierra.

Este breve repaso histórico pone de manifiesto que para los adventistas el ministerio de Cristo en el cielo tiene una repercusión directa sobre su pueblo en la tierra. Sin embargo, Satanás ha buscado la manera de impedir que dicho mensaje alcance el corazón de los miembros de la iglesia y ha suscitado enseñanzas heréticas con el propósito de desvirtuar la verdad de que Dios quiere purificarnos. Ahora bien, ¿hay base bíblica para sostener que la obra de Cristo en el cielo tiene un impacto directo sobre su pueblo aquí en la tierra? ¿Conlleva la purificación del santuario la limpieza de quienes adoran en él? Creo que será necesario que tratemos de dilucidar estas interrogantes.

## ¿Qué dice la Biblia?

Si bien es cierto que Daniel 8:14 puede leerse considerando distintos trasfondos, [14] a nadie escapa que el libro de Levítico está directamente relacionado con todo el capítulo 8 de Daniel. [15] Daniel 8 está repleto de elementos que estaban interrelacionados con el culto celebrado en el antiguo santuario: el carnero, el macho cabrío, el continuo, el santuario, el ejército, los cuernos; todos de una u otra manera tienen un vínculo con las ceremonias del sistema cúltico israelita. [16] Aquí nos centraremos en la estrecha conexión que existe entre Daniel 8, especialmente el versículo 14, y Levítico 16. Para empezar, los dos animales mencionados en Daniel 8, el carnero y el macho cabrío, eran precisamente los que se utilizaban durante las ceremonias del Día de la Expiación, siguiendo las instrucciones dadas en Levítico 16. Daniel 8:14 hace alusión a la purificación del santuario y Levítico 16 es el capítulo bíblico por antonomasia que aborda dicho tema. Si queremos comprender el mensaje de Daniel hemos de volver la mirada, una vez más, al corazón del Pentateuco, a Levítico 16.

Para los israelitas el libro de Levítico, y de manera muy especial el capítulo 16, ocupaba un lugar muy relevante. William H. Shea ha sugerido que el libro de Levítico está estructurado literariamente de tal manera que el capítulo 16 se encuentra justo en el centro del libro. [17] Un detalle muy interesante es que la primera parte de Levítico (capítulos 1-15) hace especial énfasis en el uso expiatorio de la sangre; es decir, hay justificación para el pecador. A esta «justificación» sigue el capítulo 16 que habla de la purificación del santuario. Los capítulos 17-25 hacen hincapié, no en la sangre, sino en un llamado a la santidad. Por ello a esa sección de Levítico se la ha denominado «el código de santidad». La configuración literaria de Levítico saca a relucir con bastante claridad el equilibrio que

existe entre la justificación y la santificación, entre la fe y las obras. La eficacia de la sangre queda establecida por los frutos de la santidad. [18]

Según Levítico 16, el santuario necesitaba ser purificado «a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados» (Levítico 16:16); de ahí que el pueblo estuviera estrechamente relacionado con la purificación del santuario, pues los pecados del aquel habían contaminado a este. Para limpiar el santuario era necesario limpiar a quienes habían propiciado su contaminación. De esta manera cuando concluía la «expiación del santuario» (Levítico 16:20), el pueblo era declarado limpio (Levítico 16:30). «Y hará expiación por el santuario y por todo el pueblo» (Levítico 16:33). La obra hecha en el santuario tenía un impacto positivo en el corazón de cada miembro del pueblo. Ángel M. Rodríguez destaca esta verdad cuando dice que «esos rituales beneficiaban al pueblo debido a que su purificación era definitiva». [19]

Moisés declaró que uno de los objetivos del Día de la Expiación era la reconciliación entre Dios y su pueblo: «Es día de expiación para reconciliaros delante de Jehová vuestro Dios» (Levítico 23:28). Este texto sugiere que la tarea de purificar el santuario es una acción paralela al proceso de reconciliación entre Dios y el ser humano arrepentido. En el texto hebreo de Levítico 23:28 la palabra *kipper* aparece dos veces. La Biblia de Jerusalén la traduce en ambas ocasiones como expiación. En Levítico 9:7 Moisés volvió a utilizar dos veces ese mismo término. «Acércate al altar, y haz tu expiación [*kipper*] y haz la reconciliación [*kipper*] por ti y por el pueblo». Esta declaración se refiere al servicio diario. Así que podemos deducir que lo que ocurría durante el Día de la Expiación, una expiación reconciliadora, una vez al año, también se llevaba a cabo diariamente. *Esto implica que la obra anual consumaba, hacía perfecta, la obra que había sido hecha día tras día.* La expiación del pecado traía como resultado la reconciliación entre Dios y sus hijos. Como bien lo declara Roy Gane, la «expiación es un proceso dinámico y transformador a través del cual se restaura la relación entre Dios y su pueblo». [20]

A la luz de Levítico queda muy claro que la purificación del santuario tenía un efecto directo sobre el pueblo. Lo declaraba limpio y reconciliado delante de Dios. Derek Tidball lo expresó con estas palabras: «El macho cabrío que es sacrificado purifica el santuario y hace expiación por el pueblo a la vez». [21]

Otro pasaje que prueba esta verdad es el capítulo 3 de Malaquías. Esta perícopa hace alusión a la venida del Señor «a su templo». Según el profeta esta venida del Señor al santuario tiene un propósito purificador y judicial: «Él es fuego *purificador* [...]. Se sentará para *afinar y limpiar* [...). Vendré a vosotros para juicio» (Malaquías 3:1, 3). En relación con el santuario, las expresiones de juicio y purificación estaban asociadas al ministerio llevado a cabo en el Lugar Santísimo. Tomando en cuenta que Daniel 7 describe el inicio del proceso judicial cósmico con expresiones muy similares a las de Malaquías, podemos colegir que ambos capítulos describen el mismo episodio. En Daniel 7 el «Hijo del hombre»

«llega», el juez se «sienta» en un «trono como llama de fuego». Estas imágenes son muy parecidas a las de Malaquías.

Elena G. de White escribió:

> «La venida de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote al Lugar Santísimo para la purificación del santuario, de la que se habla en Daniel 8:14; la venida del Hijo del hombre al lugar donde está el Anciano de días, tal como está presentada en Daniel 7:13; y la venida del Señor a su templo, predicha por Malaquías, son descripciones del mismo acontecimiento» (*El conflicto de los siglos*, cap. 25, p. 422).

Ahora bien, lo interesante de la declaración de Malaquías es que no habla de purificar el templo, sino de una obra de purificación que tiene por objeto a los miembros de la tribu de Leví (Malaquías 3:3). Reciben la limpieza aquellos que están dedicados al sacerdocio. El juicio está reservado para aquellos que profesan pertenecer al pueblo del pacto. Este juicio no es para los paganos, es realizado en favor de los miembros del pueblo de Dios. Jeremías había descrito el intento del pueblo para resolver el problema del pecado (Jeremías 2: 22), y cómo tal esfuerzo había sido inútil. Malaquías nos presenta al Señor como aquel que tiene el único jabón que puede limpiar el pecado, y esto se logra mediante el proceso purificador que se realiza en el santuario.

Tanto Levítico como Malaquías ponen de manifiesto que la purificación del santuario también incluía la purificación del pueblo de Dios. Elena G. de White está en sintonía con esto al decir: «Mientras se prosigue el Juicio Investigador en el cielo, mientras que los pecados de los creyentes arrepentidos son quitados del santuario, debe llevarse a cabo una obra especial de purificación, de liberación del pecado, entre el pueblo de Dios en la tierra» (*El conflicto de los siglos,* cap. 25, p. 421). Más que ser un día de terror, el Día de la Expiación «proporcionaba la oportunidad anual de lograr que los pecados fuesen borrados para siempre. Era el día aceptable». [22]

Respecto al Día de la Expiación, el famoso Rabí Aquiba solía decir: «Feliz de ti, oh Israel, ¿ante quién sois purificados? ¿Quién os purifica? Vuestro padre que está en los cielos, pues escrito está: "Rocié sobre vosotros aguas puras y habéis quedado limpios" [Ezequiel 3:25], Se dice también: "El Señor es la esperanza de Israel" [Jeremías 17:13]. Como la piscina purifica lo impuro, así el Santo, bendito sea, purifica a Israel» (*Yoma* 8, 9). [23]

## «Y mi vida será purificada»

El día de la purificación del santuario era un día de juicio, y como tal implicaba un proceso de investigación. Sin embargo, no es menos cierto que dicho juicio está

rodeado de conceptos que aluden al evangelio eterno. Palabras que estaban muy relacionadas con el Día de la Expiación, como reconciliación, purificación o liberación, también son términos muy afines a la obra de Cristo en favor de los seres humanos (2 Corintios 5:20; Lucas 4:18; Gálatas 1:4). [24] El Día de la Expiación no está en contra del verdadero el evangelio, más bien constituye una parte integral de este.

Por eso mientras asistimos al día escatológico de la purificación del santuario, podemos tener seguridad y confianza (Hebreos 4:16). Ante el tribunal celestial el Señor está garantizando nuestra purificación. «Por medio de su sangre —Cristo— purificará vuestra conciencia de las obras que llevan a la muerte» (Hebreos 9:14). A la vez que Cristo purifica «las figuras celestiales» con su propia sangre (Hebreos 9:23, 12), también limpia nuestras vidas de «todo pecado» (1 Juan 1:7).

El 26 de septiembre de 1891, mientras predicaba un sermón, la señora White declaró: «Algunos no saben lo que es el pecado. No saben lo ofensivo que es para Dios corromper el templo del alma. Pero yo clamo a ustedes para despejar el camino del Rey» (*Sermones escogidos,* tomo 1, p. 171). ¿De qué manera vamos a despejar el camino del Rey? Así como el pueblo era llamado a «afligir» su alma (Levítico 16:29, 31) en señal de arrepentimiento, hoy se nos invita «a despojarnos de todo peso de pecado» (Hebreos 12:1), a purificar nuestras almas y a tener un corazón puro (1 Pedro 1:22; Santiago 4:8). Hay quienes creen que esta purificación se llevará a cabo por medio de su propio esfuerzo. «Algunas personas sinceras, comprometidas y bien intencionadas enseñan que el pueblo santo de Dios lo vindica en el juicio viviendo en obediencia a sus mandamientos. [...] Es más bíblicamente correcto decir que Dios se vindica a sí mismo mediante lo que él hace por, para y en su pueblo». [25] Pedro nos dice que es el Espíritu Santo quien va «purificando por la fe» nuestros corazones (Hechos 15:9). Nuestra purificación —como la justificación— no es por obras, es por fe.

David, tras reconocer la malignidad de su pecado, no se conformó con saber que podía ser perdonado y clamó en oración: «Lávame más y más de mi maldad y límpiame de mi pecado» (Salmo 51:2). Dios es quien realiza la purificación tanto del santuario como de cada individuo. Nadie logrará obtener por sus propios méritos la limpieza del alma; es una obra exclusiva del Salvador. Únicamente él podrá declararnos limpios, el tribunal escatológico fallará en favor de «los santos del altísimo» (Daniel 7:22). Por tanto, «conviene preparar el corazón para recibir el Espíritu Santo, que corra por todo nuestro ser. Conviene que abra la puerta del templo del alma, y deje que el Salvador entre. "Yo estoy a la puerta y llamo", dice el Salvador; "si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (Apocalipsis 3:20)» (*Sermones escogidos,* tomo 1, pág. 327).

Muchos podemos entristecernos y lamentarnos al ver que nuestra vida parece sucia —de hecho lo está— y llegamos a dudar de la seguridad de nuestra salvación y a tener en poca estima la obra de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote. Durante esos momentos de dudas y temor es preciso recordar que «engañoso es el corazón

más que todas las cosas» (Jeremías 17:9). Nuestro Señor «se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo propio» (Tito 2:14). Cristo entregó su vida a cambio de nuestra limpieza. A tal propósito se nos dice: «Si crees que estás perdonado y limpiado, Dios suple el hecho [...] así es no porque lo sientas, sino porque Dios lo ha prometido» (*El camino a Cristo,* cap. 6, p. 78). Quizá la mejor manera de leer Daniel 8: 14 sea haciendo nuestra propia paráfrasis del texto: «Pasarán dos mil trescientas tardes y mañanas y *mi vida será purificada».*

**Referencias**

[1] C. M. Maxwel, «The Investigative Judgment: Its Early Development» en Frank B. Holbrook, ed., *The Doctrine of the Sanctuary. A Historical Survey* (Silver Spring: Biblical Research Institute, 1988), p. 125. La cursiva es nuestra.

[2] Citado en Alberto R. Timm, *El santuario y el mensaje de los tres ángeles. Factores integradores en el desarrollo de las doctrinas de la Iglesia Adventista del Séptimo Día* (SALT: Universidad Peruana Unión, 2004), p. 29.

[3] Ver nota anterior, pp. 30, 31. Las otras cinco son: Jesucristo, el cielo, Judá, el templo de Jerusalén y el Santo de los santos.

[4] George R. Knight, *Nuestra iglesia: Momentos históricos decisivos* (Doral: APIA, 2007), p. 33.

[5] Godfrey T. Anderson, «Sectarianism and Organization, 1846-1864» en Gary Land, ed., *Adventism in America. A History,* Revised Edition (Berrien Springs: Andrews University, 1998), p. 32.

[6] «Crosier, Owen R. L» en Don Neufeld, ed. *Seventh-Day Encyclopedia* (Washington: Review and Herald, 1966), p. 313.

[7] George R. Knight, *Nuestra identidad: Origen y desarrollo* (Doral: APIA, 2007), p. 75.

[8] George R. Knight, *Millenial Fever and the End of the World. A Study of Millerite Adventism* (Boise: Pacific Press, 1993), p. 306.

[9] Paul A. Gordon, *The Sanctuary, 1844 and the Pioneers* (Silver Spring: Ministerial Association General Conference of Seventh-Day Adventist, 2000), p. 35.

[10] Maxwell, art. citado, p. 518.

[11] Ver nota anterior, p. 519.

[12] Enoc de Oliveira, *La mano de Dios al timón* (Buenos Aires: ACES, 1986), p. 133.

[13] Richard Schwarz y Floyd Greenleaf, *Portadores de luz* (Doral: APIA, 2000) p. 624.

[14] Roy Adams, *El santuario* (Miami: APIA, 1988), pp. 80-87. Adams sugiere que el trasfondo de Daniel 8: 14 se encuentra en 2 Crónicas.

[15] Ver por ejemplo Ángel Manuel Rodríguez, «Significación del lenguaje ritual de Daniel 8: 9-14» en Frank B. Holbrook, ed., *Simposio sobre Daniel* (Doral: APIA, 2010), pp. 535-558; Jacques B. Doukhan, *Secretos de Daniel* (Doral: APIA, 2008), pp. 129-131; William H. Shea, *Daniel: Un enfoque cristocéntrico* (Doral: APIA, 2010), pp. 196-201.

[16] A. M. Rodríguez, artículo citado, pp. 538-541.

[17] William Shea, «Literary Form and Theological Function in Leviticus» en Frank B. Holbrook, ed., *70 Weeks, Leviticus, Nature of Prophecy* (Silver Spring: Biblical Research Institute, 1986), pp. 131-168. Ver también Yehuda Raddy, «Chiasm in Tora» en *Lingüística Bíblica* 19 (1972), pp. 21-23.

[18] Richard Davidson, «The Good News of Yom Kippur» en *Journal of the Adventist Theological Society* 2/2 (1991), p. 13.

[19] Angel M. Rodríguez, «La doctrina del Santuario» en *Teología: Fundamentos bíblicos de nuestra fe,* tomo 4 (Doral: APIA, 2006), p. 118.

[20] Roy Gane, «Temple and Sacrifice» en *Journal of the Adventist Theological Society* 10/1-2 (1999), p. 365.
[21] Derek Tidball, *Levítico: Libres para ser santos* (Barcelona: Publicaciones Andamio, 2009), p. 255.
[22] Francis D. Nichold, ed., *Comentario bíblico adventista* (Buenos Aires: ACES, 1992), tomo 1, p. 793.
[23] Carlos del Valle, ed., *La Misná* (Madrid: Nacional, 1981), p. 344.
[24] Para más detalles, consulte Ivan Blazen, «Justification and Judgment» en Frank B. Holbrook, ed., *70 Weeks, Leviticus, Nature of Prophecy* (Washington: Biblical Research Institute, 1986), pp. 339-388.
[25] Roy Gane, *Sin temor al juicio* (Doral: APIA, 2006), p. 54.

# 11

# Un pueblo con una misión profética

¿Qué opinión tiene usted de Harold Camping? Por si no sabe quién es él, solo le diré que Camping enseñó que el fin del mundo habría de ocurrir el 21 de mayo de 1988. Como nada ocurrió, entonces cambió la fecha: 7 de septiembre de 1994. Por supuesto, el mundo llegó a su final, por lo que una vez más Camping hizo gala de obsesión por las fechas, y comenzó a proclamar que el juicio final se llevaría a cabo el 21 de mayo de 2011 y de inmediato comenzaría la gran tribulación. Nada de esto ocurrió.

¿Qué diríamos de este mensaje? Antes de que usted emita un juicio de valor sobre el hermano Camping, deténgase un momento y lea esta declaración emitida por William Miller en 1818:

> «Concluí que los siete tiempos de supremacía de los gentiles debían comenzar cuando los judíos, tras el cautiverio de Manases, dejaron de ser una nación independiente. Según los especialistas en cronología esto ocurrió en el 677 a. C; el 457 a.C. marca el inicio de los 2.300 días y de las setenta semanas; los 1.335 días comenzaron en el 508 d. C. con la erradicación del continuo y el establecimiento de la abominación desoladora (Dan. 12: 11) y de la supremacía papal [...]. Reconocí que todos estos períodos proféticos [...] tendrían que terminar juntos en 1843. En 1818, tras concluir dos años de estudios de las Escrituras, llegué a la solemne conclusión de que en aproximadamente veinticinco años contados a partir de la fecha, nuestro mundo desaparecería, con todo su orgullo, poder, pompa, vanidad, maldad y opresión; y los reinos de este mundo serán destruidos por el pacífico y anhelado reino del Mesías que sería establecido bajo el cielo. Entendí que la gloria del Señor se manifestaría en tan solo veinticinco años». [1]

Según Miller, el desenlace final de la historia de este mundo llegaría en 1843. A pesar de la cercanía del «fin», él se mostraba radicalmente reticente a exponer en público tan atrevida aseveración. Pero en agosto de 1831, después de trece años de postergación, aceptó hacer públicas las conclusiones a las que había llegado tras largos años de estudio y meditación de la Palabra de Dios. Como era de esperar, la novedad de su mensaje cautivó la atención no solo de la gente sino también de las iglesias. Aunque Miller llegó a tener credenciales de ministro bautista, ello no evitó que otras confesiones cristianas abrieran las puertas de sus templos para escuchar sus fascinantes interpretaciones de los libros de Daniel y Apocalipsis. En la obra clásica *Cristo en su santuario,* Elena G. de White dice que «en muchos lugares se le abrían de par en par las iglesias protestantes de casi todas las denominaciones, y las invitaciones para trabajar en ellas le llegaban generalmente de los ministros de las diversas congregaciones» (cap. 4, p. 69).

Su mensaje encendió la llama de un despertar espiritual que impactó profundamente a la sociedad estadounidense. Se congregaban multitudes ávidas de conocer las señales de los tiempos; los pueblos y las aldeas quedaban transformados al oír la seguridad con que Miller pronosticaba la inminente llegada del «fin». Los ateos y deístas echaban mano del dardo de la fe. Miller no se detenía, predicaba por todas partes. El historiador adventista C. Mervyn Maxwell comenta que el propio Miller trabajó «en la conversión de 6.000 almas». [2] Más tarde, con la ayuda de Joshua V. Himes el mensaje millerita comenzó a repercutir en las grandes ciudades norteamericanas, no solo por medio de la palabra hablada, sino también a través de la página impresa. El ambiente de expectación apocalíptica que reinaba en aquellos tiempos era tan evidente que casi se podía palpar.

Cuando 1843 ya estaba a las puertas, los milleritas se abocaron a un estudio mucho más detenido de las profecías; lo cual los llevó a establecer una fecha más precisa para el fin: el 21 de marzo de 1844. Luego, Samuel S. Snow continuó profundizando el asunto y sugirió que el final de los 2.300 días debía ocurrir en el otoño de 1844. Finalmente, concluyeron que Cristo vendría a la tierra en gloria y majestad el martes 22 de octubre de 1844. Como usted ya sabe, el Señor no vino, lo cual ha sido motivo para que nosotros, los herederos del movimiento millerita, hayamos sido objeto de todo tipo de críticas y vejaciones.

Vale la pena que preguntemos si acaso los milleritas fueron los únicos en fijar una fecha de caducidad a nuestro mundo. La respuesta es simple: no. Cotton Mather, el influyente ministro puritano, sugirió que el fin del mundo ocurría en 1697, luego lo cambió a 1716 y posteriormente a 1736. Jonathan Edwards, uno de los grandes teólogos protestantes, ex rector de la Universidad Princeton, señaló el año 1886 como el fin de todo; Charles Finley, el famoso evangelista, declaró en 1835 que el milenio podría comenzar en solo tres años, es decir en 1838. [3] John A. Brown, como Miller, también fijó el final de los 2.300 días en 1843. El banquero inglés Henry Drummond dedicó la mayor parte de sus recursos financieros a advertir a la gente que la venida de Jesús ocurría en 1847, como también lo creyó el

anglicano Joseph Wolff. William C. Davis creyó y enseñó que en 1843, 1844 o 1847 había de ocurrir algún gran acontecimiento relacionado con el fin del mundo. Incluso, un juez católico romano del Tribunal Supremo de México, el magistrado José de Rozas, formaba parte de la plétora de personalidades influyentes que esperaban con expectación el fin del mundo en esa época. [4]

Si todos estos personajes también fijaron fechas para la segunda venida de Cristo, ¿por qué fueron Miller y sus seguidores los que produjeron el Gran Despertar religioso del siglo XIX? La razón es que la obra de Miller y la de sus herederos directos, los adventistas del séptimo día, formaba parte de los designios proféticos de Dios. Su mensaje y experiencia habían sido predichos por el apóstol Juan en el capítulo 10 del libro de Apocalipsis. [5]

## Un pueblo profético

La relevancia de Apocalipsis 10 se hace notoria por el personaje que entrega el mensaje al profeta. Juan lo describe como «un ángel fuerte, envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza. Su rostro era como el sol .y sus pies como columnas de fuego»; sus pies abarcan la tierra y el mar, y su voz es como el rugido del león (Apocalipsis 10:1-3). En Apocalipsis 1 se usa una fraseología similar para referirse a Cristo (Apocalipsis 1:12-16). La descripción del ángel de Apocalipsis 10 sigue muy de cerca la narración que hace Ezequiel de la «gloria de Jehová» (Ezequiel 1:26-28). Por tanto, en Apocalipsis 10 no tenemos a un ángel común, sino uno que posee atributos exclusivos de un miembro de la Deidad. Elena G. de White nos informa que «el ángel poderoso que instruyó a Juan era nada menos que Cristo» (*El Cristo triunfante,* p. 346).

Juan declara que el «ángel fuerte», que es Cristo, «clamó a gran voz, como ruge un león, y [...] siete truenos emitieron sus voces» (versículo 3). Cuando el profeta se prestaba a poner por escrito lo que había escuchado, «una voz del cielo» le ordenó: «Sella las cosas que los siete truenos han dicho, y no las escribas» (versículo 4). Como ya lo ha demostrado William H. Shea, en Apocalipsis los «truenos» siempre están ligados a escenas relacionadas con juicios. [6] Elena G. de White destaca que «la luz especial que se le dio a Juan, expresada en los siete truenos, era un bosquejo de sucesos que debían ocurrir bajo los mensajes de los ángeles primero y segundo. Los mensajes de los ángeles primero y segundo debían ser proclamados; pero no había de revelarse mayor luz antes que esos mensajes hubiesen hecho su obra específica» (*El Cristo triunfante,* p. 346). Tanto el mensaje del primer ángel como el del segundo son advertencias de juicio contra el mundo y contra Babilonia (Apocalipsis 14: 6-8).

Juan también declara que Jesús «tenía en su mano un librito abierto» (Apocalipsis 10:2). El profeta recibió la orden de tomarlo y comerlo. Tras haberlo hecho

nos cuenta su experiencia: «En mi boca era dulce como la miel, pero cuando lo hube comido amargó mi vientre» (versículo 10). ¿Cuál es este libro que ahora permanece abierto en las manos de Cristo? A fin de ahorrar tiempo y evitarnos toda una perorata exegética para tratar de explicar este asunto, dejemos que Elena G. de White nos ofrezca la más autorizada repuesta a dicho interrogante:

> «El libro que fue sellado no fue el Apocalipsis, sino la porción de la profecía de Daniel que se refería a los últimos días. La Escritura dice: "Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará" (Dan. 12: 4). Cuando se abrió el libro se proclamó: "El tiempo no será más" (Apocalipsis 10:6). Ahora ha sido abierto el libro de Daniel, y la revelación hecha por Cristo a Juan debe llevarse a todos los habitantes de la tierra. Mediante el aumento del conocimiento debe prepararse a un pueblo para que resista en los últimos días» (*Mensajes selectos*, tomo 2, p. 120).

La profecía prescribía que una porción del libro de Daniel quedaría sellada únicamente «hasta el tiempo del fin» (Daniel 12:9). En Apocalipsis 10 Cristo proclama que ese «tiempo del fin» ha llegado a su conclusión ***y***, por tanto, el sello que había limitado el entendimiento de esa «porción de la profecía de Daniel» tenía que ser eliminado. Por eso en lugar de estar sellado, el libro de Daniel está abierto en las manos del «ángel fuerte», ahora todos podrán entender su contenido. Como especifica Daniel 12, este sello sería quitado tras finalizar el período de los 1.260 años; es decir después de 1798. Entonces, el Señor suscitaría el nacimiento de un pueblo con vocación profética. Tanto Jeremías como Ezequiel al aceptar su llamamiento como mensajeros del Señor tuvieron que comer «la Palabra de Dios» (ver Jeremías 15:16; Ezequiel 3:5-11). En la figura de Juan, Dios saca a relucir un grupo escogido de hombres y mujeres que tendrían una relación tan especial con el libro de Daniel, que su estudio y su predicación sería su alimento. «Comer el libro» de Daniel no era más que un símbolo de «la comisión de proclamar» el mensaje de Dios. [7] Y ahí es donde interviene el movimiento millerita.

Miller desveló ante el mundo la «porción de la profecía de Daniel» que había quedado sellada: el significado de los periodos proféticos de Daniel 8, 9 y 12. Después de que durante años hubo pasado noches enteras estudiando y orando, se había preparado para exponer con denuedo y claridad el mensaje que ni siquiera el mismo Daniel pudo comprender en toda su plenitud. Apocalipsis 10 nos enseña que Miller y su movimiento no fueron resultado del afán escatológico que imperaba en sus días, sino el fruto de lo que Dios ya había designado con siglos de antelación. Por eso su mensaje tuvo un impacto poderoso y perdurable en la mente de sus oyentes, y por eso la fecha que asignó para el fin del mundo no pasó desapercibida como la de muchos de sus contemporáneos.

# El Gran Chasco de 1844
# Y los primeros mensajes de Apocalipsis 14

Al disfrutar de la fase del librito que era «dulce como la miel», el movimiento millerita se empeñó en cuerpo y alma en dar a conocer el mensaje del primer y segundo ángeles de Apocalipsis 14, precisamente los mensajes que fueron «bosquejados» en los «siete truenos». Al proclamar que la «hora del juicio» divino se concretaría en la segunda venida de Cristo que, según ellos, habría de ocurrir el 22 de octubre de 1844, Miller y sus seguidores divulgaron el contenido del mensaje del primer ángel. [8] Dicho mensaje fue presentado desde esta perspectiva histórica entre 1831 y 1843.

Sin embargo, puesto que Cristo no vino en 1844, el mensaje que había sido «dulce como la miel» se convirtió en una experiencia amarga y terrible. Los milleritas vivieron en carne propia lo que se conoce como el Gran Chasco de 1844. El fracaso del cumplimiento profético no solo los desmoralizó sino que los convirtió en objeto de los más viles comentarios. Refiriéndose a esto, el 13 de diciembre de 1844 el propio Miller escribió a I. O. Orr que «parecía que todos los demonios del infierno se nos habían venido encima. Aquellos, y otros tantos, que solo hacía dos días lloraban pidiendo misericordia, ahora se unían a la chusma y se burlaban, escarneciendo y amenazando de una forma en extremo blasfema». [9]

Gran parte de la cristiandad supone que el Chasco fue provocado por los «errores» de la interpretación de la Iglesia Adventista, pasando por alto el hecho de que nuestra iglesia ni siquiera existía en 1844. Sin embargo, la verdad es que el movimiento millerita constituía un movimiento interconfesional que incluía «protestantes, episcopalianos, metodistas episcopalianos, metodistas primitivos, metodistas wesleyanos, bautistas cerrados o calvinistas, bautistas arminianos, presbiterianos, congregacionalistas, luteranos de la antigua y de la nueva escuela» y muchos más.[10]

Pero en la medida en que la fecha se iba acercando muchos de los dirigentes de estas iglesias comenzaron a revelar sus dudas y tomaron medidas disciplinarias contra los que aceptaban el mensaje millerita. Muchos miembros fueron expulsados bajo la acusación de «creer, enseñar, testificar y proclamar la esperanza adventista». [11] A pesar de la ostensible oposición de dichas iglesias, Miller nunca animó a sus seguidores a que abandonaran sus congregaciones de origen. Sin embargo, en 1843 ya era imposible que el millerismo coexistiera en armonía con tales iglesias [12] lo cual provocó que para octubre de 1844 más de cincuenta mil personas se habían separado de sus respectivas congregaciones. [13] La lucha entre Miller y las iglesias protestantes se hizo cada vez más ardua. Al rechazar el mensaje profético el protestantismo devino en un sistema após-

tata gemelo del que imperó entre la cristiandad durante gran parte de la Edad Media (ver Apocalipsis 13).

El mensaje del segundo ángel confrontó directamente a esas iglesias y proclamó la caída de quienes hicieron oídos sordos al mensaje divino. [14]

Lo cierto es que había «detalles específicos» con respecto a los primeros dos mensajes de Apocalipsis 14 que iban a ser entendidos tan pronto quedara atrás esa amarga experiencia.

En resumen, la gran desilusión de los milleritas se debió a dos componentes esenciales: (1) Cristo no vino el 22 de octubre de 1844; (2) las iglesias protestantes, que otrora habían apoyado a Miller, finalmente acabaron rechazando su mensaje. Siendo así podríamos sugerir, basados en la declaración de Elena G. de White, que el mensaje de los «siete truenos» implicaba que Dios había preparado de antemano aquella experiencia «amarga» para los milleritas, pero a Juan no se le permitió que la contara. La pregunta oportuna aquí es por qué Dios permitió que el gozo del mensaje se convirtiera en «amargura» y desilusión.

## «Es necesario que profetices otra vez»

No creo que sea conveniente que tratemos de procurar una explicación lógica a todas las acciones de la Deidad. Como bien dijera el apóstol Pablo: «¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!» (Romanos 11:33). En otras palabras, no podemos conocer a fondo todos los misterios que enmarcan las acciones divinas, por lo menos no ahora que nuestro conocimiento de Dios está limitado por nuestra condición pecadora. ¿Podría haber evitado Dios que esos milleritas vivieran una experiencia tan bochornosa? Creo que la respuesta es obvia; sin embargo, no lo hizo. Todos los que hemos atravesado situaciones decepcionantes que nos han llevado al borde de la desesperación, pero que, gracias a la bondad y el consuelo divinos, hemos logrado visualizar por lo menos una tenue luz en medio de la bruma que ha rodeado nuestra vida, sabemos que en ocasiones Dios convierte el dolor que nosotros mismos nos causamos en un eficaz curso intensivo de aprendizaje.

José llegó a ser un gran estadista solo después de haber experimentado las atrocidades de la traición y del calabozo. Daniel vivió las incomodidades del exilio y la angustia del foso antes de convertirse en el primer ministro de Babilonia. Jesús tuvo que pasar por el Gólgota antes de que los ángeles lo escoltaran hacia el santuario celestial. Pablo cayó del caballo y luego fue el apóstol de los gentiles. En fin, en reiteradas ocasiones nos toca «volver a aprender en la escuela del sufrimiento la antigua lección de la confianza en Dios» (*Mensajes selectos,*

tomo 2, p. 191). No me cabe la menor duda de que los mejores hombres que han pasado por este planeta se han graduado en la escuela de la aflicción.

El Señor aprovechó el Chasco de 1844 para enseñar a los milleritas a confiar en todo momento en él y mostrar al mundo quiénes estaban listos para asumir la responsabilidad que el cielo les había reservado. Como era de esperar, no todos aprendieron estas lecciones puesto que algunos abandonaron la fe y otros siguieron poniendo fechas. Sin embargo, algunos continuaron estudiando con el objetivo concreto de averiguar dónde habían fallado. Los adventistas somos ese tercer grupo. ¿Sabe usted por qué logramos salir fortalecidos de aquel chasco? Porque seguimos avanzando y aprendiendo hasta que el Señor, por medio del estudio de su Palabra, nos indicó cuál había sido el error de Miller. ¿Y cómo lo hizo? Llevando la mente y el corazón de nuestros pioneros al estudio del santuario: «El asunto del santuario fue la llave que reveló el misterio del chasco de 1844. Exhibió todo un sistema de verdades, relacionado y armonioso, que mostraba que la mano de Dios había dirigido el gran movimiento adventista y, al poner de manifiesto la situación y la obra de su pueblo, le indicaba cuál era su deber de allí en adelante» (*Cristo en su santuario,* cap. 8, p. 115).

El estudio del santuario los llevó a descubrir, como ya hemos visto, que en 1844 Cristo no vendría a la tierra sino que iniciaría la segunda fase de su ministerio en el santuario celestial. El fallo no estuvo en la cronología profética, sino en la ubicación de su acontecimiento cumbre. Conocer esto infundió en nuestros pioneros la certeza de que Dios mantenía control y que a ellos les correspondía dar a conocer la verdad del santuario al mundo. Por eso los adventistas nos identificamos con las palabras de Juan: «Él me dijo: "Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes"» (Apocalipsis 10:11). De las cenizas del movimiento millerita Dios suscitó un pueblo que pondría en alto las verdades esenciales para el fin de los tiempos. El Gran Chasco nos enseñó a confiar en Dios y nos preparó para llevar a cabo la misión de predicar el triple mensaje angélico de Apocalipsis 14.

El cumplimiento de Apocalipsis 10 en la historia del movimiento adventista constituye una prueba irrefutable de que «Dios no conduce nunca a sus hijos de otra manera que la que ellos elegirían si pudiesen ver el fin desde el principio, y discernir la gloria del propósito que están cumpliendo como colaboradores suyos» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 22, p. 202).

Quizá en estos momentos usted se encuentre atravesando la etapa en que el libro es «amargo», las cosas no salen de la mejor manera. Probablemente le está tocando vivir su propio «chasco». No se desanime, Dios lo está preparando para algo mucho más grande. Esos momentos de aparente incertidumbre más que evidencia de duda, son pruebas contundentes de que Dios purifica y refina la fe que usted ya tiene. Al final de todo usted saldrá fortalecido y preparado para contar al mundo las cosas maravillosas que Dios ha hecho en su vida.

Hace algunas semanas un amigo, Omar Medina, me mandó un poema muy bello, y me gustaría compartir con usted una de sus estrofas:

> «Por algo pasan las cosas que más te cuesta aceptar,
> fue oruga la mariposa antes de poder volar,
> y esa angustia que hoy te quema, y que te causa desvelo,
> mañana será la estrella que más brille en tu cielo».

Así sucedió con el movimiento adventista. Así sucederá con todo aquel que se aferre al brazo del Todopoderoso.

---

**Referencias**

[1] Joshua V. Himes, *Memoirs of William Miller* (1853), p. 76. Consultado el 27 de mayo de 2013 en http://centrowhite.org.br/files/ebooks/apl/all/Bliss/Memoirs%20of%20William%20Miller.pdf

[2] C. Mervyn Maxwell, *Dilo al mundo* (Miami: APIA, s.f.), p. 16

[3] George R. Knight, *Nuestra identidad: origen y desarrollo* (Doral, Florida: APIA, 2007), pp. 46, 44.

[4] Ver *Los adventistas del séptimo día responden preguntas sobre doctrina,* edición anotada por George R. Knight (Doral, Florida: APIA, 2008), pp. 264, 265.

[5] No disponemos de espacio ni de tiempo para abordar todos los detalles relacionados con Apocalipsis 10, pero si quiere ampliar lo expuesto en este capítulo, vea William H. Shea, «El ángel fuerte y su mensaje» en Frank. B. Holbrook, ed., *Simposio sobre Apocalipsis* (Doral, Florida: APIA, 2010), 1.1, pp. 333-386; Hans K. LaRondelle, *Las profecías del fin* (Buenos Aires: ACES, 1999), pp. 202-217; Mervyn Maxwell, *El destino del planeta en rebelión* (Miami, Florida: APIA 1993), pp. 269-368; Elena G. de White, «El mensaje de Apocalipsis 10» en *Mensajes selectas* (Miami, Florida: APIA, s.f.), tomo 3, pp. 123-133.

[6] Shea, artículo citado, p. 352; Joseph J. Battistone, *Apocalipsis l: La iglesia de Dios en un mundo hostil* (Miami, Florida: APIA, 1989), p. 114.

[7] Ranko Stefanovich, *Revelation of Jesus Christ: A Commentary on the Book of Revelation* (Berrien Spring, Michigan: Andrews University, 2009), 2ª ed., p. 335.

[8] Alberto R. Timm, *El santuario y el mensaje de los tres ángeles: Factores integradores en el desarrollo de las doctrinas de la Iglesia Adventista* (Lima: SALT & Escuela de Posgrado de la Universidad Peruana Unión, 2004), pp. 49-51.

[9] Citado por Knight, *Nuestra identidad,* p. 63.

[10] P. Gerard Damsteegt, *Foundations of the Seventh-Day Adventist Mission* (Berrien Springs, Michigan: Andrews University Press, 1995), p. 15.

[11] LeRoy E. Froom, *The Prophetic Faith of Our Father: The Historical Development of Prophetic Interpretation* (Washington, D.C.: Review and Herald, 1946-1954), tomo 4, *p.* 449.

[12] George R. Knight, *William Miller and the Rise of Adventism* (Boise, Idaho: Pacific Press, 2010), p. 129.

[13] George R. Knight, *Millenial Fever and the End of the World. A Study of Millerite Adventism* ***(Boise:*** Pacific Press, 1993), p. 157.

[14] Ver Don F. Neufeld, ed., «Three Angels' Messages» en *Seventh-Day Adventist Encyclopedia* (Hagerstown, Maryland: Review and Herald, 1996), vol. M-Z, pp. 773; Hans K. LaRondelle, «El remanente y el mensaje de los tres ángeles» en *Teología: Fundamentos bíblicos de nuestra fe* (Doral, Florida, 2008), t. 9, pp. 227.

# 12

# El santuario
## Centro del gran conflicto

Quizá usted no se ha dado cuenta, pero cada una de las siete secciones en las que se divide el libro de Apocalipsis está precedida por una escena introductoria del santuario celestial. [1] En este caso quisiera llamar su atención a la cuarta escena cúltica, la que introduce la visión incluida en Apocalipsis 12: 1-15: 4. En los capítulos 12 y 13 se describe a los tres principales enemigos del pueblo de Dios: el dragón, la bestia del mar y la bestia de la tierra. He aquí la escena del santuario que introduce la visión profética de mayor trascendencia para los que vivimos en la última etapa de la historia de la humanidad: [2]

> «El templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se dejó ver en el templo. Hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y granizo grande» (Apocalipsis 11:19)

Cuando el arca era sacada del santuario y se ponía delante del pueblo, Moisés clamaba: «¡Levántate, Jehová! ¡Que sean dispersados tus enemigos y huyan de tu presencia los que te aborrecen!» (Números 10:35). Cuando el tabernáculo se hallaba en Silo, los israelitas decían: «Traigamos el Arca del Pacto de Jehová, para que, estando en medio de nosotros, nos salve de manos de nuestros enemigos» (1 Samuel 4:3). Al presentar el Arca del Pacto a Juan, Dios aseguraba de antemano al profeta que, en medio de las vicisitudes generadas por los encarnizados conflictos contra las fuerzas del mal, los hijos de Dios podían contar con la victoria sobre el dragón y sus aliados. Dicho triunfo sería una continuación del que había obtenido Miguel en una contienda anterior. ¿Dónde se entabló esa batalla?

# ¿Una guerra en el «santuario»?

Al describir uno de los cuadros que integran el mosaico del conflicto cósmico, el apóstol Juan declaró: «Entonces hubo una guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón. Luchaban el dragón y sus ángeles, pero no prevalecieron ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero» (Apocalipsis 12:7-9). ¿Una guerra en el cielo? Esto va en contra de lo que siempre nos han dicho en cuanto a que el cielo es un lugar donde impera absoluta paz. A fin de que podamos comprender este asunto hemos de volver nuestra atención a dos capítulos de la Biblia que contienen detalles adicionales respecto de lo dicho por el vidente de Patmos: Isaías 14 y Ezequiel 28.

El profeta Ezequiel hace referencia directa a un «querubín grande y protector» que habitaba en «el monte santo de Dios» (Ezequiel 28: 14). Dicho personaje era el «sello de la perfección» «en todos sus caminos» hasta que se puso en evidencia la maldad que abrigaba en lo más recóndito de su alma (versículos 11, 15) y «se enalteció su corazón a causa de su hermosura» (versículo 17).

Al presentar al llamado «Lucero de la mañana», Isaías 14:4-21 lo hace mediante un «cántico del rey derrocado». [3] Según el profeta el «lucero de la mañana» se propuso: (1) subir al cielo, (2) levantar su trono y sentarse en el «monte del testimonio» y (3) ser «semejante al Altísimo». Es interesante observar que tanto en Ezequiel como Isaías el castigo final conlleva que el personaje en cuestión es derribado.

¿Quién es el «querubín protector», el «lucero, hijo de la mañana» del cual hablan estos profetas? Las características mencionadas en estos pasajes no son propias de ningún ser humano. En la Biblia la expresión «querubín» solo se aplica a seres celestiales. Según el libro de Ezequiel los querubines moran junto al trono de Dios (Ezequiel 10:4, 7, 10). Dios habita «entre los querubines» (Isaías 37:16) y «está sentado sobre los querubines» (Salmo 99:1). Lucifer «era el más honrado por Dios», «el más exaltado en poder y en gloria entre los habitantes del cielo», «era el principal de los querubines cubridores» (*Patriarcas y profetas,* cap. 1, p. 13). Lucifer era la contraparte celestial de los querubines que cubrían el Arca del santuario terrenal (Éxodo 25:18).

En la Biblia, la expresión «lucero» o «estrella» jamás se utiliza para referirse a un ser humano. En 2 Pedro 1:19 es un título aplicado a Cristo (***cf.*** Apocalipsis 22: 16). Por ende, en Isaías 14:12, el «Lucero hijo de la mañana» es un personaje espiritual que pretende usurpar el lugar de Cristo en la Deidad. Sin duda alguna, Satanás es el único que encaja con las descripciones mencionadas en estos dos libros proféticos. La Vulgata Latina tradujo la palabra hebrea *helel* como «Lucifer», es decir, «portador de luz». Pablo dijo que Satanás «se disfraza de ángel de luz» (2 Corintios 11:14).

El error de Lucifer consistió en querer «sentarse en el trono de Dios» que estaba ubicado en el «monte del testimonio». Jeremías dice que el «trono [de Dios] es el lugar de su santuario» (Jeremías 17:12). Cuando sale «una gran voz del santuario», en realidad está saliendo desde el «trono de Dios» (Apocalipsis 16:17). El dragón pelea porque quiere gobernar el santuario de Dios ***(cf.*** 2 Tesalonicenses 2:4). Quiere recibir la adoración que le corresponde a Cristo. La adoración es un elemento clave en el desenlace final del gran conflicto (ver Apocalipsis 14:7). Satanás pretendía recibir la gloria que se le tributaba a Dios en el santuario celestial. ¡Eso era inaceptable! ¡Dios no comparte su gloria! Lucifer no quiso entenderlo y se propuso «reformar el gobierno de Dios» (*Historia de la redención,* cap. 1, p. 15) y «comenzó insinuando dudas acerca de las leyes» de Dios (*Patriarcas y profetas,* cap. 1, p. 15). Su rebelión activa «era un crimen enorme. Todo el cielo parecía estar conmocionado. Los ángeles se ordenaron en compañías. [...]. Hubo guerra en el cielo» (*Historia de la redención,* cap. 1, pp. 17,19). Esa guerra ocurrió en el mismo templo celestial.

Puesto que el dragón no pudo conquistar el santuario celestial, «fue lanzado fuera» (Apocalipsis 12:9), quedó expulsado «del monte de Dios» (Ezequiel 28:17), arrojado «del cielo» (Isaías 14:12). Jesús lo confirmó cuando dijo: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lucas 10:18). [4] Lo mismo podría sucederle a todo aquel que vaya en pos de las pisadas del príncipe de las tinieblas.

## La guerra llega al primer santuario de la tierra

Al no poder conquistar el santuario celestial, Satanás se empeñó en gobernar el primer santuario de Dios en la tierra: el jardín del Edén. El Edén presentaba una serie de características que nos llevan a identificarlo como el espacio santo donde Dios se encontraba con sus criaturas. Por ejemplo, Génesis 3:8 dice claramente que la «presencia de Dios» se manifestaba allí, tal y como ocurriría en el santuario (Éxodo 25:8; Levítico 26:12; 2 Samuel 7:6). [5] La presencia de Dios hacía del Edén un Lugar Santo. [6]

En Génesis 2: 15 se le ordena a Adán que «labrara» (hebreo *abad*) y «cuidara» (hebreo *shamar*) el huerto. Estos verbos son usados juntos para describir la obra de los sacerdotes que debían «servir» (hebreo *abad*) y «guardar» el templo de todo tipo de contaminación (Números 3:7-8; 1 Crónicas 23:32). Por tanto, en Adán tenemos al primer sacerdote que hubo en esta tierra. El Edén estaba ubicado al oriente (Génesis 2:8), como lo estaba la entrada al santuario (Éxodo 27:13-16) y al templo de Ezequiel (Ezequiel 40:6). Como el santuario, el Edén también tuvo sus querubines (Génesis 3:24). De Edén salían cuatro ríos (Génesis 2:10), así como del santuario de Ezequiel «salían aguas» (Ezequiel 47:1). En definitiva, hay incontables paralelos entre el santuario y el jardín del Edén. [7]

Al engañar a nuestros padres en el primer santuario terrenal Satanás puso de manifiesto la intención que lo movió a rebelarse en el cielo: conquistar el lugar en el que Dios es adorado.

## Guerra contra los otros santuarios terrenales

Curiosamente, tan pronto como Dios dispuso las instrucciones que centralizarían y regularían la adoración en el antiguo Israel, el enemigo procuró evitar que el plan del Señor entrara en funcionamiento. ¿Cómo lo hizo? Impulsó al pueblo a que fabricara un becerro con el apoyo de Aarón para que fuera adorado en lugar del verdadero Dios (ver Éxodo 32). Satanás no soporta ver que Dios tiene un pueblo que le brinda todo el tributo y la honra que merece como nuestro Creador y Redentor.

A lo largo de la historia bíblica el diablo siempre buscó la manera de destruir el santuario y suscitó santuarios rivales que fueron copias del verdadero templo de Dios. Cuando la nación de Israel quedó dividida en dos bandos, Jeroboam estableció lugares altos para que, mediante sacerdotes que no eran levitas, el pueblo ofreciera sacrificios a dioses paganos (1 Reyes 12:25-33).

A pesar de todo, el tabernáculo se mantuvo en pie durante cuatrocientos ochenta años, hasta que Salomón edificó el templo en el siglo IX a. C. Aquel templo fue destruido por completo en 586 a. C. Isaías anunció esta destrucción con las siguientes palabras: «Nuestros enemigos han pisoteado tu Santuario» (Isaías 63:18). El salmista escribió: «Oh Dios, los pueblos paganos han invadido tu herencia; han profanado tu santo templo» (Salmo 79:1, NVI). El templo de Salomón permaneció en ruinas durante setenta años, hasta que Zorobabel inició el proceso de reconstrucción. Herodes comenzó a remodelar este segundo templo el 20 a. C. Tras más de ochenta años de trabajo el templo quedó terminado en el año 63 d. C., y fue destruido siete años después, en 70, por las tropas romanas.

## Guerra contra el santuario celestial

El odio de Satanás contra el santuario, sin embargo, no desapareció con la destrucción del templo terrenal. Daniel 8 describe el momento en que los ataques del enemigo tendrán como blanco el santuario celestial. El profeta menciona un poder, llamado el cuerno pequeño, que «desafió al príncipe de los ejércitos» (Daniel 8:11, RVC) y logró quitar «el sacrificio continuo» y derribar «el lugar de su [del Príncipe] Santuario» (versículo 11). [8] ¿De qué manera quitó el cuerno pequeño «el sacrificio continuo»? Aclaremos que el texto hebreo solo utiliza el vocablo *tamid*, que es «continuo», la palabra «sacrificio» no forma parte del texto original. Como ya he-

mos dicho en el Antiguo Testamento, *tamid* era una expresión que designaba las actividades que se celebraban durante el servicio diario en el Lugar Santo del santuario (ver Éxodo 27:20, 21; 30:8; Levítico 6:13). En el contexto profético, quitar el *tamid* supone eliminar el ministerio de Cristo en el santuario celestial. Al arrogarse a sí mismo la obra del Príncipe, el cuerno pequeño pretende anular la eficacia del ministerio intercesor de Cristo en el santuario mediante el establecimiento de un sistema espurio de mediación, que incluye sacerdotes humanos, santos, ángeles o a María, como enseña el catolicismo romano.

Después, el cuerno pequeño echó por tierra «el lugar de su santuario» (Daniel 8:11). Cuando un enemigo o un ejército es derribado ello implica que ha sido derrotado. Pero en Daniel 8:11 no se derriba a un individuo, sino el «lugar de su santuario». Evidentemente el cuerno pequeño no pudo llegar hasta el cielo y destruir físicamente el santuario celestial. Por tanto, el cuerno pequeño «derribaría», en el sentido de rechazar, abandonar o dejar «el lugar de su santuario». La palabra hebrea *makon*, traducida como «lugar», se usa en el Antiguo Testamento para designar la morada de Dios, tanto el santuario celestial (Salmo 33:14), como el terrenal (Esdras 2:68). En Daniel 8:11 «lugar» puede significar «fundamento» en un sentido metafórico; es decir, podría referirse a la misma esencia y al propósito del santuario. Esta aplicación sería similar a la que encontramos en el Salmo 89:14, donde el «cimiento [*makon*] de tu trono» no es literal sino figurado. De esta manera, cuando el cuerno pequeño se adueña del ministerio continuo del Príncipe, de hecho, rechaza el fundamento mismo del santuario celestial como centro de mediación y perdón para los seres humanos. [9]

Daniel predijo que estas acciones contra el santuario celestial serían contrarrestadas al final de los 2,300 días, es decir a partir de 1844. Dios levantaría un pueblo que vindicara el santuario a través de la proclamación de las verdades salvíficas que encierran sus ritos y símbolos.

## Dios pelea por mí

Como es de esperar, ahora el diablo no cejará en sus esfuerzos por conquistar otro templo: nuestra alma. Ahora nosotros somos la razón principal del gran conflicto entre Dios y Satanás. Como el enemigo ya sabe que no podrá ocupar el lugar de Dios en el santuario celestial, se ha ofuscado en ser el dios de nuestras vidas, el dios de este siglo.

Como tal tratará de evitar por todos los medios que rindamos nuestra adoración al Dios que ha creado todo cuanto existe. Lamentablemente, en muchas cosas, lo ha logrado.

Uno de los libros más interesantes y divertidos que he leído lleva un título muy irreverente, que seguro captará su atención: *Cartas del diablo a su sobrino.* Con el

humor y el sentido común que lo caracteriza, el autor de esta obra, C. S. Lewis, hace alusión a una serie de cartas que Escrutopo, un demonio con mucha experiencia, le envía al joven demonio Orugario, para enseñarle a tentar y derrotar a los seres humanos. Según Escrutopo, algo clave que todo tentador debe saber es que los humanos son «esclavos de lo ordinario». ¿Será cierto lo que dice tal declaración? Bueno, fíjese que nosotros somos esclavos de cosas tan comunes y pasajeras como la comida, Internet, los deportes, la música, los videojuegos o la moda.

Escrutopo pone como ejemplo de este tipo de esclavitud su experiencia con un individuo que no creía en Dios. Un día el ateo comenzó a leer un libro que presentaba pruebas irrefutables de la existencia de Dios y empezó a dudar de su ateísmo. Al ver esto el experimentado demonio trazó un plan para impedir que su súbdito quedara convencido por los contundentes argumentos de aquella obra. La estrategia que utilizó para quitar el libro de la mano y de la mente del ateo fue inducirlo a comer en ese preciso momento, y gracias a la comida el hombre siguió atrapado en las garras demoníacas de Escrutopo. El ateo era esclavo de sus hábitos alimentarios. ¿No le recuerda esto a la experiencia de Esaú, que cambió la bendición de Dios por un plato de comida? (ver Génesis 25:31-33).

¿Y usted? ¿Acaso también es esclavo de algo tan común como un plato de comida? Satanás no planificará nuestra destrucción enviándonos una legión de demonios apestando a azufre. Su plan es sencillo: mantenernos atados a los ídolos ordinarios que nuestro propio corazón ha manufacturado (ver Ezequiel 14:3). Calvino, uno de los padres de la Reforma, dijo acertadamente que «el corazón humano es una fábrica de ídolos».

Si, por alguna razón, hemos caído en los lazos del maligno, nos conviene poner en práctica el consejo de Juan: «Queridos hijos, apártense de los ídolos» (1 Juan 5:21, NVI). Hemos de consagrar todas nuestras fuerzas para que lleguemos a ser una «casa espiritual» en la que habite nuestro Señor (1 Pedro 2:5). Satanás peleará a fin de establecer su dominio sobre nosotros, pero no olvidemos que aunque «el hombre es incapaz de salvarse a sí mismo, [...] el Hijo de Dios pelea sus batallas en favor de él, y lo coloca en un terreno ventajoso al concederle sus atributos divinos. Y cuando el ser humano acepta la justicia de Cristo, es hecho participante de la naturaleza divina» (***Exaltad a Jesús,*** p. 146). Yo quiero que Jesús sea quien pelee por el santuario de mi vida y me conceda «sus atributos divinos». Reconozco que yo no tendría fuerzas para hacerlo por mí mismo. ¿Y usted?

**Referencias**

[1] William H. Shea, «The Cultic Calendar for the Introductory Sanctuary Scenes of Revelation» en *Journal of the Adventist Theological Society*, 11/1-2 (2000), pp. 120-147.

[2] William H. Shea, «The Controversy Over the Commandments In the Central Chiasm of Revelation» en *Journal of the Adventist Theological Society,* 11/1-2 (2000), p. 217.

[3] J. A. Motyer, *Isaías* (Publicaciones Andamio: Barcelona, 2009), p. 195.
[4] A fin de obtener una panorámica bíblica respecto a la figura de Satanás, ver el excelente artículo de Nestor C. Rilloma, «Biography of the Devil: An Alternative Approach to the Cosmic Conflict» en *Journal of Adventist Theological Society*, 13/2 (otoño 2002), pp. 136-150.
[5] T. Stordalen, *Echoes of Eden: Genesis 2-3 and Symbolism of the Eden Garden in Biblical Hebrew* (Lovania, Bélgica: Peeters, 2000), p. 458.
[6] David P Wright, «Holiness, Sex, and Death in the Garden of Edén» en *Bíblica*, 77 (1996), p. 307.
[7] Para más detalles, ver Richard M. Davidson, «Cosmic Metanarrative for the Coming Millennium» en *Journal of the Adventist Theological Society*, 11/1-2 (2000), pp. 108-111. Ver también C. K. Beale «Eden, the Temple and the Church's Mission in the New Creation» en *Journal of the Evangelical Theological Society* 48/1 (marzo del 2005), pp. 5-31; Ángel M. Rodriguez, «Eden and the Sanctuary Israelite» en *Ministry* (abril de 2002), pp. 11-13, 30.
[8] Ver Gerhard F. Hasel, «El cuerno pequeño, el santuario celestial y el tiempo del fin: estudio de Dan e 8: 9-14» en Frank B. Holbrook, ed., *Simposio sobre Daniel: Estudios introductorios y exegéticos* (Doral, Florida: APIA, 2010), pp. 383-470.
[9] William H. Shea, «Dimensiones espaciales en la visión de Daniel 8» en Frank B. Holbrook, ed., *Simposio sobre Daniel: Estudios introductorios y exegéticos* (Doral, Florida: APIA, 2010), pp. 522, 523.

# 13

# «En ella no vi templo»

Hace unos meses atrás volví a leer detenidamente una de las obras más significativas de la vasta producción literaria que Dios nos ha legado a través de la pluma de Elena G. de White: *La educación.* Es la cuarta vez que leo dicho libro; sin embargo, no dejo de asombrarme al continuar encontrando declaraciones que me parece haberlas leído nunca. Me he topado con gemas espirituales que hacen de esta obra un cofre repleto de tesoros que no se descubren a menos que uno la lea varias veces. Debido a que en ese momento mi mente estaba empeñada en atesorar todo lo que me fuera útil para la redacción del libro que usted tiene en sus manos, me propuse estar muy atento a cualquier declaración relacionada con el tema que estamos abordando aquí.

Comparto con usted una cita que para mí resultó totalmente nueva:

> «Pero el pueblo era tardo para aprender la lección. Acostumbrado en Egipto a las representaciones materiales más degradantes de la Deidad, era difícil que concibiera la existencia o el carácter del Invisible. Compadecido de su debilidad, Dios le dio un símbolo de su presencia. "Me erigirán un santuario, y habitaré en medio de ellos" (Éxodo 25: 8)» *(La educación*, cap. 5, p. 35).

Según lo dicho por la sierva de Dios aquí, ¿qué justificó la necesidad de establecer un santuario del verdadero Dios en la tierra? La respuesta es sencilla: las debilidades que tenía el pueblo de representar a la deidad por medio de objetos visibles. Así como los egipcios concebían a Osiris a través de símbolos como el pez, el cocodrilo o el perro, Dios permitió que Israel lo conociera mediante el objeto que simbolizaba su presencia en nuestro mundo: el santuario. En otras palabras, para curar al pueblo de la peligrosa enfermedad de la idolatría, a la cual era proclive por causa de los cientos de años que vivió alrededor de ella en Egipto, el Señor levantó el santuario no para que fuera adorado, sino para que a través de sus muebles y los servicios que se celebraban allí, Israel pudiera obtener una mejor comprensión de quien lo había sacado de esa tierra de servidumbre. Si la nación hebrea no hubiera puesto en evidencia sus debilidades por las representaciones materiales de la Deidad, entonces no habría sido necesario la creación de un lugar que simbolizara la presencia divina en medio de la nación.

Ahora bien, tan pronto tal debilidad sea erradicada por completo de la vida de los seres humanos, entonces ya no será necesario que el Creador se valga de un símbolo para habitar en la tierra que él mismo creó, puesto que su presencia se manifestará de forma concreta, sin representaciones materiales. Cuando eso ocurra «lo veremos tal cómo él es» (1 Juan 3). Por causa de nuestras debilidades y propensiones pecaminosas únicamente podemos verlo «por espejo, oscuramente» pero muy pronto, cuando nos reunamos con él en la tierra nueva, tendremos el privilegio de participar de un encuentro con el Señor «cara a cara» (1 Corintios 13:12; Apocalipsis 21-22). ¿No le gustaría tener parte en ese glorioso momento? Con gozo indescriptible podremos contemplar sin ningún tipo de limitaciones «las maravillas del poder creador, los misterios del amor redentor» (*Cristo nuestro salvador,* p. 175).

## «En ella no vi templo»

Cuando Cristo aparezca en las nubes del cielo «todos seremos transformados» (1 Corintios 15:51). En un instante, en un «abrir y cerrar de ojos», nuestra naturaleza corrupta, mortal **y** pecaminosa será cambiada por una que será pura, inmortal y espiritual (1 Corintios 15:52-53). En otras palabras, justo antes de que hagamos nuestra entrada triunfante a las moradas celestes, Dios erradicará todas las debilidades que se han incubado en nosotros a lo largo de este conflicto milenario entre el bien y mal. Esto nos sirve de advertencia para que no cantemos victoria antes de que el partido concluya. Todavía no somos perfectos ni inmaculados. Todos tenemos una naturaleza humana caída, y será así hasta que suene la trompeta final.

Por supuesto, al ser transformados ya no habrá en nosotros nada que pueda inducirnos a comprender a Dios a través de objetos materiales; por tanto, no habrá necesidad de un templo que represente su presencia en medio nuestro. Esto suscita una interrogante: ¿Habrá un santuario en la tierra nueva? Esa es una buena pregunta, ¿no le parece? Fíjese bien en estas dos declaraciones que provienen del último libro de la Biblia:

> «Por eso están delante del trono de Dios, y *día y noche le sirven en su templo.* El que está sentado en el trono los protegerá con su presencia. Ya no sufrirán hambre ni sed, ni los quemará el sol, ni el calor los molestará; porque el Cordero, que está en medio del trono, será su pastor y los guiará a manantiales de aguas de vida, y Dios secará toda lágrima de sus ojos» (Apocalipsis 7:15-17, DHH).

> «Y oí una gran voz del cielo, que decía: "*El tabernáculo de Dios está ahora* con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron. [...] *En ella no vi templo, porque el Señor Dios Todopoderoso es su templo,* y el Cordero» (Apocalipsis 21: 3, 4, 22).

A primera vista podemos tener la impresión de que estos pasajes se contradicen. El primero dice que los redimidos «sirven» en el templo de Dios. Pero el segundo declara sin ambigüedad que en la nueva Jerusalén Juan no vio un «templo». Entonces, ¿habrá o no habrá templo?

## Ella es el templo

Juan no vio un «templo», un santuario, en la nueva Jerusalén porque ella misma hará la función de santuario divino para todo el universo. [1] Como veremos en este apartado, la iconografía que Juan utilizó para describir a la «santa Jerusalén» tiene sus raíces en el santuario.

Luego de ver a la santa ciudad que descendía desde el cielo, Juan oyó una voz celestial que proclamaba una serie de promesas, he aquí la primera: «El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios» (Apocalipsis 21:3). El profeta Ezequiel usó la misma fraseología cuando dijo: «Y pondré mi santuario entre ellos para siempre. Estará en medio de ellos mi tabernáculo; yo seré el Dios de ellos, y ellos serán mi pueblo» (Ezequiel 37:26, 27; *cf.* Levítico 26:11, 12; Jeremías 24:7). La nueva Jerusalén que desciende a la tierra está dando cumplimiento a las promesas del pacto que el Señor había hecho con sus hijos: Dios vendrá, establecerá su santuario y morará personalmente con nosotros. Tanto Juan como Ezequiel subrayan que todo esto es posible ¡porque Dios lo ha hecho posible!

No obstante, pensará usted para sus adentros: ¡Pero Vladimir acaba de decir que no habrá necesidad de un santuario tras la erradicación del pecado! Bueno, no olvide que dije eso y un poco más: no habrá un templo que represente a Dios. La nueva Jerusalén será el santuario de Dios, pero no será un símbolo de la presencia divina entre nosotros. Ya no será preciso que el Creador sea representado por ningún objeto puesto que él mismo habitará allí y su presencia nos «protegerá» (Apocalipsis 7:15). Apocalipsis declara que Dios establecerá su «tabernáculo», su *skené* entre nosotros. *Skené* es un vocablo estrechamente relacionado con *Shekina*, el elemento que denotaba «la presencia y la gloria de Dios» por medio de la nube y la columna de fuego en el antiguo santuario. [2] Pero ahora no es la *shekina* de Dios la que estará entre nosotros, sino el Creador mismo en persona.

Otros elementos que vinculan a la nueva Jerusalén con el santuario incluyen los siguientes:

- Como el Lugar Santísimo del templo de Salomón, la nueva Jerusalén es un cuadrado perfecto (1 Reyes 6:20; Apocalipsis 21:16).
- Así como en el Lugar Santísimo todo estaba recubierto de oro puro, la nueva Jerusalén es de oro puro (1 Reyes 6:20-22; 2 Crónicas 3:4-8; Apocalipsis 21:18).
- El trono de Dios que siempre ha estado en su santuario (Salmo 11:4; Apocalipsis 7:15, 16:17), ahora es colocado en la nueva Jerusalén (Apocalipsis 22:3).
- Las piedras preciosas que adornan la santa ciudad evocan en nuestra mente las jo-

yas que engalanaban el pectoral del sumo sacerdote (Apocalipsis 21:19, 20; Éxodo 28:15-21). [3]
- El «río limpio, de agua de vida» que fluye desde «del trono de Dios» es una reminiscencia del «río» cuyas «aguas salen del santuario» (Apocalipsis 22:1, 2; Ezequiel 47:12).

En fin, aunque la erradicación del pecado pondrá fin a las funciones del santuario tal y como lo conocemos ahora, todo parece indicar que la nueva Jerusalén, como morada de Dios, será el centro de operaciones del universo. Hay algo más que no podemos pasar por alto antes de finalizar esta sección. Mientras que el templo era motivo de orgullo para la Jerusalén terrenal, en la nueva Jerusalén las cosas serán diferentes. La grandeza de la santa ciudad no radicará en la suntuosidad de un edificio, sino en que en ella habitará el Señor de señores y Rey de reyes, ¡y para nosotros hay espacio allí! Incluso, desde ahora podemos disfrutar por fe de ese momento glorioso, puesto que nuestros nombres ya «están inscritos en el libro de la vida del Cordero» (Apocalipsis 21:27).

## La solución al problema del dolor

Luego de asegurar que Dios habitará con nosotros en la nueva Jerusalén, Juan menciona una serie de promesas que dependen directamente de que Dios esté en nuestro medio. Como lo expresa Joseph L. Trafton, Apocalipsis 21: 3 es la clave de los versículos 1-4. [4] Sin la presencia de Dios sería imposible que felizmente se lleve a cabo todo lo que se promete en el versículo 4. Antes de fijar nuestra atención en estas promesas, permítame llamar su atención a lo siguiente.

El santuario terrenal era la esfera donde habitaba, por medio de la *shekina*, el Dios de la vida. La presencia de Dios convierte lo perecedero en imperecedero. Él es una fuente inagotable de vida y luz. Por eso en el santuario terrenal la luz ardía continuamente, la vara de Aarón no se secaba, ni el maná se agusanaba. Fuera del santuario encontramos exactamente lo contrario: oscuridad, destrucción y podredumbre. Como en el tabernáculo habitaba el Dios de la vida, los escritores bíblicos no dejaban de expresar su inmenso deseo de habitar en dicho lugar. David declaró: «Mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos» (Salmo 84:10). «Mas yo entraré en tu casa por la abundancia de tu misericordia; adoraré con reverencia hacia tu santo Templo» (Salmo 5:7; 49:8). Salmo 65:4: «Bienaventurado el que tú escojas y atraigas a ti para que habite en tus atrios. Seremos saciados del bien de tu Casa, de tu santo Templo». Apocalipsis 21 y 22 describen el glorioso momento cuando los hijos de Dios finalmente podremos morar junto a él en su templo, la santa ciudad.

Al habitar dentro del nuevo santuario de Dios los redimidos quedaremos fuera del alcance del dolor y de la muerte. Juan declara que allá: 1) Nuestras lágrimas serán enjugadas y 2) no habrá más muerte (Apocalipsis 21:4). En este pasaje Juan pone al alcance de nuestro conocimiento los privilegios que tendremos por vivir ante la presencia de Dios en la tierra nueva. Pero además la Inspiración nos está diciendo que la solución al pro-

blema del dolor y del sufrimiento no vendrá mientras este planeta permanezca en su condición caída. A nosotros nos resulta cuesta arriba aceptar estoicamente y con fe todo lo malo que nos ocurre, y que son incontables las veces que lloramos no solo por nuestra impotencia, sino también por el aparente silencio que guarda la Deidad en medio del dolor que sufrimos por vivir en un mundo que ha sido arruinado por el pecado. Sin embargo, llegará el tiempo cuando todo será diferente, porque Dios hará nueva todas las cosas. Pero hemos de aceptar que ese momento, cuando el dolor no existirá más, no forma parte de nuestra experiencia en el mundo. El dolor cesará cuando lleguemos a la nueva Jerusalén.

Como el salmista, alguno podrá decir: «Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche, mientras me dicen todos los días: "¿Dónde está tu Dios?"» (Salmo 42:3). ¿Se ha sentido así? ¿Ha llorado y se ha preguntado dónde estaba el Señor en ese momento de dolor? Creo que la frase de Platón «Cada lágrima enseña a los mortales una gran verdad» sigue siendo cierta. Cada una de nuestras lágrimas nos enseña que vivimos en un mundo caído, pero muy pronto Dios mismo, en persona, se encargará de enjugar cada gota segregada por nuestros ojos. A propósito de esto, la mensajera del Señor nos ofrece esta consoladora declaración:

> «[Jesús] Por medio de sus ángeles susurró a su oído: "No temas; estoy contigo". "Yo soy [...] el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos" (Apocalipsis 1:17, 18). "Conozco tus pesares; los he soportado. Conozco tus luchas; las he experimentado. Conozco tus tentaciones; las he tenido que enfrentar. He visto tus lágrimas; yo también he llorado. Tus esperanzas terrenales están destruidas, pero levanta la vista por la fe, entra detrás del velo, y ancla allí tus esperanzas. Tendrás la eterna seguridad de que puedes contar con un Amigo más íntimo que un hermano"» (*Testimonios para la iglesia*, tomo 2, p. 244).

Sin importar cuando lo dudemos debe fijarse en nuestra mente que el Señor no ha sido indiferente a nuestro sufrimiento; sin que lo sepamos ha contado cada una de nuestras lágrimas, ha llevado un registro exacto y fidedigno de nuestros llantos y sollozos (Sal. 56: 8); y, muy pronto, cuando entremos a su santuario y vivamos allí, todo nuestro dolor será disipado por el bálsamo de su presencia. Juan contempló el momento cuando, con el cariño de una tierna madre, «el Señor se encorva para secar los ojos llenos de lágrimas de sus hijos». [5]

## «No habrá más muerte»

Es innegable que nada puede provocarnos más dolor y sufrimiento que la muerte. Por tanto, al enjugar nuestras lágrimas el Señor también destruirá a la muerte, nuestro último gran enemigo. Por supuesto, este triunfo «sobre la muerte no es un fin en sí mismo; es una bendición que fluye de la comunión con Dios». [6] El salmista escribió: «Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios, el santuario de las moradas del Altísimo» (Salmo 46:4). ¿Cuál es ese río que alegra la ciudad de Dios? Apocalipsis declara que es el río

de la vida (Apocalipsis 22:2). Sí, del santuario de Dios fluirá el río de la vida. Delante de la presencia divina la muerte no tiene poder. Cuando Dios descienda a vivir con nosotros en la tierra restaurada, «no habrá más muerte».

Juan establece un contraste entre el «tabernáculo» final de Dios, la nueva Jerusalén y nosotros. Como ya vimos en este libro, nosotros somos «el templo de Dios» en esta tierra (1 Corintios 3:17; 2 Corintios 6:16). No obstante, Pablo fue muy categórico al decir que «nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshace» (2 Corintios 5:1); y luego agrega: «Asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia, pues no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida» (versículo 4). En otras palabras, el tabernáculo de nuestro cuerpo es mortal, tiene fin. Quizá a muchos nos vendría bien recordar algo que Filipo de Macedonia se obligaba a sí mismo a escuchar diariamente. Este famoso rey, padre de Alejandro Magno, tenía un esclavo cuya única función era presentarse ante el monarca cada mañana y decirle: «Filipo, recuerda que vas a morir». Nuestro tabernáculo mortal podría llegar a su final en cualquier momento.

A mediados de 2013 yo comprendí en carne propia el significado de las palabras de Pablo. Estaba en Costa Rica, impartiendo la semana de oración en la Universidad Adventista de Centroamérica, cuando a las seis de la mañana la rectora llegó a mi habitación y me dijo: «Pastor Polanco, tiene una llamada de Miami».

Al tomar el teléfono, la voz quebrada de mi esposa me advertía que algo malo había sucedido:

—Vladimir, quédate tranquilo. José murió anoche en un accidente.

Tratando de negar lo que para mí ya era evidente, le pregunté:

—¿Qué José?

Su respuesta no se hizo esperar:

—José, tu hermano.

¿Cómo sucedió? Pues un aparatoso accidente le destrozó el cráneo y varias costillas le perforaron uno de sus pulmones provocándole un paro respiratorio. Mi hermana, que estuvo al lado de José durante las últimas horas de su vida, escribió: «José, te vi luchar por la vida; te vi halar con garras cada aliento de vida que pasaba por tu corazón, pero nada fue suficiente para que te quedaras. Adiós, mi hermano. Nos veremos junto al río».

Desde entonces no ha habido un solo día en que no haya llorado a mi hermano. Con él se fue una parte de mi vida que nunca más podré tener mientras viva en este maldito planeta. Saber que el «tabernáculo» de José era mortal no ha aminorado mi dolor; entiendo que sobre todos pesa una sentencia de muerte, que nuestra cita con la muerte es ineludible, que este santuario que somos nosotros en cualquier momento puede quedar deshecho. De hecho, lo único que me ha dado las fuerzas para soportar tan inmensa tristeza es aferrarme a la esperanza de volver a ver a mi hermano junto al río, ese río de vida que fluirá del santuario de nuestro Dios. Creer de todo corazón que cuando entremos al «tabernáculo de Dios», a la tierra nueva, nuestra mortalidad será absorbida «por la vida» que fluye de la presencia divina ha sido un aliciente que me ha ayudado a sobrellevar el dolor de ver a mi hermano morir. Cada día me consuela saber que falta poco para que el Señor destruya "a la muerte para siempre" (Isaías 25:8).

El 24 de octubre de 1886, mientras predicaba en Nimes, Francia, Elena G. de White le dijo a su audiencia:

> «Esta tierra es el lugar de preparación para el cielo. El tiempo que pasamos aquí es el invierno del cristiano. Los vientos fríos de la aflicción soplan sobre nosotros, y las olas de los problemas nos arrollan. Pero en un futuro cercano, cuando Cristo venga, las penas y los lamentos habrán desaparecido para siempre. Entonces será el verano del cristiano. Todas las pruebas habrán concluido, y no habrá más enfermedad ni muerte. "Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos: y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron" (Apocalipsis 21:4)» (*Alza tus ojos*, p. 309).

En un libro devocional basado en Apocalipsis, Jon Paulien narra la historia de una ancianita que, al saber que su muerte que solo le quedaban tres meses de vida, mandó a buscar al pastor de su iglesia para organizar todo lo relacionado con su funeral. Le dijo qué himnos debían cantar, que textos bíblicos se debían leer, quiénes serían los herederos de sus posesiones, etcétera. Por supuesto, el pastor le aseguró que todo se haría como ella lo había previsto. Cuando el pastor estaba por retirarse, ella le dijo:

—Ah, quiero que haga algo más.

—¿Qué? —le preguntó el pastor.

—Quiero que me pongan una cucharita de postre en mi mano derecha.

El pastor, asombrado ante tan inusual petición, le pregunta la razón por la que quiere que le pongan una cucharita en su mano derecha.

La ancianita le dijo que en cierta ocasión ella fue a una cena y mientras recogían los platos alguien le dio este consejo: «Guarde su cucharita... porque lo mejor está por venir».[7]

Sí, mi querido lector, ya «el invierno» de este mundo está llegando a su final y lo «mejor está por venir». Muy pronto se dará inicio a nuestro eterno «verano». Falta poco para que hagamos nuestra entrada triunfal por las puertas de la nueva Jerusalén. Ya se aproxima el día cuando el Dios de la vida establecerá su morada con nosotros y podremos decir con toda propiedad: «Aquí habita el Señor» (Ezequiel 48:35).

---

**Referencias**

[1] N. T. Wright, *Revelation for Everyone* (Kentucky: Westminster John Knox Press, 2011), p. 187.

[2] Robert H. Mounce, *Comentario al libro de Apocalipsis* (Viladecavalls: CLIE, 2007), p. 511; Leon Morris, *Revelation: An Introduction and Commentary.* The Tyndale New Testament Commentaries (Downers Grove, Illinois, 1987), p. 238.

[3] Para más detalles, ver el instructivo artículo de William W. Reader, "The Twelve Jewels of Revelation 21:19- 20: Tradition History and Modern Interpretations", *Journal of Biblical Literature* 100/3 (1981), pp. 433-457.

[4] *Reading Revelation: A Literary and Theological Commentary* (Peake Road Macon, Georgia: Smyth & Helwys Publishing, 2005), p. 201.

[5] Simon J. Kistemaker, *Apocalipsis* (Grand Rapids, Michigan: Libros Desafíos, 2004), p. 610.

[6] George E. Ladd, *El Apocalipsis de Juan: Un comentario,* (Miami, Florida: Editorial Caribe, 1983), p. 247.

[7] *The Gospel From Patmos* (Hagerstown, Maryland: Review and Herald, 2007), p. 346.